

Fausto MARINETTI

El holocausto de los empobrecidos

Cartas desde Brasil (1983-1985)

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. De Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra) - España
1988

Fausto Marinetti (1942)

Fausto Marinetti nació en Milán en 1942.

Ordenado sacerdote en 1968, se tituló en Teología Pastoral en Roma, renunciando al doctorado académico para ingresar a la "universidad del pueblo".



Tres experiencias determinaron su vida:

1- La convivencia con los emarginados, los desechos humanos descargados en la periferia de la ciudad (miserables, drogadictos, prostitutas, etc.) le enseña que los males de la ciudad no pueden curarse simplemente con paliativos.

2- Diez años en una pequeña sociedad alternativa (Nomadelfia: "la fraternidad es ley"), en la que cuarenta familias (compartiéndolo todo) están emprendiendo la aventura del hombre nuevo, de la familia nueva y de la nueva sociedad, le transmiten el tener esperanzas en la utopía.

3- Casi veinte años en el Calvario del tercer mundo (Nordeste de Brasil) le revelan la principal tragedia de la historia: el océano de la miseria, el enriquecimiento de los pueblos del norte al precio de la pobreza extrema de aquellos del sur. En la escuela de los "empobrecidos del planeta" aprende que es necesario combatir la raíz del mal y que es urgente realizar un cambio radical de nuestra civilización.

Presentación	6
1 - «... pero nosotros tenemos a Cristo»	7
2 - Los esclavos del arroz con judías	9
3 - Quince mil cruzeiros	12
4 - Ocultación de cadáver	14
5 - José Cassiano: un pobre Cristo	16
6 - Un Cristo sólo espiritual	18
7 - La vida no tiene valor	21
8 - De viaje	23
9 - En los horrores de la favela	25
10 - Revolución	26
11 - Desde el púlpito de los pobres	27
12 - El hambre	28
13 - Comprados y vendidos como bueyes	30
14 - El miedo a las represalias	32
15 - Dos cualidades humanas	34
16 - Las máquinas son más seguras	36
17 - Con el pueblo	38
18 - Autocrítica	40
19 - Salvamos a uno, mueren mil	41
20 - La viuda del pato	43
21 - Carne de matadero	44
22 - Se muere de soledad	46
23 - El infierno existe	47
24 - Lección de legítima defensa	49
25 - Es más fácil morir	50
26 - El infierno del miedo	51
27 - ¿Es sacrilegio vender la tierra?	52
28 - Hoy, aquí; mañana, ¿quién sabe?	54
29 - Un acto de fe en los pequeños	55
30 - «Dar un jeito»	56
31 - La campaña del filtro	58
32 - Dan ganas de morir	60
33 - El borbollar de la olla	61
34 - La tentación de colonizar	62
35 - El pecado de «occidente»	64
36 - «Ya no tengo agua en los ojos»	65
37 - La danza de la esperanza	66
38 - La teología del hambre	68
39 - El hacha en la raíz	70
40 - Lágrimas de sangre	71
41 - En el infierno verde	72
42 - Religiosidad nordestina	75
43 - Anestesia general	76
44 - La condición de la mujer	77
45 - ¿Quién puede evangelizar?	78

46 - El rico tiene miedo	80
47 - Somos esclavos	82
48 - ¡Ay de vosotros, pueblos opulentos!	84
49 - Un resto de humanidad	86
50 - El evangelio según el pueblo	89
51 - Se vive debiendo	91
52 - El Cristo occidental	92
53 - La niña en la basura	94
54 - Desde la posición de los pobres	95
55 - La ausencia de Dios	97
56 - Muerte injusta y prematura	99
57 - Jirones de humanidad	100
58 - Los regalos de navidad	102
59 - “... simplemente no existen...”	103
60 - Oprimido: ¿hecho o nacido?	104
61 - El hambre: la enfermedad de los pobres	107
62 - «La vida eterna está hecha para descansar»	109
63 - «Murió para quedarse»	110
64 - «Vuélvase con su biblia para su casa»	111
65 - Conversión al tercer mundo	113

El coraje de leer este libro

Un desafío lanzado a quien tiene todavía un poco de conciencia. No es necesario recurrir a la fe cristiana para ver al hombre que, explotado, emerge, de estas páginas conmovedoras. Es suficiente sentir como seres humanos. Con esta fe, la visión del hombre se torna una cuestión vital: aceptar a Cristo o negar-Lo. «He ahí al hombre»: yo tuve hambre, era despojado de todos los derechos, era colonizado, era empobrecido... y tú ni siquiera te dignaste ponerme encima tu mirada. Estas cartas reflejan la vida real, el día a día de un párroco, testigo de una pastoral encarnada. Entregado a Brasil, en préstamo, por nuestra Europa, «occidental y cristiana», Fausto Marinetti profetiza desde la frontera del Maranhão brasileño. Quienes tienen oídos y corazón de carne, escuchan y reaccionan.

El libro incomoda y transforma. Podría transformar. Debería transformar.

Fausto, aparte de todo lo demás, es poeta. Sobre tanta miseria –reunida como una masa hecha de llanto, sudor y sangre, por una siempre posible fermentación evangélica- él extiende un soplo de ternura. Escribe con las manos «ungidas» por el óleo santo, como un buen pastor.

Para ser sincero, tengo mis dudas sobre el resultado de la lectura de tu libro, hermano mío. Hace algún tiempo que un cardenal europeo decía que en Europa, todos, incluso los cardenales, se están habituando a ver en la televisión las imágenes crucificadas del tercer mundo. Pasada la imagen, se desvanece la compasión. No siempre, pero casi siempre. Le duele a uno el corazón, también a mí –europeo, cristiano y obispo, en este momento, estando aquí en el tercer mundo-, constatar cuánta resistencia se hace a la teología de la liberación, y qué difícil es contestar la deuda externa –que es inicua, y que ya fue pagada con intereses de sangre-, y que «humanamente» pertenece al mundo –ni al tercero, ni al segundo, y ni siquiera al primero, sino simplemente al mundo «humano»-. A nuestro mundo, a la «tierra de Dios», que debería ser «tierra de hermanos».

Los pobres no colonizan, ni pretenden colonizar. Nosotros deberíamos ayudar a «descolonizar el mundo». Ni colonizadores ni colonizados. A ellos, víctimas del holocausto del lucro y del etnocentrismo, les agradecería vivir humanamente y poder ver a los seres humanos en todos, incluso en sus posibles colonizadores de ayer y de hoy, militares o eclesiásticos, políticos o intelectuales... Fausto sabe bien de eso. Convivir con los «pobres» ayuda a liberarse, siempre que se viva evangélicamente su pobreza y se luche con ellos, proféticamente, contra la miseria.

No obstante mis dudas sobre el mundo occidental y sobre su conversión social, soy del parecer de que serán los europeos, los eclesiásticos incluso, quienes acogerán este libro –verdadero clamor de los pobres- como un clamor cuaresmal, una invitación a la conversión de la persona y de las estructuras.

Hermanos, ustedes que están al otro lado, tengan el coraje leer este libro. Junten sus Biblias immaculadas con estas páginas ensangrentadas. Y reaccionen, según la medida de su corazón humano y cristiano. «Te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierras, porque escondiste estas cosas a los grandes, a los sabios, a aquellos que dicen siempre ‘sí, Señor’... y las has revelado a los pequeños, a los libres, a los rebeldes; a aquellos que cultivan la esperanza de ver tu Reino realizándose progresivamente ya aquí en el Maranhão de Fausto y en todo el mundo de los pobres.

Pedro Casaldáliga
Obispo de São Félix do Araguaia, Mato Grosso, Brasil
Goiania, 19 de enero de 1986

Presentación

Es éste el diario de un párroco del interior del Maranhão, en la periferia del mundo. Un *viacrucis* que se vuelve a vivir. En él, Fausto Marinetti se retrata como hombre del mundo desarrollado y como sacerdote que ejerce sus funciones en medio de una comunidad de desposeídos, descarnados, sin ciudadanía y sin protección de nadie. Una comunidad-sanatorio. Es la marca de la trayectoria de la violencia, de la opresión y de la destrucción de un pueblo.

Marinetti delata la tragedia de los colonos y de los trabajadores rurales del Maranhão. La tragedia social como ampliación de la tragedia humana. El desamparo de Francisca muestra la extensión de este cuadro: «El pobre no vive, carga con la vida».

No esperes de este libro una descripción aséptica sobre la extrema pobreza. Habla de la crueldad de la miseria flagelando las conciencias. No verás aquí ninguna apelación al socorro mítico: «Padre, aparta de mí este cáliz». Oirás el clamor del que se enfrenta con las diversas formas de opresión y de desigualdades sociales.

San Luís, Brasil. 13 de agosto de 1985

José Carlos de Sabóia

1 - «... pero nosotros tenemos a Cristo»

Casa parroquial, 22-1-1983

Amigo:

Hoy he tomado posesión de la parroquia. Tengo la sensación de una especie de injerto: me han plantado el pueblo en el corazón. Ayer por la noche, después de veinte días de ayuno, volví en medio del pueblo y celebré la misa en el barrio de Jacu. La escena de siempre: una tarima, un grupo de gente, una mesa cualquiera, algunas velas. Se leía la pobreza en el rostro de todos, y yo me sentí plenamente en casa: en su corazón.

Después de misa, una señora me pidió que fuera a visitar a su niño. Ha gastado ya todo lo que tenía. Mañana tendrá que vender el borrico para comprar medicinas. Fíjate en las tremendas contradicciones que presentan estos hechos: por un lado, esta gente es víctima de todas las asechanzas de la vida; por otro, parece vivir una resignación secular. No es posible dejarlos así. Tampoco, exigir que sean como nosotros.

Si consiguiéramos dar a esta gente el bienestar de nuestra civilización, acabaríamos creando egoístas e individualistas como nosotros, o peores que nosotros. ¿Cuál es, entonces, la herencia histórica del occidente cristiano, sino la bancarrota de la calidad humana? Los macro problemas son la última denuncia de una civilización fallida, perdida, por no haber sabido respetar nada: ni los bosques ni el mar, ni las especies animales ni las vegetales, ni las reservas de la tierra, ni siquiera las del corazón.

Es preciso entonces inventar una *nueva calidad humana*. Una nueva forma de vivir. Hábitos nuevos. Una nueva manera de ser hombre en relación con las cosas y con sus semejantes. Lo cierto es que los frutos envenenados de nuestra civilización llegan a poner en peligro el ecosistema. Una mujer que no puede comprar medicinas para su hijo desmoraliza cualquier progreso. ¿Hasta cuándo tendrá que tolerar la historia que los pueblos ricos se hagan cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres? En mi parroquia se pueden contar con los dedos las familias con lo suficiente para vivir; algunos tienen una casa decente, pero la gran mayoría vive en casas que, a nuestro juicio, no son casas. ¿Cómo tendré el coraje de entrar en esas «no-casas»? No se trata solamente de una cultura y de una experiencia diferente; yo soy el «diferente»; pertenezco a otro nivel de humanidad. No he experimentado lo que significa vivir en condiciones infrahumanas, vivir de arroz y judías, sin agua, sin energía eléctrica, sin instrucción, sin seguridad alguna. No puedo entender lo que representa vender el borrico para comprar medicinas. (Piensa que, en el interior, el borrico es el medio de transporte indispensable, ya que el pueblo lo necesita para ir a buscar agua a varios kilómetros de distancia). Tampoco sé cómo es posible vivir con diez mil cruzeiros al mes, con un montón de hijos. No sé lo que es ser perseguido por el «fazendeiro», que despoja al pueblo de la tierra que regó con su sudor. De la tierra que lo alimentó durante años. De la tierra que, durante años y años, encalleció sus manos y le chupó la sangre. La última de estas pasiones dolorosas me la contó hace poco un colono. El patrono Hermógenes envió a unos pistoleros para que quemasen los campos precisamente cuando Lorenzo y los demás colonos estaban trabajando en ellos.

Por fortuna lograron salvarse en una calvera. Y me decía que el único que les salvó, a él y a sus compañeros, fue Jesús Cristo; que él, Lorenzo, había nacido por voluntad de Dios y que, si

Dios quisiera entonces su muerte por causa de la tierra, estaba dispuesto a morir: «Los ricos tienen de todo; pero nosotros tenemos a Cristo».

Me encontré de nuevo con el «propietario» de la chabola de un metro y medio por tres. Tenía las manos tan desolladas que no pude mirarlas. Trabaja en un aserradero: «Cuando trabajaba en el campo, nunca tuve tantas heridas en las manos. Pero ahora que estoy entre tablas y troncos...».

Gana 27.000 cruzeiros al mes, sin contrato laboral, sin seguridad social, sin nada. Y no es posible reclamar. El aserradero está rodeado de muertos-de-hambre que sólo aguardan a que un obrero se ponga enfermo o reviente para ocupar su lugar. No por malicia, está claro; sino porque el hambre obliga. La mano de obra no vale nada, pues aquí hay una reserva inagotable. Todos los años llegan a San Paulo 500.000 parados en busca de trabajo o de alguna forma de sobrevivir. Un entrevistador les preguntó a los que no habían conseguido nada (y eran la mayoría) qué pensaban hacer. Con una resignación inimaginable, la mayor parte respondía que no sabía nada, que Dios sabía...

Pero ocurre que, a medida que me sumerjo en el pueblo y penetro en sus problemas, me siento otro, ese «otro» que quiero ser. Durante la misa estaba con los muchos pobres que conozco; delante de nosotros tenía el panorama de aquellas colinas áridas, pobladas de casitas de tablas. Cada día cambian de aspecto, porque se añaden nuevas casitas, apoyándose en las ya existentes. El pueblo llega atraído por una esperanza: Dios no puede dejar de estar a su lado.

Ellos habían escogido la lectura del evangelio: Jesús sube a Jerusalén para sufrir. Fijándome en sus ojos, me parecía ver a un Cristo enorme, que seguía subiendo estas colinas de dolor. Intenté decir que el dolor purifica, que nos vuelve más humanos. Pero sentí vergüenza. Distinguí entre miseria y pobreza; pero aquí, al hablar, se siente que las palabras se pulverizan. Nosotros, los hijos de esta llamada civilización, quizá no seamos idóneos para hablar a este pueblo. O no tengamos derecho. O no seamos dignos. Los chirridos de los aserraderos (en la ciudad hay unos veinte) ofrecen el fondo musical a nuestra misa. Ha comenzado el segundo turno: doce horas más para explotar el sudor y la sangre de los obreros. ¿Qué hacer? ¿Concienciar a los obreros sobre sus derechos? Es el sistema el que autoriza a enriquecerse a unos y condena a la pobreza a todos los demás. No es posible que todos tengan suerte en la vida. La regla del juego es ésta: «O tú o yo; el que puede más, gana más». Sólo el que sea experto por vocación tiene derecho a explotar a los débiles. Y este derecho les corresponde a todos, a todos los que consiguieron abrirse camino. Se trata de un premio: la riqueza es la recompensa de los fuertes, de los «sacrificios» de los listos. Todos pueden competir en este maratón; la suerte favorecerá a los mejores.

2 - Los esclavos del arroz con judías

Casa parroquial, 31-1-1983

Iba a salir para el interior, cuando Rosiña me detuvo. Una vez más en la calle. Para agravar la situación, ha empezado ya la estación de las lluvias. Encontré a Rosiña muy abatida. Quiere volverse con su padre, ella y sus hijos. Como siempre, en esas situaciones, me siento atolondrado. ¿Cómo resolver el caso correctamente? En situaciones tan absurdas, es difícil conseguir ayudar a los pobres sin paternalismos o asistencialismos. Su profesión: enferma y mendiga. Su pobreza es tan estructural como la riqueza, y hasta peor. Acordamos lo siguiente: la parroquia prestaría a la comunidad de Rosiña dos mil cruzeiros para pagar el alquiler de la casa y la comunidad haría una colecta en la próxima misa. Lo que se intenta es responsabilizar a la comunidad; un buen intento. El principio es bueno, pero me gustaría ver en qué va a parar todo esto, porque aquí casi todos están en las mismas condiciones que Rosiña, o sea, sobreviviendo únicamente a base de arroz con judías. Se entregó el dinero a la animadora, pues el pueblo comenta que la colecta anterior acabó en unos helados con que el hijo de Rosiña creyó conveniente regalarse. También esto forma parte de la pobreza de los pobres.

Estaba ya con el pie en el acelerador, cuando doña Amelia me llamó para visitar con urgencia a una enferma. Estaba convencido de que me encontraría, como casi siempre, con un enfermo hecho un montón de huesos resecos envueltos en una sábana sobre un chamizo. Cuando llegué junto a la enferma, me quedé sin aliento. Una mirada fija, profunda, intensa. Me sentí aplastado. Como si fuera yo la causa de su enfermedad. En lugar de rostro, una llaga. Pero lo que era absolutamente indescriptible era el hedor. ¡Qué condenación! Es horrible exhalar el olor de la descomposición antes de haber muerto. ¡Y aquellos ojos! No pude proferir ni una palabra, pues un nudo apretaba mi garganta. En el fondo, ¿qué es posible decirle a una criatura crucificada por su propia carne?

Sentí ganas de huir, pero no lo conseguí. Si me hubiera ocurrido aquello a mí, no sé qué habría hecho. Una criatura que no insulta ni rechaza esa vida, que no se rebela contra aquel que se la dio, no puede menos de ser una santa. Me sentí culpable de estar sano. Intenté llevarme el pañuelo a la nariz; ¡yo, al menos, tenía nariz! Al salir, supe que se trataba de una sífilis heredada de sus padres. Diecinueve años. Viajé hacia el interior como huyendo de una pregunta: si me hubiera venido a mí esa enfermedad, ¿seguiría creyendo en Dios y en la vida? Parece humanamente insoportable ver caerse la propia carne del cuerpo, sentir en vida el hedor de la muerte y mirarse al espejo tan profundamente desfigurado.

A las 4 de la tarde conseguí ponerme en marcha. Habría querido irme para no volver ya nunca más. Destino: Brejão, un poblado que nunca había visitado el sacerdote. La hermana no conocía bien el camino. Recorrimos la selva durante dos horas y, finalmente, se nos echó encima la lluvia. Las laderas que teníamos delante y detrás se volvieron como obsesión. Decidimos regresar. El coche ya no aguantaba, resbalando por el camino. Parecía bailar en medio del barro rojizo. El gerente de la hacienda nos prestó unos burros y vinieron con nosotros tres vaqueros. A mitad del camino, nos dijeron que por aquella selva todavía «pintaba» la onza. El encuentro con el pueblo lo recompensó todo. Por primera vez aquel poblado acogía la venida del «hijo del hombre», hecho pan por nosotros. Acostumbrados a tenerlo en casa, no nos damos cuenta de lo que esto puede significar para esta gente que «corta» kilómetros y kilómetros para participar en la misa. Y aquí caminaban bajo la lluvia con los pequeños a la espalda.

Hace una semana que soy párroco de estos lugares y siento la tentación del desánimo. Me acompaña constantemente la impresión de ser impotente ante la complejidad de tantos problemas: impotencia ante la lentitud de la historia, impotencia junto a un pueblo-niño. Me consuela pensar que el primero en hacer esta experiencia fue el mismo Dios: él lucha siempre contra la historia y contra nuestra libertad. El ejercicio de la paciencia tiene que llevarme a la conquista de mi alma. Es una frase misteriosa de la que empiezo a vislumbrar el sentido: la paciencia infinita de Dios; un paisaje escondido. Es grande la tentación de hacer algo *por el* pueblo; optar en lugar suyo, precederlo, quemar etapas. Al contrario, Dios sabe esperar, respeta las fases de crecimiento y el paso de la historia humana. Ante tanto trabajo que hacer, uno llega a desanimarse: arreglar la casa, terminar el salón, reparar las instalaciones; organizar los grupos, la catequesis, los animadores, visitar los barrios de la ciudad, etc. Y las escuelas, los hospitales. Pero ¿cómo mejorar nuestra residencia ante un pueblo que tan sólo desea un empleo y un bocado de carne por semana? Aunque la parroquia distribuyese el dinero a los pobres, no se solucionaría nada. Sería como una gota en el mar, porque son demasiados los que no pueden comprar una medicina o no pueden matricular a sus hijos en la escuela por no poder pagar el uniforme. La cuestión es otra: este pueblo se ha visto reducido a estas condiciones, a esta *situación de miseria institucionalizada*, precisamente por las manías asistencialistas y paternalistas tanto de los políticos como de la iglesia. Va siendo hora de bajar del pedestal del bienhechor y ponerse al lado del pueblo. Sin soluciones de gabinete, sin proyectos fabricados desde fuera o por encima. Entrar en la órbita del pueblo que, como toda criatura, es el único constructor de su destino, el protagonista de su historia. Dejar que el pueblo salga a flote. Sólo él puede resolver sus problemas; él y sólo él.

Ayer el prefecto municipal me pidió que celebrara una misa para la ceremonia de su posesión. Es el primer prefecto de esta ciudad-niña. Es curioso. Todo el mundo sabe que durante la campaña electoral había hecho falsificar hasta las actas de elección; había gastado fortunas en propaganda y la ciudad estaba sin alcantarillas, sin calles urbanizadas, sin agua corriente, sin alumbrado público, sin recogida de basuras, etc. Y tiene el coraje de pedir, descaradamente, la bendición de Jesucristo para sus tropelías.

Hemos de admitir que la razón última del mal se sitúa en la raíz misma de la sociedad; es de tipo estructural. Todos somos entonces responsables, porque nos enfrentamos con la vida como *individuos y no como pueblo*. La educación de los hijos, por ejemplo, se ve como un medio para «subir en la vida» o para «hacer carrera» partiendo de la base de «dejar de ser un tonto», aunque sea a costa de otros. La motivación de la actividad humana es el propio provecho, el interés egoísta. Aquí en la ciudad hay casas más o menos decentes; la dueña de casa barre hasta un metro de su puerta, echando la basura en medio de la calle. Y nadie se preocupa por ello. Es el prefecto el que tiene que hacerlo. Sin embargo, la administración pública sólo conoce una palabra: «aprovecharse». Hasta ahora había conocido sólo al pobre de los viejos países capitalistas: un aspirante a la riqueza, con métodos idénticos a los del rico; él es un fracasado o un sin-suerte. Nadie discute, de hecho o de derecho, la «ley del más fuerte», ya que esa ley es la que domina en los mercados, en las nuevas economías, en las conciencias y en las relaciones internacionales. ¿Te acuerdas cuántas veces nos preguntábamos si, por ventura, el elemento humano del tercer mundo estaría menos corrompido que el nuestro, y más maleable? Hoy les paso esta pregunta a todas las Rosiñas de este sub mundo. La respuesta está en sus ojos: a nosotras sólo nos interesa un plato de arroz con judías para nuestros hijos; nuestro problema es sobrevivir; nuestra preocupación es que nuestros hijos no caigan enfermos, porque no sabríamos cómo curarlos.

Aunque nos uniésemos todos los pobres, no significaríamos más que una montaña de miseria. Vosotros tenéis muchas teorías bonitas; la nuestra no es más que una: arroz con judías. Es preciso hacer entender a la mentalidad occidental (y occidente está allí, está aquí y en todas partes) que todos los que yacen en la miseria son víctimas nuestras, que nosotros los condenamos a llevar una vida indigna del hombre. Es preciso mostrar que millones de nuestros semejantes, iguales a nosotros, son en realidad muy desiguales porque no pueden vivir su libertad mientras permanecen *esclavos de un plato de arroz con judías*. No puede un sub-hombre tener la voluntad de constituirse en pueblo, de construir junto con los otros los destinos y la historia de su gente. Es imposible la solidaridad cuando la vida es un continuo esfuerzo para engañar el hambre. Una situación de extrema miseria, la miseria institucionalizada excluye el ejercicio de las prerrogativas humanas, de la voluntad y de la libertad. Y para confirmar todo esto, es necesario profundizar en el examen de ese mundo de los esclavos de un plato de comida.

3 - Quince mil cruzeiros

Casa parroquial, 2-2-1983

Hoy te voy a dibujar otro cuadro de la *vía sacra* de este pueblo. Le toca la vez a la hermana de Rosiña, a Magdalena. Tiene una hija en el hospital, muriéndose. Aunque no podía hacer nada, no pude negarme a asistir al abrazo de la muerte. Los ojos de Francinete son los de una persona asustada o tal vez los de una que ya no quiere nada. Creo que la vida le ha dado 18 años de amargura, porque la hija de una prostituta difícilmente consigue otra cosa. Madre soltera. En el hospital de Belém dejó el recado de que entregasen a su hijo a quien lo quisiera. Después del parto, una infección. Se la llevaron a casa por falta de dinero. Yo la había visto unos diez días antes, pero no me di cuenta de la gravedad y, en el fondo, porque no quería ver más que cómo se las arreglaban *solas*.

Hoy estoy arrepentido. Con esta criatura crucificada, con agujas clavadas en las venas, me siento responsable de su muerte. Ayer por la noche le sacaron dos litros de pus y ahora está inmóvil, fácil alimento para las moscas. Le inyectaron para reanimarla y ella se puso a gritar como una hiena. Su madre quería a toda costa que se confesara, y yo acudí enseguida para oírla. ¿Qué podía decirme ella, Dios mío? Éramos nosotros, tú y yo, la sociedad cobarde y cruel, los que teníamos que arrodillarnos a los pies de aquella mujer y pedirle perdón por haberla tratado como un trapo.

Así son las víctimas de la sociedad. En la misa en Jacu, aquella misma tarde, se leía el evangelio de las bienaventuranzas. No conseguía comentarlas. No es fácil anunciar que «son felices los que lloran». No tengo ninguna gana de *ser feliz al estilo de Francinete*. Sin embargo, ante los grandes ojos anémicos de los niños y los rostros macilentos de los adultos, me llenó una emoción indescriptible. Quería decirles que el reino era ya de ellos; que todo era para ellos; que ellos, los parientes cercanos de Francinete, se lo habían merecido por completo. Dios mío, está claro que es preciso darles tu reino; son los únicos que lo desean, los únicos que lo imploran como liberación de la barbarie humana.

En el momento de la consagración, cuando elevé la víctima, me parecía que estaba elevando a Francinete. Las víctimas nunca dejan de morir para sus verdugos. Y yo me sentí uno de ellos.

Rosiña tenía ánimos para reprender a Magdalena: «Si Dios quiere, resucita a los muertos. Francinete no mejora, porque tú no tienes fe. Dios lo puede todo». Puede ser una fe muy especial, pero entonces me pareció que aquellas palabras eran unas palabras grandes. Yo no tengo esa fe. Aquí está uno de los elementos que distingue al pobre del rico: el pobre cree en lo imposible. Vive de milagro. Es su misma condición de vida la que lo lleva a eso. La vida de Rosiña es tal como dice el evangelio: «A cada día le basta con su preocupación». Sale de casa por la mañana y va a buscar comida. Como «las aves del cielo». Es evidente que sólo puede confiar en el milagro: no tiene otra cosa. Debe tener una lista de bienhechores y cada día se dirige a uno. Pero para ella el más seguro es Dios.

El médico dijo que todavía quedaba una pizca de esperanza. Intenté convencer a Magdalena de que dejase a su hija en el hospital. Se la quiere llevar a casa, porque no sabe qué hacer para el entierro. Le prometí que pasaría de nuevo para entregarle el dinero de la colecta. Cuando fui, se la habían llevado ya a casa. Quizá le falló la esperanza.

Luego estuve tres días fuera. Yendo a Córrego do Açai, un árbol caído nos cortaba el camino. Tuvimos que volver. Un hombre nos invitó a su casa y nos ofreció arroz y habas. Nos

resultó difícil defender nuestro plato de arroz de la agresión de las cucarachas. Una verdadera invasión: en la mesa, por las paredes, por todas partes. Una penosa pobreza y un corazón grande. Lo comí todo. Estábamos en pleno bosque y, a la hora de dormir, sigo oyendo sus latidos... y sus ronquidos. Con un machete prestado, nos fuimos abriendo camino y proseguimos la marcha. A mediodía llegamos a nuestro destino. También aquí el pueblo es maravilloso.

Al regresar, fui corriendo a ver si seguía con vida Francinete. Estaba muy mal, pero aún respiraba, invocando a la muerte. Durante tres minutos me quedé a su lado, aturdido. Entonces me acordé de que el doctor Walter me había ofrecido su ayuda. Fui a buscarlo y lo traje a casa de la enferma, sólo para saber si *valía la pena* hacer algo. La septicemia estaba muy avanzada y se necesitaban 15.000 cruzeiros para medicamentos.

Presenciar impasibles la agonía de una muchacha en la flor de su edad, que se está muriendo tan sólo porque faltan 15.000 cruzeiros, es una crueldad. Si quisiéramos analizar las causas de la muerte de Francinete, tendríamos que concluir: «Es una víctima más de la pobreza y de la ignorancia». Y sentiríamos la tentación de lanzar la piedra contra su padre y su madre. Pero yo, que los conozco, no tengo el coraje de hacerlo; levanto el dedo contra todos, porque todos somos culpables de ese delito que se llama Francinete. Ayer, a las nueve de la noche, todavía estaba buscando sangre para poder salvarla. Finalmente, me despedí del médico: «Hoy he visto los extremos del bien y del mal. Los dos me cortan la palabra. ¡Muchas gracias!».

Cada vez más toma consistencia en mí una duda: «¿Será posible proponer cualidades humanas adultas a los que no pueden satisfacer las exigencias primarias? ¿Y por qué Cristo exige como condición *sine qua non* para ser persona el respeto a las necesidades fundamentales de la vida? ¿No está ahí la medida principal del hombre? Y si falta el hombre, ¿cómo es posible construir al cristiano?».

Dios nos propone al hombre como punto de partida y nosotros tomamos a Dios. Es más fácil y más cómodo, sin duda, honrar a un Dios que se contenta con unas oraciones y unas migajas de limosna. Es muy bonito tener que tratar con un Dios «espíritu puro», que no come ni bebe y que no tiene nada que ver con los miserables de la tierra. El Dios que sólo pide «actos de culto» es un Dios manipulado. ¡Oh, las maravillosas basílicas adornadas de flores, donde resuena la música y se respira incienso! Ellas nos hacen olvidar la fealdad de la tierra, los volcanes políticos, las regiones ensangrentadas...

Ya no sé qué decir: si es peor la enfermedad de Francinete o la de la sociedad que la deja morir de este modo.

4 - Ocultación de cadáver

Casa parroquial, 9-2-1983

Francinete está mejorando y yo, por dentro, estoy peor. Estoy en conflicto conmigo mismo. Me pregunto: ¿cómo puede uno ser solidario y, al mismo tiempo, no apartar al pueblo de sus responsabilidades? Veamos el caso Francinete en filigrana: si yo no la salvara de la muerte, habría sido un asesino y no sufriría ningún castigo por parte de la ley. ¿Cuántos delitos de omisión se cometen impunemente cada día! Yo actué por simple deber de justicia, porque soy una persona y no un animal irracional. Pero quizás haya dejado de ayudar al pueblo a tomar conciencia de su responsabilidad por todas las víctimas del mundo. Obrando así, quizás haya retrasado la llegada de la toma de conciencia, por haber ocupado el lugar del pueblo. Lo retrasé más todavía. Esconderle al pueblo sus víctimas ¿no tendrá la gravedad de la *ocultación de un cadáver*? El asunto puede parecer brutal, pero garantizo que es peor la realidad que se esconde por detrás de las palabras. Si el pueblo viese y contemplase a sus víctimas, entonces me vería obligado a buscar al verdugo. Después del caso Francinete, quizá no cambia nada en la ciudad.

Pasé por el hospital y me pareció que está recuperándose. Los ojos más tranquilos, pero su mirada sigue siendo triste. El médico dice que, si no hay una fístula interna, Francinete podrá salvarse. La enfermera saltaba de alegría al decir que había ido al baño y que, ella sola, había sacado todo el pus apretando el vientre. Pregunté por otro enfermo. Los parientes se lo habían llevado porque se acabaron sus recursos. Un candidato más para la muerte: 32 años. *Francinete no es un caso* aislado; es un sistema. Estoy pensando en contar esta historia en la iglesia. Seguramente el pueblo dará alguna limosna y todo se acabará. Si concienciase al pueblo para que exigiera una asistencia sanitaria adecuada por parte del estado, se vería que faltan los presupuestos mínimos, las condiciones previas para no enfermar. ¿Cuántos viven aquí en condiciones de enfermedad permanente! Infraalimentación, desnutrición, anemia, deshidratación, verminosis: todas estas enfermedades son de naturaleza social. Denuncian el estado de enfermedad de la estructura social injusta.

Ante todas las Rosiñas afligidas, ante las Francinetes que mueren por negligencia, ante las Rosas obligadas a comer carne tan sólo una vez al mes, ante las multitudes de desnutridos, no puedo dejar de preguntarme: ¿qué sentido tiene hablar de Cristo a este mundo de infra-hombres? ¿Cómo hablar de amor dónde sólo puede hablarse de justicia? Si falta el hombre, ¿dónde cimentar al cristiano? ¿Sobre el desnutrido, el esclavo, el oprimido? Sería una ironía muy amarga revelarles que tenemos un Padre en los cielos, que nos envió a su Hijo para enseñarnos a pedir «nuestro pan de cada día». No quiero afirmar que los infra-hombres no puedan ser cristianos. Ni mucho menos. Yo diría que lo son «por derecho natural». La violación de sus derechos les confiere ya el derecho de tener a Dios en su favor, él que es fuente de todo derecho. Más aún: el que toca al hombre, toca a Dios: «Cualquier cosa que hagáis con el menor de mis hermanos, conmigo la hacéis».

El que sufre por causa de la injusticia ya es cristiano, porque le presta a Cristo su carne crucificada como víctima por los pecados del mundo. La pasión se perpetúa en los estómagos hinchados de los hambrientos; el Calvario continúa levantado sobre los estigmas de los explotados y oprimidos. Eterno *viacrucis*, con cruces siempre nuevas. Los pueblos de la parte

rica del mundo están sacrificando pueblos enteros bajo la cruz del consumismo, de la contaminación ambiental, de la dependencia internacional.

El tercer mundo es la mayor encrucijada de la historia. No hay nada insignificante. Multitudes famélicas, multitudes de analfabetos, de personas sin tierra y sin casa, nos desafían con interrogantes decisivos para la supervivencia del planeta; quieren saber lo que se produce, cómo y cuándo se produce. Quieren saber cómo distribuimos, cómo consumimos y dilapidamos; qué sentido damos a nuestra vida y a la de los demás. Quieren saber cuál es la razón última de nuestro trabajo.

Es preciso responder; que respondan las personas y respondan los pueblos.

5 - José Cassiano: un pobre Cristo

Casa parroquial, 14-2-1983

Ayer, en el evangelio de la misa, de nuevo las bienaventuranzas. Creo que Jesús tuvo que proclamarlas después de una visita a las casas y a los corazones de los pobres. De hecho, él era uno de ellos; vivía en Nazaret en medio de ellos. Él vio y vivió las angustias de los pobres; conoció el hambre y la sed; sintió lo que es vivir peregrino y perseguido; clamó por la justicia y sufrió por la traición de los amigos. Y finalmente murió eliminado, porque molestaba. Como los pobres, como los infra-hombres, como los pueblos del tercer mundo, marginados y excluidos de la historia de los grandes.

Aquel día, al salir de los chamizos de los «condenados de la tierra» y de los tugurios de los pobres, Jesús no consiguió acallar el clamor del Espíritu: «Bienaventurados los que tenéis el corazón de pobre; bienaventurados los que lloráis, bienaventurados los que sois castigados por causa de la justicia».

Parecía decir: «Vosotros no tenéis nada, pero Dios es vuestro». Era eso mismo lo que hace pocos días decía también Rosiña. Estoy seguro de que no es posible anunciar las bienaventuranzas sin ser pobre, sin saber lo que es el llanto y la persecución.

Acaba de entrar en el quirófano. Es José Cassiano, de 33 años. Me lo metí en el coche esta noche y me lo traje con el doctor Walter. José es un tipo alto y fuerte, pero parece un corderillo. Realmente un *pobre Cristo*. Como Jesús, no tiene dónde reposar la cabeza; como Jesús, fue vapuleado cruelmente (los hematomas en las costillas tienen un palmo de ancho) y está en la cruz del sufrimiento. Pasa la noche en una camilla de esas que usan los médicos para examinar a los pacientes. Vino de Ceará, «sin maleta y sin documentos». Exactamente lo mismo que el hijo del hombre. Es un hijo de hombre. Estaba hospedado en el Gran Hotel (realmente una posada de mala muerte) y funcionaba como vendedor ambulante de fertilizantes químicos. A los tres días, encontró la habitación ocupada y reclamó. Como respuesta, según versión suya, le dieron una paliza. Los médicos no saben si pasará la noche: le reventaron la vesícula biliar.

La historia de José comenzó el viernes pasado, cuando lo vi por primera vez. Una señora le había ofrecido una hamaca y un rincón en el patio. Contándome su historia, sin ira y casi sin emoción, me mostraba las señales de los garrotazos en sus costillas. La dueña de la casa no había tenido el coraje de acogerlo dentro de ella, porque temía complicaciones. «Pero ahora que ha venido el padre, lo meteré dentro». Los vecinos le llevaron comida y algunas medicinas (sin saber realmente si eran los remedios adecuados). Se trataba de un movimiento de solidaridad, como suele darse entre los pobres. Sentí el deseo de llevármelo a la casa parroquial, pero creí que sería una especie de robo: quitarle al pueblo lo que es suyo. Me tranquilicé: el pueblo cuida de su hijo José. Prometí volver al día siguiente con el médico, pero al día siguiente me faltó coraje para acudir a él, pues ya me había proporcionado dos internamientos. Ayer me decidí; fui a ver a José con el doctor Walter. Lo encontré en buenas condiciones. Pero a las diez de la noche una mala noticia: «José se está muriendo en el hospital».

Para la operación se necesitan dos litros de sangre y no hay ni una sola gota. Es urgente llevarlo a la ciudad vecina. Sin dinero, no lo recibirá ningún hospital. En la ciudad hay unos diez hospitales particulares. Corremos en busca de sangre. Sacamos de la cama a Eugenio, que tiene el tipo A positivo. Buscamos al anestésico. Pero el carnaval está en pleno desarrollo. Conviene saber que aquí las puertas y las ventanas están siempre abiertas y que los toca discos y los

«jubox» están siempre a todo volumen. Los otros donantes de sangre están en los clubs divirtiéndose. Los cuatro médicos reunidos declaran que una operación aquí significa matarlo.

Llegamos a la ciudad vecina a las dos y media de la madrugada. En el Hospital Regional, el médico de turno se contenta con dar una ojeada y nada más. Sólo a las siete de la mañana es posible hablar con el cirujano. Con él, llega la sentencia: falta la máscara de oxígeno, falta el anestésico, falta todo. Lo que no falta es el dolor, la desesperación, la impotencia contra la fuerza del mal. La hermana va al cuartel a buscar sangre. Todos están medio borrachos. Y yo siento la rebelión en mis venas. ¿Qué raza de gente somos, Dios mío?

No queda más que una salida: hacer la operación en el hospital Santa María. Tenemos que implorar la comprensión del dueño del hospital. La hermana expone el caso. La reacción de aquel individuo es una larga filípica contra el gobierno: «Lleven estos casos a la puerta de la Prefectura y que mueran allí. Así aprenderán... Se lo han gastado todo en propaganda electoral y ahora no tienen ni un céntimo para lo más necesario. Levantaron un hospital enorme para embaucar al pueblo».

Es verdad. El Hospital Regional es grandioso, pero no puede funcionar por estar en manos de los políticos. «Si no denunciáramos sus desmadres, nunca cambiarán... Estamos ayudando al sistema resolviendo estos casos; estamos haciéndoles el juego». Ciertamente, estas palabras son el fruto de la exasperación, porque aquel hombre tiene que enfrentarse con muchos casos-José cada día. Pero para mí es éste el único José que conozco en estas condiciones. Sin padre, sin madre, sin hermanos, sin nadie. Y me siento obligado a ser su padre, su madre, su hermano, todo. En este momento, para mí nadie es más pobre que él. Es mi pobre Cristo.

La situación es dramática. En cierto modo estamos obligados a convivir con la estructura maléfica que promueve estas cosas. ¿Qué es menos malo: dejar morir a una persona para forzar al cambio de las estructuras, o salvar a algunas personas dejando que la estructura mate a las multitudes? Habría que pasar este dilema a todos los Josés que viven atascados en el hambre, en la enfermedad, en la marginación. Es evidente: la política de «pedir favores» promueve el juego del sistema; pero no creo que sea posible hacer otra cosa hasta que no se decida crear otro. Puede considerarse cruel una reflexión de este tipo en la piel de quien está al borde de la muerte; pero es también en la piel de 600 millones de hambrientos donde el sistema pronuncia cada día su discurso de promesas.

Fui a ver de nuevo a José. Le llevé algo, porque no tenía nada, ni calzoncillos. Literalmente es así. Lo encontré en el Hospital Regional. El espectáculo es desolador: falta realmente todo. Hasta el agua, por una avería en la red urbana. Los enfermos que se encuentran en la misma habitación no han visto siquiera la sombra de un médico. Después de salvarse de una dolencia gravísima, José corre el peligro de morir de una infección cualquiera. Debería describir todo lo que vi para transmitirte todo lo que experimenté. ¿Cómo describir el mal olor de un ambiente corrompido y sucio? Orinales llenos debajo de las camas, camas sin sábanas, miradas perdidas de los pacientes. Es inevitable que esta gente, hace ya tiempo, se haya entregado a la resignación y a la apatía; de otra forma, habría renunciado ya a vivir.

Si tuviera que decir con una sola palabra lo que sentí aquellos días, diría: asco; sí, asco de pertenecer a la raza humana. O, si quieres, vergüenza; vergüenza de ser hombre.

6 - Un Cristo sólo espiritual

Casa parroquial, 21-2-1983

En la misa hablé de los pecados sociales de nuestra ciudad. Los llamé con su nombre: José Cassiano, María de Fátima (muerta por un asaltante, que huyó impunemente), Antonio (intoxicado por el veneno del aserradero), un desconocido apuñalado y muerto en la noche de carnaval. Esto en una sola semana. Imagínate los casos menores. Josefa no sabe ya cómo aguantar; su marido perdió una pierna el año pasado y no consigue la pensión; pasó por aquí Rosiña para decirme que está otra vez en la calle; doña Luisa tiene el marido enfermo y ha decidido vender su casa; Antonio vendió la motosierra para pagar la cesárea de su mujer; doña Amelia me pidió dinero prestado para comprar medicinas.

Estoy a punto de desear no tener ya ni un cruzeiro; si es embarazoso pedir, también lo es dar. ¿Cómo acabar con siglos de paternalismo? Vuelve a aparecer el conflicto de fondo: ¿de qué vale insistir en las realidades de la fe si no existe el mínimo para decir que está presente el *hombre*? Cristo no anunció exclusivamente la salvación del alma; prometió la resurrección de los cuerpos. Si uno me pide un plato de comida, ¿no le daré una hostia consagrada!

Este es el punto de llegada de mis reflexiones: ¿es posible que el hombre se salve solo? La salvación propuesta por Cristo no es una solución «privada», sin ninguna relación con los demás. Pues bien, hay pueblos enteros que son víctimas de la explotación de los países capitalistas occidentales, casi todos cristianos, que han llegado a negar su propia humanidad, porque no es hombre el que no logra matar el hambre. Es una duda terrible: ¿nos impide la religión ser personas? ¿Acaso nuestra supuesta práctica religiosa, que amordaza la conciencia con la ley de la limosna, nos exime de la obligación de construir al hombre en cada ser defraudado en sus derechos fundamentales? Fue a través de un cuerpo de carne como Cristo introdujo la salvación en el mundo; y la carne de los desheredados es como la suya. Es la suya. Dios no quiera que esté resucitando el antiguo monofisismo, por querer un Cristo de «naturaleza angelical», espiritual, que no atiende a las lágrimas y a los gemidos de los aplastados en su carne.

Tengo miedo de que cierta tradición religiosa nos aparte de la tarea más importante de construir al hombre, dándonos la ilusión de ser honestos. Eso sería peor que «el opio de los pueblos». El opio no hace más que aturdir. Esa deformación religiosa lleva a consecuencias desastrosas: justifica la ilusión y promueve disimuladamente la agresión.

Tengo conciencia de que se trata de un libelo de acusación contra el cristianismo occidental, pero Cristo nos ha enseñado a descubrir la causa última del mal y a poner el hacha en la raíz. Si la raíz está enferma, los frutos serán malos. Y los frutos de nuestra civilización salvaje están ahí, perfectamente cuantificados.

¿Qué religión es la nuestra, que tolera y nos deja convivir alegremente con 600 millones de hambrientos, con 100 millones de parados? Evidentemente, hay aquí algo equivocado. Ser cristiano es ser fermento, fuego, espada, luz, sal. Y nosotros lo hemos dulcificado, «normalizado». Cualquiera puede ser cristiano: hasta los opresores, los explotadores y los aprovechados. Durante una reunión, una prostituta lanzó este desafío: la iglesia bautiza a los hijos de los hacendados-prostitutos y se niega a bautizar a los nuestros. Y los pueblos ricos del mundo prostituyen las materias primas y la mano de obra del tercer mundo. Es hora de reconocer

que son ellos la razón del subdesarrollo y de la pobreza de los pueblos desnutridos. Son ellos los que los crucifican; ¿cómo es posible que sigan considerándose cristianos?

Los pueblos cristianísimos de occidente han pecado contra la *propia sustancia humana*. Fue precisamente como *pueblos cristianos* como deformaron y adulteraron el mensaje de Cristo.

Doña Antonia llegó aquí con una especie de «niño-Jesús» de cera. Unos huesecitos vestidos de blanco. Venían también el padrino y la madrina, porque querían bautizarlo antes de que muriera. Y yo, con la muerte en el corazón, lo bauticé. Las palabras del ritual resultaban completamente desafinadas. Ningún gemido salió de aquella impresionante criaturita. Pensaba dentro de mí: esto es lo que ocurre con las víctimas del mundo: entran y salen de la escena sin ruido alguno, con la punta de los pies. Y mi trabajo se reduce a quedarme en la casa parroquial aguardando que los «niños-de-cera» lleguen a la muerte para bautizarlos y mandarlos al cielo. Durante la celebración del rito, pregunté:

«¿Cuánto tiempo lleva enfermo este niño?».

«Una semana».

«¿Habéis llamado al médico?».

«No; no tenemos dinero».

Los próceres del cristianismo cultualista y sacramentalista sostienen arrogantemente que el papel del sacerdote es tratar de «lo espiritual». No tiene que hacer nada más que cuidar de la salvación de las almas. Los cuerpos no deben existir para él. (La verdad es que los misioneros se preocuparon siempre de los cuerpos de los «infieles»).

No consigo imaginarme a un Cristo que no guarde relación con nuestra carne, que hable sólo del alma, que se contente con llenar su boca de puras palabras espirituales. El evangelio nos presenta a un hijo del hombre que se sentaba a la mesa con todos, que le gustaba una copa de vino con los amigos, que permitía a los discípulos recoger espigas en día de sábado. En el evangelio hay un *hombre* fuerte y manso, enérgico y comprensivo, lleno de admiración por el hombre, alguien que sabía reír y llorar, que se enfadaba y se angustiaba, que se enfrentaba con la cruz con un corazón tembloroso. Como nos ocurriría a cualquiera de nosotros.

Los defensores del *Cristo espiritual* (un ser híbrido, medio hombre y medio ángel) recurren a frases como éstas: «No sólo de pan vive el hombre», o «¿De qué sirve ganar todo el mundo...?», etc. Sostienen además que Cristo no se hizo nunca promotor de soluciones sociales, que no fundó ningún movimiento político para cambiar las estructuras perversas. Pues bien, Cristo se preocupó hasta las lágrimas por la salud de sus amigos, alimentó de una sola vez a cinco mil personas y nos dio el principio de la mayor revolución histórica cuando nos ordenó amarnos *como hermanos*. ¡No se limita al espíritu! El ve al hombre integral, con hambre, con sed, con dignidad. ¿Hay un texto más demostrativo que la parábola del juicio universal? Nadie se atrevió a tanto. Y allí Cristo habla sólo de cosas terrenas, materiales, corporales. Es divinamente humano este juez que defiende el hambre de todos los hambrientos y la sed de todos los pueblos sedientos de justicia. Bastaría esto para probar que él «viene de Dios». Asumir el hambre del hambriento. Aquí está el criterio para medir la sustancia humana: la necesidad del hombre.

Y no sólo desmaterializan a Cristo, sino que también lo reducen muchas veces a *instrumentum regni*. ¡Cuántas veces, en nombre de Cristo, ordenamos la obediencia a los gobernantes y a las estructuras políticas constituidas en el mal! Hoy ya no es lícito callarse ante el mundo capitalista que instrumentaliza a los pueblos del tercer mundo para multiplicar su riqueza.

«Siempre tendréis pobres entre vosotros». Hasta Cristo se rindió a la fatalidad. No hay solución: los pobres son el lastre pesado de la historia. Nuestra marca. La humanidad no podrá nunca sentirse libre de ellos...

Es preciso conseguir decir que Cristo no solamente promueve y defiende al hombre, sino que lo constituye. El es el fundador de una nueva humanidad, y el acta de fundación es el juicio universal. Allí es donde se revela el valor absoluto del hombre; allí es donde tiene lugar la singular identificación de Dios con el hombre; allí es donde se declara cuál es el valor del hombre a los ojos de Dios. No hay declaración de los derechos humanos más explícita y más elocuente que ésta.

Francisco, el niño-de-cera, está todavía aquí, entre la vida y la muerte, aguardando el fin. Y Cristo parece surgir levantándose de este cuerpecito y gritar a todos los pueblos: «Todo lo que hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis. Yo estaba en ellos».

Un médico amigo mío se explayó conmigo para ayudarme a abrir los ojos. Sostiene que el mal social es un círculo vicioso. Por ejemplo, el estado mantiene el Centro de Salud, que atiende gratuitamente. El médico gana 40.000 cruzeiros mensuales, que apenas dan para el alquiler de la casa. De ahí resulta que se ve obligado a trabajar de tal modo que el centro no funcione, para obligar a los enfermos a acudir a su clínica particular. Todo el mundo lo sabe y se calla. Oficialmente, la ciudad tiene su Centro de Salud para gloria de los políticos, y oficialmente los pobres se siguen muriendo por culpa de la verminosis, del sarampión y de la deshidratación.

Toda organización política y social mira al poder, no al bien común. Toda prestación de servicio se considera como un favor y tiene como objetivo amarrar al pueblo, atrayéndolo al partido del gobierno; todo lo que se consigue, como licencias, autorizaciones, ayudas, tiene el precio obligatorio de apoyo al partido, esto es, de venderle el alma.

Pero pasemos rápidamente a otras cosas más menudas: Francinete sigue internada, reducida a puro esqueleto. Sus piernas parecen dos palos secos. Llegué a pensar que habría sido mejor dejarla morir. En esas circunstancias, a veces no sé ya qué pensar. No vendría mal fotografiarla y pasar por la cara de los cristianos ricos de aquí y de allí esta imagen deplorable. Walter dice que se trata de tuberculosis.

Me he traído a casa a José Cassiano. Se siente feliz. Descubrí a la persona que le golpeó. Su versión es que José estaba bebido y que se puso a provocarlo. A pesar de ello, el agresor convino en contribuir para los gastos. Cuando fui de nuevo a hablar con él, ya había desaparecido. La familia que hospeda a José es pobre. Me han dicho que no pueden continuar. Tendré que enviar esta semana a José de nuevo a Ceará.

Los pobres siguen llamando a la puerta, pues hay quienes dicen que el párroco puede dar pensión a todo el mundo. Una anciana de 75 años está pasando hambre y no sabe dónde nació. Sin documentos y sin informes; no hay nada que hacer.

7 - La vida no tiene valor

Casa parroquial, 7-3-1983

Me doy cuenta de que no te digo casi nada sobre mi trabajo «sacerdotal». Realmente, ¿qué podría decir un párroco en cuya parroquia hay a veces hasta cuatro asesinatos por semana? La última vez que fui a la ciudad, alguien me llamó: «En esa casa de enfrente hay una mujer muerta por su marido». No tuve coraje para entrar en aquel instante; aguardé a que pusieran a la difunta en el ataúd. Al pasar, levantaron la tapa y tuve que desviar la mirada. Mientras rezaba el rosario, las lágrimas que sorbía eran más que las avemarías que salían de mi boca. ¡Hasta qué punto llega la ferocidad humana! ¿Por qué? Se lo pregunté a varias personas, pero no obtuve ninguna respuesta. Para mí, en ella está la imagen de Cristo crucificado que carga con las heridas de nuestros pecados. No consigo condenar al marido. No lo conozco. Quizás el, lo mismo que los hijos de Rosiña, se vio obligado desde pequeño a comer una vez al día; quizá lo criaron en la calle como a Raimundiño; quizás empezó a beber aguardiente para olvidar las penas...; ¿quién es el verdadero responsable de estos delitos absurdos? La ignorancia, el desamparo, la miseria, el trabajo inhumano: éstas son las causas de una vida indigna. No debe ser difícil llegar a odiar la vida. Se mata por cualquier cosa. En cualquier pelea aparece la navaja. Quizá la explicación esté en esto: aquí la *vida carece de valor*. Si tuviera valor, la mayoría no estaría vegetando a base de arroz con judías; no habría Josés Cassianos, ni Francinetes, ni Rosiñas, ni Antonios que siguen muriendo por displicencia. Quien ve a los niños muriéndose por falta de higiene, por el agua contaminada, no puede apreciar la vida. El que ve a los niños comiendo en el suelo, el estado de los hospitales, el abandono de los ancianos, no puede decir que la vida es buena, que vale la pena vivir.

Desde su barraca, una anciana lanzaba al mundo su grito: «¿Por qué no me lleva Jesús?». Quería decir: «¿Por qué él no me quita este peso que es la vida?». Pocos podían oírla, porque su casita de tablas no tiene ventanas. Debajo de la hamaca, el orinal llena la casa de mal olor.

Fui a ver a Amadeo. Le había caído encima un árbol al derribarlo en el bosque.

Luego vi al viejo Juan, que «está ya con un pie en el agujero». Me siento obligado a decir que vi a Cristo *en la cruz*. No es retórica. Una vida y una casita indignas de cualquier «hijo del hombre». La cama y la ropa (uso estos términos solo para que nos entendamos) denuncian una pobreza extrema. Unos pocos harapos colgando de unas cuerdas tendidas. Pasé con él una hora, casi en contemplación. El, Juan, hablaba sin proferir palabras. Los vecinos entraban y salían. Como en un rito: el adiós a la vida. Aquí se vive la vida incluso en la muerte. Es como asistir a las últimas gotas de vida que el pobre traga en silencio. En silencio, como fue su vida entera. Mis palabras no consiguen traducir la miseria de Juan, porque la miseria es indescriptible: se escapa y supera la fuerza de las palabras. Se quejaba. Una mujer interpretaba: «está hablando con Dios, porque hoy es domingo». El médico lo visitó por última vez en junio y nadie se preocupó ya de llamarlo. Solamente los ricos llaman al médico. Al preguntar si lo habían llamado, todos me miraron con unos ojos que decían: «Es evidente que el médico no pisa en una barraca como ésta». Su mujer derramó en su boca un poco de agua azucarada y de leche. Luego Juan volvió a su conversación con Dios en el macabro dialecto del dolor. Pero Dios seguro que lo entendía. En la choza del anciano que habla con Dios sentí en mí por un instante la invasión de la rebeldía. La proclamación de las bienaventuranzas es el mayor desafío y amenaza contra los que gozan de la vida a costa de los pobres. Me parecía que Jesús respondía así a los gemidos de Juan: «El reino

de Dios es tuyo; te pertenece a ti. Los ricos han impedido que fueras feliz aquí; allí lo tendrás todo. Vosotros, los pobres, sois los propietarios del reino. Los que se han enriquecido injustamente tendrán que pedir vuestro consentimiento para entrar».

En el sermón de la misa dije que es menester acabar con la violencia: «Es Dios el que habla: *No matarás a tu hermano*». Luego, me quedé pensando: esto es para gritarlo a los oídos de los que son responsables de esta vida indigna. Este pueblo tan maltratado como otros muchos es realmente la llaga histórica de un sistema internacional de injusticias.

Me impresionó una frase que leí: «¿Quién tendría el coraje de fotografiar a Cristo en la cruz? Sin embargo, el que fotografió los campos de exterminio nos dejó los documentos de nuestra ruindad y de la muerte de toda una civilización, y también de una teología y de una religión». A propósito de los campos nazis, ¿te acuerdas de mi reacción cuando analizamos los documentos fotográficos? No pensé entonces que algún día tendría una experiencia directa del campo. Pensaba que eran cosas de otros tiempos. Pero hoy me siento dentro de él, rodeado de infrahombres, de desnutridos y de «aplastados del mundo». Esta gente ha tragado ya tantas cosas en la vida que no sabe reaccionar. Es la misma abyección de aquellos campos de exterminio, la misma voluntad de morir. Y si hoy hay campos de exterminio, también hay verdugos.

Acaba de pasar por aquí una «musulmana» (es el mote de los que están ya entregados, sin fuerzas para reaccionar): «Deme un remedio para mi dolor de estómago». Le pregunté cuál era la medicina que quería. Y ella: «Cualquier remedio, hijo mío, por amor de Dios».

¿Quién tiene el coraje de privar a los pobres del consuelo de la fe en un Dios que puede liberar del dolor de estómago? Los «presos» entre las alambradas del hambre son hoy en el mundo 600 millones. Aquí, a fuerza de sufrir tanto, de pasarlo mal y de vivir en la pobreza, ha nacido una multitud de resignados. El rostro de Cristo en la cruz no pudo ser fotografiado. Pero de él tenemos retratos a millares, a millones. Todos los que se mueren de hambre, de cansancio o de abandono son auténticos retratos suyos. En la muerte.

Francinete no deja de adelgazar. Parece una astilla lanzada fuera del universo de concentración, un hilo de vida que escapó por casualidad de la cámara de gas. Quiero sacarle una fotografía; no sé si tendré coraje para ello. Podrás añadirla a la de los sacrificios de Auschwitz. Una reliquia que se salvo de la masacre de Dachau. He pasado unos días tristes. Las dificultades, los problemas, los mil casos que resolver... Y el párroco está solo en situaciones que le desbordan.

Alguien me dijo que el trozo de tierra que hay desde aquí al Amazonas es tierra de condenados. Mucha gente «pierde el juicio» metiéndose en empresas oscuras; otros sobreviven aplastando a los demás, para no verse aplastados ellos mismos. Es como un barco en continuo naufragio. «Sálvese quien pueda»: es la consigna constante. «Sálvese quien pueda» del hambre, de la enfermedad, de los ladrones y del mal imperante. ¡Combatir el sistema! Es el pueblo el que trágicamente lo sostiene y mantiene en vida, contra sí mismo.

8 - De viaje

Belém-Brasilia, km. 940, 15-3-1983

Estoy de viaje para Río de Janeiro con un amigo camionero. Su carga es de 15 toneladas de madera; la mía es la aflicción del pueblo. Que el gran mundo no se preocupe por los pobres es muy serio; pero más inadmisibles todavía es que los cristianos se conviertan en espectadores impasibles de la muerte por hambre de millones de hermanos. Si hubiera cristianos en la tierra, no podría haber «infrahombres»; si hay «infrahombres», es porque no hay cristianos. Una cosa excluye a la otra. Convendría quizá que los cristianos se declararan catecúmenos, porque no es lícito para un cristiano de verdad dejar de ofrecer la vida por los que mueren de hambre o abandono.

Atravesamos una hacienda de kilómetros y kilómetros de extensión. Cuando Marcos me llama la atención sobre este hecho, le pregunto si una cosa así puede considerarse humana. Repito: no es una sorpresa que los no-cristianos hagan esto, pero ¿y los cristianos? Por desgracia, hace siglos que también los cristianos se conformaron con este *régimen de explotación* del hombre por el hombre, y hoy del tercer mundo por el mundo de occidente. Creo que por lo menos deberíamos abrir el debate para desencadenar una crisis de conciencia. O intentar nuevos caminos, formas alternativas. Reducir al hombre a «fuerza de trabajo» es lo mismo que condenarlo a ser un «instrumento», un engranaje del mecanismo que produce la riqueza. Es destruirlo en lo más íntimo de su ser. Es lo que está ocurriendo con la reducción de los pueblos del tercer mundo a una dependencia económica y política.

Pasé el día entero en la cabina del camión. Me parecía estar en la cumbre del trabajo humano. Me fue fácil desde allí valorar el cansancio del camionero. Transporta todo lo que el pueblo necesita para comer, vestir... Le pregunté a Marcos si había oído alguna vez en la iglesia una palabra de aprecio por su trabajo. Me respondió que nunca. Este viaje es importante para mí porque me lleva al corazón del trabajo. Me hace ver cómo es de sagrado, mucho más que el agua bendita. El trabajo es la «misa secular» del pueblo, la celebración de la actividad humana, la exaltación del hombre como «guardián» del jardín. La mano de Dios continúa en la mano del hombre. Es Dios abrazado al hombre el que hace los barcos, las máquinas, las casas, el arroz, las judías, el pan y el vino. Por el trabajador se nos da de comer y de beber en la celebración de la fiesta de la vida. Es él el que, en la ofrenda del fruto de su sudor, nos dice: «Tomad y comed; en mi trabajo está mi vida, estoy yo mismo».

Y la tierra se hace sagrada como un altar. Ella es la que nos hace sentir la bondad de Dios en sus frutos, el cariño del Padre al amanecer y al ponerse el sol. La materia también es sagrada. Nos alimenta y nos viste, nos eleva en el arte y en la música. Con la pretensión de una religión espiritual, acabamos negando su valor. La religión cuyo Dios se hizo carne para resaltar su amor tiene que honrar la materia. Si nosotros, los cristianos, no damos el valor debido a lo que es material, ¿quién otro tendrá derecho a hacerlo? Tenemos un Dios hecho materia, nos podemos contemplar en sus ojos, podemos decirle al universo: «Estrellas, flores, mares; nosotros, los hijos del hombre, revestimos de material al Hijo de Dios. Las moléculas de su cuerpo son parientes de toda la materia del universo».

Atravesé de punta a punta el estado de Goiás, convertido en un jardín verde. Me parece importante viajar para entender este continente. También es importante conseguir entender el Maranhão desde el punto de vista del Brasil, y Brasil desde el punto de vista del Maranhão.

Incluso durante el viaje, Francinete me persigue como un fragmento de la explosión de la cámara de gas del sistema.

En la parroquia se está organizando el viacrucis del viernes santo: «Vamos a hacer una cosa viva. Cristo que sufre y es crucificado está aquí en medio de la gente. Tenemos que escoger los lugares de su pasión aquí, en la ciudad». Escogieron el Gran Hotel de José Cassiano, la casa de Francinete, la barraca de Rosiña. Me di cuenta de que estaba pensando en el sermón del viernes santo. Pensé en llevar a Francinete al altar. «¿Queréis ver la humanidad de Cristo? ¿Queréis ver en la cara el pecado social? Ved aquí cómo reducimos a la humanidad. La humanidad de Cristo es la nuestra».

Los sermones de la pasión circulan en medio de nosotros, sin que nosotros los entendamos. «Yo estaba en ellos». En el fondo, el discurso de Cristo no es distinto del discurso de Francinete. Desde que nuestra humanidad pertenece al Hijo de Dios, es él el que habla en todos los crucificados por el sistema. «Yo estaba en ellos». Valdría la pena dejarlo todo de lado y volver a comenzar aquí.

9 - En los horrores de la favela

Río de Janeiro, 23-3-1983

«Hay aquí 380 favelas. En Brasil viven 3 millones de favelados. Ni Jesucristo puede resolver esta situación. No hay milagro que consiga sacar al pueblo de este infierno». Con estas palabras me acaba de introducir un amigo en el submundo de Río. Ayer en el Corcovado, donde el Cristo redentor parece abrazar al gran Río, toqué el cielo con los dedos; hoy voy a sumergirme en los *horrores de la favela*. Imagínate; en Río, de cada tres habitantes, uno vive en condiciones infrahumanas. ¿No es demasiado?

No logro decirte cómo es. Albañales y estercoleros descubiertos y hediondos, niños saltando en medio de puercos y montones de basura: eso es lo que se ve. Pero lo que se esconde por detrás de las puertas de los chamizos, en pie por apoyarse el uno en el otro, lo que tiene que haber en el corazón de cada favelado es algo que sólo se puede imaginar. Necesitaría un nuevo diccionario para describirte estas cosas. La única palabra que condensa la vida de la favela (si es que esto es vida) es la pronunciada por el hijo del hombre: «¡Maldición!».

Estamos aquí en pleno juicio universal: el juez ya está presente. Aquí todos son nuestros jueces y están juzgando ya a la ciudad de Río y a los pueblos que aquí vienen. Teología y filosofía, ideologías y partidos, todo tiene que callar. Los que hablan son los jueces del universo: «Tuve hambre y no me disteis de comer... ¡Apartaos de mí, malditos!».

¿No sería mejor cerrar las demás páginas del evangelio durante algunos siglos y abrir solamente ésta? Habría que prohibir todos los comentarios excepto el de la favela, el de los que viven en las charcas, el de los que viven en palafitos, el de los que son «basura de la tierra».

«Ni Jesucristo puede...». Sí, porque él no se contradice; no nos quita la libertad ni nos roba la honra de construir un mundo tal como hemos de hacerlo. No nos trata como fantoches, sino como personas libres y responsables.

Salí de la favela diciéndome a mí mismo: quizá Jesucristo sea el único cristiano del mundo y los que más se le aproximan son todas las víctimas de la tierra.

Salvador, 26-3-1983

Llegué en ómnibus a Salvador. 28 horas de viaje. En los estados de Río de Janeiro y de Espíritu Santo y en el sur de Bahía hay plantaciones racionales, pastos, cafetales, bananeras. Tierras cultivadas, en una palabra. Cuando se llega a Salvador, se tiene la impresión de una balsa para transportar chatarra humana. Favelas de nuevo.

La ciudad está plagada de iglesias. En una plaza hay una iglesia en cada uno de los lados. Pero allí no sentí a Cristo. Descubrí su presencia en el acto de pedir limosna a la puerta de su casa, toda adornada de oro (la iglesia de San Francisco). Evidentemente, también aquí se necesita un *Salvador*.

10 - Revolución

Teresina, 28-3-1983

Más de 18 horas de viaje. Una vuelta por la ciudad. Es pequeña. Muchas cruces. El gobierno ha urbanizado algunas favelas construyendo conjuntos residenciales: casitas todas iguales, de infinita monotonía. Los favelados, que antes no pagaban luz, ni agua, ni alquiler, ¿cómo se las van a arreglar ahora? Le pregunto a mi acompañante cuál será la solución. Sin vacilar en lo más mínimo, me dijo: «Revolución».

Aquí el estado ha eliminado las favelas, pero ha dejado intactas las raíces de la miseria; sobre ella se han levantado los palacios del gobierno. Cosas increíbles: modernísimas construcciones de cemento armado y de vidrio que ponen en evidencia el contraste. Mi acompañante concluye amargamente: «Pero el pueblo brasileño no hará nunca una revolución». ¿Por qué razón? ¿Será que realmente el pueblo aborrece todo lo que sabe a violencia? A mi juicio, lo han acostumbrado demasiado a obedecer a los amos en un régimen de esclavitud. Por otra parte, ¿no le inspiraron los misioneros una sumisa resignación?

11 - Desde el púlpito de los pobres

Casa parroquial, 3-4-1983

Regresé finalmente. El viaje me ha hecho bien. No vi nada que fuera peor que mi ciudad. Gracias a Dios. Me siento ya amando a este pueblo.

Es pascua. El telediario ha concedido un largo espacio a la plaza de San Pedro. Roma llegó hasta aquí. Entró en estas casitas de tablas. Siento una expresión extraña al ver al «padre universal» *desde el púlpito de los pobres*. Asistir a la coreografía litúrgica romana desde aquí, desde la balaustrada de los oprimidos, produce un efecto singular. ¿Qué podrán pensar de todo ello mis amigos de ojos pálidos y de labios anémicos? Los cristianos del viejo mundo bien nutridos, bien vestidos, a la moda, y ellos unos pobres diablos tirados aquí de cualquier forma. Mi vecino ni siquiera tiene un par de sandalias. Toño no va a la iglesia porque no tiene unos pantalones decentes. Las personas que aparecen en la tele se consideran cristianos; entonces, ¿por qué tienen demasiado y los otros tan poco?

La coral de la Capilla Sixtina entonó el Gloria y apagó el tímido discurso de los que viven de arroz con judías.

La experiencia de la favela ha cambiado mi vida. El único lenguaje válido en el planeta de los infrahombres es el del cambio. Todo lo que ayuda a cambiar es bueno; lo que no ayuda, no vale. Cualquiera que pase por estos montones de miseria tendrá que decir que la única solución es un cambio radical. No tiene sentido rezar o hacer algo diferente. Los «condenados de la tierra» me han llevado a la conclusión de que el verdadero cambio no se limita a las estructuras, sino que ha de alcanzar y transformar las profundidades del corazón humano. Crear una nueva calidad de hombre. Estamos buscando a alguien que nos enseñe a conjugar «los verbos revolucionarios», a suscitar la náusea por el sistema perverso. Quizás este tipo de gente no esté preparada para emprender este camino, ya que es arriesgado señalar esta dirección a un pueblo que no tiene todavía conciencia de sí mismo, de su propia dignidad. Un pueblo acostumbrado a vivir de las migajas concedidas por el estado-bienhechor no conseguirá probablemente exigir sus derechos inalienables. Peor todavía: muchos pobretones sueñan con los cambios tan sólo para ocupar el lugar de los patronos y sentarse ellos en la poltrona de los ricos.

No defiende la revolución violenta, pero a veces parece que no hay otra alternativa. Después de tanta y tan profunda explotación sufrida por el pueblo, después de tantas cruces como se ha cargado, tan sólo una tempestad parece capaz de limpiar el cielo y revelar nuevos horizontes para los hijos del pueblo.

12 - El hambre

A orillas del Pindaré, 12-4-1983

En pleno bosque. Quedaron atrás 150 kilómetros de asfalto, 15 de camino de tierra batida y dos horas de caminata. Un paisaje prehistórico en todos los sentidos. Árboles seculares crearon el humus que dará vida al arroz. Actualmente es el reino de los pájaros, de las aves zancudas y de los aventureros, fugitivos o miserables. Dicen que esta tierra es «caliente», porque ya se han dado aquí luchas de sangre. Ya han llegado por aquí los ladrones que chupan el trabajo humano: el puente sobre el río Pindaré fue contratado por 18 millones de cruzeiros, subcontratado por 10 y construido por 6. La esclavitud se respira como el aire. De todo tipo: falta de higiene, alimentación precaria, salud amenazada por la malaria, falta de caminos, y las empresas agropecuarias se apropian por un puñado de monedas de millares de hectáreas, expulsando a sus habitantes. En la selva es fácil encontrarse con grupos de hombres en fila india, de rostros famélicos, malvestidos, huraños, sombras perdidas en el paisaje tropical, en busca de trabajo.

Ayer estuvimos viajando todo el día: tres horas a pie y cinco a caballo. Caminaba descalzo y tropecé con una raíz. Selva virgen. De vez en cuando, unos claros de mijo; la hierba de dos metros de altura; bosque y más bosque. El camino es a veces de barro y a veces de lodo; hay que vadear ríos; aparecen calveras con árboles quemados. Lo peor que me dio a conocer el Pindaré fue el hambre. Almorcé dos espigas de mijo crudo, masticándolo a lomos de burro. En el interior no existe el desayuno matinal; sólo una tacita de café. Después de dos o tres horas de viaje, bajo el sol caliente y entre zarzas, la gente ya no puede aguantar; el hambre es algo indigno. No tenía ganas para nada; ni de hablar ni de oír hablar. Me faltaba ánimo para contemplar los cipos, las flores tropicales, las curvas caprichosas del riachuelo por el valle, el abrazo de las lianas parásitas con los árboles centenarios. Hasta la poesía me parecía abominable. El hambre es negra y pinta el mundo de color negro. Es una condenación, una vergüenza. Ahora entiendo por qué a veces el hambre enloquece a la gente. ¡Ah, si los políticos y los altos guías religiosos experimentasen el hambre al menos una vez en la vida!

Al llegar, me enteré de cuántos kilómetros había sido el camino: 45. Y todo aquel pedazo del mundo era de un solo propietario. La imagen de los hombres que recorrían el bosque no se me escapaba de los ojos. Pregunté de dónde habían venido: del Ceará, de Piauí, de Pernambuco... más de mil kilómetros para verse reducidos a sombras ambulantes por un bosque ajeno, en compañía del hambre. Estas son las consecuencias del éxodo forzado de sus tierras. Llegaron hasta aquí arriesgando su vida en busca de trabajo; pero ¿por qué? Uno fue expulsado de sus tierras, otro se vio obligado a vender su terruño para pagar el hospital, otro se dejó engañar por el color del dinero que nunca vio y, al no conseguir trabajo en la ciudad, volvió al campo, lo único en que sabe trabajar.

A lo largo del camino, la hermana contó 24 casitas abandonadas. Esto significa que 24 familias se fueron al infierno de las favelas. Ahora entiendo por qué. Desde aquí hay que recorrer 45 kilómetros, llevando a cuestras dos arrobas de arroz, para cambiarlas por azúcar y café. No hay escuela, no hay farmacia, no hay medios de transporte. Esto no es vida. Y nosotros tenemos encima el coraje de cargarles de preceptos morales, de liturgias y teologías de un mundo que vive en condiciones completamente distintas. Corremos el peligro de imponerles un totalitarismo religioso en nombre de Dios.

Cuando el hambre comenzó a apretarme es cuando llegué a pensar en las marchas de los guerrilleros de Sierra Maestra. La verdadera violencia la practican los que obligan al pueblo a vivir en estas condiciones. Dejaré este lugar con una inmensa pena. ¿A quién le corresponde denunciar ante el mundo la presencia de hermanos en condiciones tan tristes? Y fíjate bien: el problema no es brasileño, sino mundial. Afecta a todo el mundo. Este viaje me ha arrastrado al torbellino de interrogantes angustiosos: el Cristo, el *hombre verdadero*, ¿no tendrá nada qué decirnos en defensa de los despojados por estas empresas que se apropian de millares de hectáreas a costa de esta gente explotada?

Al anochecer, llegamos al rancho del señor Beto. Un bahiano de corazón grande. Dos horas más tarde, sirvieron la comida: arroz, judías y gallina. Maté el hambre. No podía dejar de honrar al ama de casa que, a las ocho de la noche, en medio del bosque, fue a buscar la gallina, la preparó y la cocinó para el padre. Dormí en el cobertizo, convencido de que el pobre tiene razón cuando dice que «es mejor morir con el estómago lleno».

Al día siguiente, la primera misa en esta tierra bravía. Me parecía que se imponía una lectura nueva de toda la realidad: la vida, la historia, el cielo y la tierra. Veía a los hombres de rostros macilentos arrastrándose por el bosque en busca de empleo, y me preguntaba qué sentido podría tener una vida de éstas y la religión misma. ¡Ah, si supieran que los cristianos del mundo entero aceptan como «normal» que el más fuerte se alimente del más débil, en perfecta conformidad con la ley de la selva!

A la hora del sermón, le pedí a la hermana que contase *la historia del hombre de la cruz*. Un buen hombre entró en una iglesia e invitó al hombre de la cruz a que viniera a almorzar a su casa. Este pareció aceptar la invitación inclinando la cabeza. «Pobrecillo, está tan delgado que se le pueden contar las costillas; una buena comida le vendrá bien». En casa, el buen hombre recomendó a su mujer que le preparase un buen plato. Estaba ya casi preparado el almuerzo, cuando llegó un enfermo con mucha hambre. Lo sentaron a la mesa y almorzaron. Pasó luego un vagabundo e hicieron lo mismo con él. Pasó un mendigo; se repitió la escena. Como el hombre de la cruz se retrasaba, el buen hombre volvió a la iglesia para ver qué ocurría: «Pasé ya tres veces por tu casa y almorcé contigo tres veces».

Vi lágrimas en muchos ojos. Mirando aquellos rostros escuálidos, les dije: «También nosotros somos hombres de la cruz. Nuestra cruz se llama enfermedad, hambre, sufrimiento, persecución por causa de la tierra. Pero Cristo está con nosotros. Es como nosotros. Se dio a sí mismo por nosotros y nos enseña a darnos también a los demás».

Por un momento vi en sus ojos un rayo de felicidad. Después de los bautizos y de las bodas, el almuerzo en casa de los novios. Algunos cohetes y abundante arroz con judías. De noche, resonó el acordeón por el bosque. Cantos y baile hasta el amanecer. Había también un violín y muchas ganas de olvidarse del día-a-día de la vida.

13 - Comprados y vendidos como bueyes

Sapucaia, 14-4-1983

Viaje de vuelta. Me hospedo en una de esas casas-barracas, como tantas otras. No consigo dormirme. Estiraron mi hamaca cerca de las cacerolas y de los platos por donde rondan las cucarachas. Cucarachas por todas partes, basta en la red. Pero la cucaracha que me roe por dentro es la revolución (uso esta palabra en el sentido de cambio radical). La familia que «abrió» este lugar cuenta que hace diez años la vida en el bosque era todavía peor. «Se tardaba en llegar tres días de viaje, sin comida, sin agua, abriéndose camino con el machete. Cobras enormes; multitud de mosquitos; se comían los frutos de la selva y se bebía el agua de una planta».

También las tres familias de Sapucaia me contaron su pasión dolorosa: después de plantar arroz, mijo y mandioca en la tierra del dueño y con su consentimiento, hoy están en apuros; el dueño vendió la tierra a una empresa. Sin aviso. Lo vendió todo: la tierra, los sembrados y la gente que trabaja en ellos. Los pobres no tienen derechos. Y él está convencido de haber hecho algo bueno: al final, había dejado en sus tierras a unas personas que no tenían otro paradero. El sino de los pobres es éste: *ser comprados y vendidos como bueyes*. Hoy le venden su trabajo a la empresa; son empleados suyos, obligados a aceptar, como favor generoso, los precios que les ofrecen: tanto por el desbroce de la tierra, tanto por plantar mijo... ¡Y no tienen más solución! Todo esto resulta repelente. Si Cristo está al lado de los oprimidos, no puede dejar de estar al lado de cada hombre que, con todos los medios a su alcance, quiere dar la vuelta a las cosas. Si él se identifica con la causa humana, si llega a asumir el rostro del que tiene hambre y sed, no puede estar contra el hombre que se defiende de la opresión con los medios disponibles. Es un círculo vicioso: el campesino se ve obligado por el sistema a abandonar su tierra, la única que le quiere bien. Sólo los tiburones recorren imperturbables este océano. El campesino que con tanto apuro consigue sobrevivir con arroz y judías no tiene crédito, no obtiene ayuda para abrir caminos para la energía eléctrica, el agua, la escuela, el médico. La empresa sí que puede. Y lo hace con financiación del estado, con el dinero público. Porque el estado favorece y promueve la creación de enormes haciendas llenas de ganado. Las haciendas producen, mientras que las pequeñas propiedades sólo dan unos sacos de arroz y dos gallinas para que el campesino no se muera de hambre. Por decretos-leyes se crean proyectos que estimulan la codicia de los ricos del sur para que inviertan en estas tierras vírgenes que necesitan grandes capitales para su explotación. Pues bien, ¿dónde está la violencia? ¿Con el campesino inerme o con el sistema que distribuye la tierra con la fuerza, con el ejército, con la cárcel, con las detenciones, con la ley de Seguridad Nacional? La injusticia está en el sistema; es protegida por la fuerza del derecho e impuesta por decretos oficiales. Me pregunto: ¿cómo es posible la liberación con medios pacíficos, si el poder constituido (legalmente opresor) impone «el orden público» y protege «el bien común» con medios violentos? En el occidente «civilizado» se declara inhabitable una casa sin espacio suficiente, sin agua corriente, sin las condiciones higiénicas indispensables. Si uno se niega a mandar a la escuela a sus hijos, al menos hasta los 14 años, es considerado como infractor. Si esto es así, el estado es aquí el infractor. Es espantoso comprobar que estas leyes rigen tan sólo en algunos países. De hecho, ¿quién impide que sean respetadas en cualquier lugar? Tiene que haber una manera de romper la corriente de la historia que ha dividido a los hombres en pueblos del norte-ricos y pueblos del sur-pobres. Les prometí volver. Este viaje por el bosque me ha inyectado el virus del cambio. Me ha llevado casi al borde de la rebelión. Los

verdaderos rebeldes a la ley de Dios y de los hombres son los violentos, ciertamente; no los miserables que vagan por la selva como sombras. Es violento el sistema que impone el salario mínimo, el desempleo, la falta de alimentación, la ignorancia y la enfermedad. Esta violencia organizada, planificada, consagrada por el derecho y hasta hace poco bendecida por la religión.

Prosigo mi viaje. Dejo la dura experiencia de la selva del Pindaré y me dirijo a la civilización salvaje que adopta su ley fuera del bosque: el más fuerte devora al más débil.

14 - El miedo a las represalias

Casa parroquial, 26-4-1983

La vida parroquial sigue adelante con sus altibajos. Ha empezado la zafra de arroz. Una cosecha reducida a la mitad de la producción del año pasado; pero al menos habrá trabajo. Ayer hubo una procesión continua: oleadas de nordestinos, afectados por la sequía y por la más absoluta miseria. Van de ciudad en ciudad buscando no morir de hambre.

Chico huyó desesperado de Caxias cuando vio que sus plantitas de arroz se iban secando una a una. Está dispuesto a cualquier trabajo. A cualquier precio. En estas condiciones, el que trabaja tiene miedo del parado, porque es un enemigo potencial, un competidor que le puede robar el empleo. Es difícil hablar de solidaridad y de unión a unas personas desesperadas. El sistema consigue siempre sus objetivos: lanzar a los pobres unos contra otros, a los empleados contra los parados.

A veces llego a desanimarme. Nuestra ciudad no es una ciudad: es un campamento de gente que llega de todos los rincones del país para intentar suerte. Y algunos lo consiguen, explotando a los otros. El sistema se aprovecha de la ignorancia, de la ingenuidad y de la cultura de dependencia. Las profesoras estatales sufrieron un recorte en el salario, ya tan irrisorio, pero no hubo quien quisiera organizar una protesta.

Lorival trabaja en el aserradero 11 horas diarias, incluso los sábados. No hay sindicato. No protesta nadie, porque todo el que reclama es despedido como la «sarna».

Murió Cícero, 69 años. De un colapso. Estaba cargando un camión. Sin contrato laboral, sin derechos de asistencia social. El patrón se lava las manos. Después de un trabajo de concienciación, decidimos celebrar la misa de octavario en el cementerio. Una hoja anunciaba que la concentración empezaría en el patio del aserradero, en donde había tenido lugar la muerte de Cícero. Se originó un tumulto. Aquello fue considerado como provocación y subversión; el amo del aserradero y un político acudieron a la policía; y el delegado, cuando fuimos a aclarar el caso, dijo que había que delatar la hoja a la policía, por no estar firmada. Se celebró la misa, pero los parientes de Cícero desistieron de toda indemnización. *Temen las represalias*, porque el aserradero concede agua a los vecinos y da trabajo a los nietos de Cícero.

Teóricamente, una situación de lucha por la supervivencia sería la situación ideal para planificar cambios, pero en realidad no es así. El pueblo, atontado por las urgencias de las necesidades primarias, acaba pensando más con el estómago que con la cabeza. Y no tiene la culpa de eso.

Unas cuarenta familias están siendo amenazadas de desalojo, porque han puesto sus barracas al lado de la carretera que pertenece al departamento de carreteras estatales. Les ofrecimos todo nuestro apoyo; les ayudamos a mandar cartas a todas las autoridades y solicitudes para que se les concediera algún tiempo, a fin de que las familias buscasen otro espacio para sus barracas. Pasado el primer entusiasmo, se echó encima el miedo y la desconfianza; algunos consiguieron hospedaje en casa de los vecinos; otros simplemente se fueron. La hermana comprobó amargamente que las injusticias y los casos más dolorosos ofrecen la posibilidad de organizar al pueblo y de reflexionar con él, pero resulta difícil acelerar el proceso de maduración. Apenas pasa la emergencia, el pueblo se refugia de nuevo en la pasividad. Yo me preguntaba: ¿por qué sucede esto? Parece ser que todavía no hay respuesta, como tampoco hay explicación para el

hecho de que a veces los pobres no consiguen hacer nada por los más pobres y que los empleados tampoco hacen nada por los parados.

Cuando llega alguien con aspecto de pobre, ya empiezo a pasarlo mal, porque tendré que decirle que no puedo hacer nada por él. La limosna no resuelve nada. El problema está en hacer que la comunidad se responsabilice por sí misma. Aquí hay gente que lo pasa bien, o medianamente bien: pequeños propietarios, comerciantes, etc. ¿Cómo sensibilizarles? Teóricamente se enseña que la riqueza tiene una función social, pero no hay ejemplos de uso colectivo de las cosas, de participación en los bienes. Todos estamos envenenados del espíritu burgués: «Sólo yo dispongo de lo que es mío».

Francino es un animador de la comunidad: pequeño propietario con razonables recursos y 13 hijos. Me contó su historia: «Casi llegué a pedir limosna. Vendí los pocos cacharros que tenía en Bahía y vine a ocupar este terreno. Todo lo que tengo es fruto de un duro trabajo. No bebo ni fumo. La vida me ha enseñado a ahorrar. Muchos de mis pobres compañeros siguen siendo pobres por no haber sabido economizar en su vida». Me gustaría saber cuáles serían las palabras capaces de hacerle comprender que hay pobres por enfermedad o por otras calamidades; que la balsa de los desheredados de la que él ha conseguido escapar sigue navegando a la deriva en medio de tiburones. Los cristianos, por ignorantes, no han sabido crear alternativas sociales en el uso de la riqueza; y es evidente que la vida de millones de criaturas depende precisamente de ese uso. Incluso he llegado a pensar que la apropiación exclusiva de las cosas es un *crimen contra la humanidad*. No hablo de pecado, que es una categoría peculiar de los creyentes; hablo de crimen, que entra dentro de los conceptos de cualquier ser humano. Si en el uso y en la posesión de los bienes se condiciona la vida o la muerte de los otros, es evidente que se trata de una cuestión de importancia fundamental.

Francino es una persona estupenda. Nunca vende la leche que saca de sus vacas. La reparte entre sus vecinos. Pero él no encuentra razones o justificaciones para asociarse a otros voluntarios y, juntos todos ellos, poner en común el resultado de su trabajo. En nuestra historia hay un vacío, una terrible omisión: desertamos del problema social, no lanzamos eficazmente modelos alternativos. Y yo aquí, en medio de todo esto, rodeado de víctimas, me pregunto con ellas si es conforme con la dignidad humana apropiarse de los bienes, si es facultativo u obligatorio socializar los medios de producción, si es lícito poseer lo superfluo que priva a los otros de lo indispensable. Creo que puede ser difícil convencer a todos los Francinos del mundo de que hay que compartir con los demás, pero no debería ser imposible un movimiento de voluntarios que empezasen a creer en los *sacramentos naturales* de la comunión y de la participación.

Lo mínimo que hay que hacer es liberar a los pobres de las condiciones infrahumanas en que viven, pero también es necesario liberarlos del peligro de hacerse egoístas como los burgueses actuales, una vez liberados de la necesidad. Este peligro existe: cuando el pobre sepa reivindicar lo que le pertenece, ¿seguirán gustándole todavía la hospitalidad y el compartir con los demás? En este momento no sé si el empeño por sobrevivir, aun cuando se ignora la desventura del compañero, puede ser llamado egoísta o si es simplemente instinto de conservación.

15 - Dos cualidades humanas

Casa parroquial, 23-5-1983

Observo que muchos productos llevan la indicación: «por licencia de...», y sigue el nombre de una industria extranjera. Todo por licencia. Todo prestado. También la vida. Los países del tercer mundo viven con el permiso del llamado primer mundo. Después del fracaso histórico del colonialismo y con la dependencia económica y política de los pueblos subdesarrollados, el occidente cristiano no tiene ya credenciales para presentarse como defensor de la libertad, de la cultura y de la civilización. Lo peor no ha llegado todavía; la conclusión final está guardada en los depósitos nucleares del este y del oeste; lo peor llegará dentro de unas décadas, cuando el abismo que separa a los pueblos pobres de los pueblos ricos se haya profundizado tanto que la reacción sea incontrolable. Será un abismo económico y cultural: el problema primordial de los ricos es el «tiempo libre», mientras que para los pobres es la supervivencia a nivel individual y la deuda externa a nivel de estado. Pues bien, de perspectivas diferentes nacen concepciones diferentes. Dos *cualidades humanas*, pueblos pobres y pueblos ricos, lo ponen todo en peligro. La problemática del que se está muriendo de hambre es totalmente distinta de la problemática del que ya no sabe qué inventar para consumir y seguir despojando.

Insisto: los sufrimientos del tercer mundo tienen que llevarnos a detectar la raíz del mal; nos obligan a un examen de conciencia histórico, a una descodificación de las estructuras y de los mecanismos del mal organizado, institucionalizado, legalizado.

Pongamos por ejemplo la propiedad privada: ha sido elevada a la dignidad de dogma en el universo occidental, como si fuese el único medio para garantizar el ejercicio de la individualidad de la persona. Si «cada hombre es una isla», si cada uno vive por sí mismo, si la regla de vida es «cada uno para sí y Dios para todos», el hombre acabará construyendo para sí una seguridad artificial. Eclipsados los valores de la solidaridad, los vínculos de la comunión y de la amistad entre los hombres, no queda otra salida más que inventar un ídolo, un pseudovalor: la propiedad privada. El hombre no ha conseguido vivir solidariamente según la naturaleza y ha atentado contra la propia naturaleza, declarando que sin propiedad privada no hay libertad ni autonomía. Hasta el pueblo sencillo suele decir: «Nadie hace nada por nada». El interés egoísta ha sido legalizado y puesto como principio básico de la cultura occidental. Con toda evidencia, aquí se percibe que todo lo que favorece el provecho personal, el lucro, la explotación y la especulación hace del hombre un ser antisocial. El mito de la propiedad privada justifica en los latifundarios las técnicas más refinadas de expulsión de los pequeños propietarios de sus terrenos: cierran los caminos de acceso, sueltan el ganado por los campos, secan los pozos y desvían las aguas naturales, sobornan con dinero y recurren a la intimidación por medio de pistoleros... Todo en nombre del derecho sagrado a la propiedad privada.

Un régimen de propiedad privada no tendrá nunca como resultado una sociedad igualitaria. Y los ricos se justifican usando a los pobres: «¡Son ellos los responsables de su miseria! No quieren trabajar; no tienen pundonor; se pasan vida sentados a la sombra en la plaza o en el bar. Son perezosos».

Así se expresaba hace unos momentos la dueña del supermercado, que es directora del jardín de infancia en donde se recoge a los niños de las familias más pobres. Dice que no aguanta más, porque es imposible educar a esos niños; son desagradecidos, rebeldes... Y no consigue entender que hay una razón en todo eso. Toña, 17 años, fue admitida como asistenta, pero no le

satisface. Vive sentada en los bancos del jardín; no se acerca a los niños; los deja alborotar y arrastrarse por el suelo como animales. ¡Pobre Toíña! Tampoco ella tiene muchas razones para que le guste la vida. No ha conocido padre ni madre. Vive con su abuelo en una casa de tablas. La he encontrado varias veces llorando; y nunca supo decirme por qué.

En esas mismas condiciones hay pueblos enteros que no conocieron padre ni madre, ni una historia que los dignificase, ni una cultura que les hiciera salir a flote. Hijos de nadie. Sin raíces. Y la culpa es de los padrastros y madrastras que los colonizaron y los despojaron, y que hoy los acarician con limosnas. Porque lo cierto es que todas las formas de asistencialismo se han revelado casi siempre como un arma contra el pueblo.

Ninguna «ley de oro» borra las consecuencias de siglos de esclavitud de una cultura fabricada de fatalismo y de resignación. Sin embargo, en el pueblo maranhense sobrevive en general un resto de cultura genuina, heredada de sus indios ancestrales: desconoce el afán del día siguiente. Cuando el cazador volvía con la caza, la repartía entre todas las familias del poblado. No guardaba nada para el día siguiente. La directora de la escuela me decía: «Hacer bien a esta gente es hacerle daño. Sólo cuando toque el fondo de su esclavitud podrá dar el salto hacia su liberación».

16 - Las máquinas son más seguras

Casa parroquial, 30-5-1983

Estoy cansado de ver gente asesinada. Me llamaron para que fuera a bendecir a un individuo apuñalado de la cabeza a los pies. Busqué un pretexto para mandar al compañero. Pero no pude negarme a ir a visitar a Rosángela. Tres años, consumida por la verminosis: llegó a vomitar lombrices. Su madre había muerto y su padre estaba junto a la cama al borde de la desesperación; parecía enloquecido. Si no me ando con cuidado, también yo pierdo la cabeza. Hay días en que todo entra en crisis; todo, hasta la doctrina. Tú me dices: «Dan ganas de quemar la doctrina...». Yo afirmo que "aquella" doctrina que ya se quemó en los hornos crematorios de Auschwitz no puede seguir rastreando por la tierra incandescente de los oprimidos.

Estuve en una de las regiones más «calientes» de la parroquia: Brejo Social. Poca gente. Casi todos los hombres han huido a Sierra Pelada, donde hay oro. No creas que se van a gusto: el noticiario ha informado que allí se mueren de hambre. Resulta tragicómico morir de hambre en medio del oro. He visto fotografías de la mina: peor que los «círculos» del infierno de Dante, peor que un hormiguero. Salir de allí, desde el fondo, con un saco de grava a los hombros, por interminables escaleras de madera. Dicen que una de las mil escaleras ha sido bautizada con el nombre de «Adiós, madre», porque es grande el número de los que se caen de allí, lanzando este último grito. Algunos han llegado a venderlo todo para comprar unos cuantos metros cuadrados de tierra de oro; pero la mayor parte lo pasa mal. Parece ser que el número de mineros se eleva actualmente a 153.000. Para conseguir un plato de arroz, tienen que hacer fila y esperar hasta un día entero. Algunos dicen que allí está precisamente el juego del gobierno: con esa multitud de gente es inevitable la confusión, el caos. Sería ésa la mejor ocasión para intervenir y entregar la mina a empresas particulares que lo están esperando.

El plan es sustituir el trabajo manual por máquinas. Esto es lo que me decía el dueño de un aserradero: «Las máquinas son más seguras. No dan dolores de cabeza como los obreros; no reclaman, no hacen huelgas... Prefiero trabajar con máquinas que con hombres».

Pero entonces, ¿por qué los hombres acuden a Sierra Pelada? Vicente me confesó que el año pasado la tierra le había dado 300 sacos de arroz y éste sólo 15. Con diez hijos que sustentar, hay que intentar cualquier cosa.

Después del asesinato de Zizí, el delegado del sindicato de trabajadores rurales de Santa Lucía, las cosas se pusieron mucho peor. Un tal Fernandino es propietario de 5.000 hectáreas de tierra y pretende quedarse con toda la región de Brejo Social. Pero allí reside un hombre que afirma y garantiza a todo el mundo que solo saldrá de esa tierra muerto. Está cansado de verse llevado de acá para allá como un harapo; está cansado de desbrozar y de plantar hierba para que engorden los bueyes de los hacenderos.

La mayor parte son analfabetos; no conocen las leyes que podrían defenderlos y no tienen coraje para tomar posición. Su simplicidad aquí es una debilidad imperdonable. Intentaron conmovier al «doctor»: «No sabemos adónde ir; nos echan de todas partes. ¡Tenga compasión de nuestros hijos!».

Doña Rosa me decía que su hijo, hace algunos años, había ido a trabajar al bosque y no había vuelto. Lo encontraron con una bala en el pecho y degollado. Por cuestiones de tierra. Todos saben quién fue, pero nadie habla.

Vino a verme Delcides, de viaje hacia Marituba para amputarse una pierna: hanseniasis lepromatosa. Me pidió dinero y me contó su historia con una apatía asombrosa. El padecimiento como hábito de vida lleva a las personas a hablar de hijos asesinados y de piernas que hay que cortar como si se tratase de cosas normales. Todo esto es tan complejo que me da la impresión de estar entretejiendo espinos.

17 - Con el pueblo

Casa parroquial, 1-6-1983

La ciudad está alborotada. Peor que si hubiera explotado una bomba. Todos hablan del cura y de la monja atacados por los funcionarios de la prefectura municipal. Las personas aparecen en pequeños grupos como horrorizadas, como pasmadas ante un sacrilegio: «¿Padre, es verdad que lo echaron a la fuerza de la prefectura?». Y hablan bajo entre sí como si tuvieran miedo de que los oigan. Tal es el régimen de terror, que la gente tiene miedo de su propia sombra.

Hace tres meses, el prefecto municipal prometió equipar las salas que el consejo parroquial cedía para ampliar las instalaciones escolares. La condición era que la prefectura construiría en el plazo de un año sus salas de clase. En ese plazo se construyeron tres retretes y nada más. Imagínate a 450 alumnos en salas apretadas, obligados durante tres meses a escribir con el cuaderno sobre las rodillas, sin agua y sin luz suficiente. Después de varias reclamaciones, los padres decidieron:

1. Ir todos a la prefectura a preguntar las razones del incumplimiento.
2. Denunciar el hecho a la prensa.
3. Organizar una comisión para negociar soluciones, ya que los niños no pueden quedarse en casa sin estudiar.

Esta mañana salimos por las calles de la ciudad con tres pancartas: «Por el derecho de nuestros hijos a los pupitres, al agua y a los aseos». «Salas más decentes para nuestros hijos». «Los padres cierran la escuela porque el prefecto no cumple sus promesas». Todo transcurrió tranquilamente hasta que llegamos a la plaza de la prefectura. Luego pasó algo imprevisible. La puerta de la prefectura estaba cerrada por la policía; nadie podía entrar. Los funcionarios empezaron a alterarse. Yo me puse a observar el comportamiento del pueblo que empezó a reaccionar, exigiendo ser oído. Finalmente, conseguí entrar. El vicepresidente y el secretario me tacharon enseguida de agitador y de comunista. «¿Qué necesidad había de levantar al pueblo contra nosotros? Bastaba con que vinieran dos o tres personas».

Respondo que queríamos hablar con calma y que fue su falta de palabra lo que había provocado esta demostración. Las mujeres en la plaza gritaban contra la policía: empujones por todas partes y yo me encontré de nuevo en medio del pueblo. Llegó el delegado. Dijo que podía denunciarme por haber provocado una agitación pública. «Soy yo el que he de denunciar al que utilizó la violencia conmigo. ¿Dónde está la agitación y la violencia? Un centenar de mujeres y de niños son incapaces de perturbar el orden». Llegamos a un acuerdo: aceptamos que entrasen tres madres de familia y la hermana. Resultado: el martes empezarán de nuevo las clases en la biblioteca municipal.

Conclusión: muchos tienen miedo y acaban retirándose (las profesoras se fueron; las pobrecillas tenían miedo de perder el empleo; se decidió entonces que no volverían a las clases hasta que recibiesen los pagos atrasados de cinco meses). Pero dentro de la prefectura el miedo era mayor: el miedo al *pueblo unido*. Nos pidieron muchas veces que despidiéramos al personal, diciendo que todo aquel pueblo era peligroso. Sin embargo, había ocho policías armados. Este pueblo «peligroso» tuvo finalmente el coraje de hacerse oír.

Era todo un espectáculo verlo animado y vibrando en defensa de los derechos de sus hijos. Parecían un solo corazón hablando con una sola voz. Por la noche, los grupos parroquiales programaron para el próximo domingo una manifestación pacífica de condenación de la

violencia. Uno decía: «El prefecto no está del lado de los pobres; para la policía, los pobres no existen; para el pobre no hay trabajo, no hay escuelas ni agua ni salud. Nadie lo defiende. Tan sólo la iglesia se preocupa de él». Parecía como si todos estuvieran esperando cualquier cosa que llegase a romper el clima de intimidación que impone el sistema represivo como un fetiche a la ciudad entera. Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones; habrá venganza y habrá traidores. Pero sigue en pie la demostración de que el pueblo quiere caminar rumbo a la libertad.

Algunas mujeres vinieron a darme las gracias por haber defendido a sus hijos. Fíjate; en un primer momento, estaba decidido a no acompañar a la manifestación; permanecería fuera de ella como un simple observador. Fue en aquel instante, instintivamente, cuando sentí que no podía traicionar a mi pueblo.

18 - Autocrítica

Casa parroquial, 6-6-1983

Por la tercera vez vino Severino a expresar su solidaridad. En su rostro lleva los 27 kilómetros recorridos en bicicleta. Habla del acontecimiento como de un sacrilegio y se dice dispuesto a hacer cualquier «servicio» para vengar la afrenta sufrida por su «cura»: «Los del sertão somos capaces de tragarnos a un hombre vivo». Con los ojos inyectados, jadeante, llegó a derramar lágrimas por la ofensa que habían hecho a «su padrecito». José comentándolo luego, me confirmó lo que ya sabía: el aguardiente le ayudaba a Severino a decir lo que llevaba dentro.

La ciudad sigue respirando el aire de libertad que se creó ayer durante la manifestación. El cartel que abría el cortejo decía: «Exigir los derechos no es subversión». En un cuaderno anoté: «Se vio con toda evidencia hasta dónde llega el poder de la represión. La fuerza pública está al servicio de la autoridad y de sus compinches. El sistema se impone como único fundamento del derecho. Por tanto, usurpa el lugar que le corresponde solo a Dios».

Y ahora hago una autocrítica. Quizás hayamos dado un salto adelante mayor que nuestras piernas. Era necesaria una sacudida, pero la reacción del pueblo se sitúa más bien en el nivel emocional (por haber sido atacado el cura) que en convicciones profundas. Hay que poner en evidencia cuanto antes que los derechos humanos están en primer lugar, incluso por encima de cualquier ideología o religión. No es posible inducir al pueblo a arrostrar cualquier cosa por defender los derechos y hurtar el hombro en la hora más decisiva. Me pregunto: ¿cuándo comenzará el pueblo a creer en sí mismo? De momento, el pueblo confía en el «padre». Si es así, ¿podrá el cura evadirse, salir de la escena para no inmiscuirse en las cosas profanas?

También en mi parroquia, como en todas partes, hay personas que piensan que el lugar del cura está en la sacristía. Algunos comentan que en la manifestación había también personas que no pisan la iglesia. Otros vinieron a pedirme que no abandonase a los pobres, que no dejase solos a los que confían en la iglesia como última llamada a sus aspiraciones.

19 - Salvamos a uno, mueren mil

Casa parroquial, 17-6-1983

Han llegado cuatro niños con su madre: extranjeros en su propia tierra. Andan por el mundo buscando un lugar que les acoja. A la hora del evangelio en la misa, se los presenté a los pequeños. Mejor, habían sido ellos mismos el evangelio. Les pregunté si sabían lo que es el hambre y me dijeron que sí. Todos los niños concluyeron que el hambre no viene de Dios. Allí, delante del altar de Dios, cuatro criaturas mostraban ya en sus ojos las huellas del hambre. Como una cruz clavada en sus carnes inocentes. El más pequeño tiene tres años y conoce ya el sabor inhumano del hambre. Cristo fue clavado en la cuando era ya adulto, pero hay personas que desde su nacimiento, están ya crucificadas en el patíbulo del hambre.

Durante el encuentro con los animadores del interior, se reconoció que casi todas las escuelas municipales están sin pupitres, sin libros, sin filtro para el agua e incluso sin agua alguna. Hay también poblados sin escuela. Durante la reunión llegó un entierro: doña Dalva había muerto de parto por falta de sangre para una transfusión. Le pusieron a su criaturita, también muerta, sobre el pecho. Todos nos colocamos alrededor con una vela en la mano. Tiene razón el pueblo cuando dice que la muerte es un descanso: los dos parecen realmente descansar. Quizás ella tuviera motivos. Pero ¿y el niño? ¿Cómo descansar si no había tenido tiempo para cansarse?

Luego llegó la noticia de otra «muerte»: la comunidad del km. 22 se extinguió porque el hacendero mandó llenar de tierra el único pozo del poblado. El último balde de agua se vendió a 30 cruzeiros. Los animadores discutieron el asunto y formaron una comisión. En tres horas fue y volvió el veredicto, que parecía una partida de defunción: se han marchado ya 32 familias y las ocho restantes están preparando las maletas. De nuevo venció la prepotencia. El hacendero consiguió lo que quería: todos acabaron ofreciéndole las tierras, después de que él hizo imposible la vida a los hombres, tras haber puesto a funcionar un pozo artesano para los animales.

El último «cristo» se apareció anoche. Estuvo esperándome dos horas. Era un muchacho que hablaba español. Muy cauteloso y desconfiado, como si lo estuvieran persiguiendo. Pedía por el amor de Dios dinero para seguir viaje hasta Belém. Era un argentino, desertor de las Malvinas. Dos semanas antes de la derrota, entró en territorio chileno y empezó a vivir en la clandestinidad. Iba en dirección a la Guayana francesa. Devoró la comida. Triste experiencia la del hombre que huye del hombre.

«Vamos, padre; en la estación de autobuses hay cuatro niños durmiendo en el suelo». En realidad eran cinco, pues había uno más escondido en el vientre de su madre. Pregunté a las señoras que me acompañaban qué pensaban hacer. Teresa ofreció un cuarto y las demás ofrecieron comida. Pero la mujer en estado quería pasar la noche allí mismo, en la carretera. Parecía desmayada: flaca de mente o totalmente entregada al desaliento. Doña Raimunda tomó a la niña más pequeña, pero el mayor, de unos diez años, corrió tras la señora y quiso quitarle a su hermanita. A la vista de todos, comenzó a saltar con ella de tal forma que parecía un cerdito gruñendo. Finalmente, la mujer aceptó. Buscamos al médico, pero no hay nada que hacer: un parto prematuro, mejor dicho, un aborto de siete meses. No podrá sobrevivir porque aquí no tenemos un equipo adecuado. Y el médico: «Usted no ha entendido todavía que no es un caso aislado. Mientras salvamos a uno, mueren mil. Es una situación totalmente podrida; el problema es social y político, y sólo un cambio radical puede cambiar algo las cosas. No podemos hacer

nada. Lo más que hacemos es poner remiendos. Tiene que entenderlo, padre; estamos en el fondo del pozo, y no hay salida».

El propio médico estaba anonadado: «Quizás es que se me ha subido la cerveza a la cabeza; pero, con cerveza o sin ella, esta criatura muere de parto prematuro. Todos somos responsables y nadie se siente culpable. Yo sufro mucho más que usted... Usted no sabe por qué muere la gente. Yo lo sé perfectamente. Es una tragedia para el médico haber pasado años y años estudiando para resolver casos difíciles y delicados y ver finalmente cómo muere el pueblo a millares por enfermedades banales como el sarampión, la verminosis, la anemia, la deshidratación o de parto. Es horrible. ¿Sabe cuál es finalmente la verdadera enfermedad? El hambre. Es la verdadera enfermedad de este perro mundo».

Realmente, no tiene sentido morir de sarampión en el siglo de la cirugía miniaturizada y de los trasplantes. Los de este mundo colonizado nos vemos obligados a vivir aún en la prehistoria de la dignidad humana. Siento que falla mi fe. No mi fe personal, sino la que heredé del mundo cristiano capitalista. Rechazo su sistema, ya que es él el que mata de sarampión y de verminosis a millones de niños.

Vivo esta realidad como una condenación; soy distinto de ellos porque soy de la raza de los opresores. Estos no podrán nunca igualarse a los oprimidos. El hombre que nace y crece en ese sistema perverso, quiera o no quiera, se habitúa a él y se condiciona hasta tal punto que ni siquiera consigue imaginarse que pueda haber otro estilo de vida.

A la vista de multitudes de niños que mueren de verminosis como Rosángela, no es posible cruzarse de brazos. No se trata de una muerte natural por casualidad, por una causa ignorada. Esta muerte está construida. Por tanto, hay que hablar de crimen. Si son muchas las víctimas, hay que hablar de genocidio. Y como los niños siguen muriendo, hay que hablar de matanza permanente.

¡Cuánto me gustaría expresar todo lo que siento dentro de mí al ver niños anémicos, con una barriga enorme y un cuerpecito reducido a casi nada! Rebelión y pena, odio y horror, aversión e impotencia. Ya me comprendes. No estoy hablando de estatuillas de yeso, sino de Rosángela, de Raimundiño, de Francisco, de una multitud viva. He visto con mis propios ojos a estos niños consumidos por lombrices. Su visión me derriba del caballo de mis certezas y me quita la paz. No me queda ya nada que defender; ellos, los niños anémicos, atacan mi conciencia cristiano-capitalista. Ellos nos acusan.

Los hombres van a la luna y los niños siguen muriendo de lombrices. ¡Es la matanza de los inocentes!

20 - La viuda del pato

Casa parroquial, 24-6-1983

Al volver de visitar a los enfermos, tropecé con la viuda pato. Había armado su campamento en la misma plaza de iglesia. Cinco sacos, siete hijos y un pato con la cuerda al cuello. También los hijos parecían presos por el cuello con la cuerda del hambre. Apenas verme, cubrió el pecho que el pequeño intentaba mamar. Le dije que no se preocupase y que siguiera dándole el pecho al niño, que no dejaba de llorar. «Ya no tengo leche», respondió, dejando el pecho exhausto.

La presenté en la iglesia: «Hoy Dios nos presenta esta página de evangelio».

Se hizo un profundo silencio. Vino luego la meditación del evangelio según la viuda del pato. Hablaba despacio, correctamente; con muchos pormenores. Su marido había muerto de hidropesía siete meses antes. Un día se bebió un cubo entero; bebía sin parar y tenía el vientre hinchado. Pidió ayuda en mil municipios, pero no le sirvió de nada. En sus palabras no había ningún tono de recriminación; ella, como los pobres, no sabía condenar.

En el texto se leía: «El que tenga dos vestidos, que dé que uno al que no tiene». Añadí: «La lista puede proseguir: el que tenga dos casas, dos terrenos, dos coches, etc., dé uno al que no tiene. No es imposible hacer esto».

Llamé a doña Teresa y a José, que habían acogido ya en sus casas a personas necesitadas. Quería bajar hasta el fondo: no basta con dar limosna para tranquilizar la conciencia; es preciso adoptar soluciones que resuelvan el problema de raíz. E hice una larga pausa. A propósito. Mientras esperaba que mis palabras bajasen al fondo de los corazones, se inició una procesión. Como si lo hubiesen ensayado, todos vinieron a depositar su ofrenda en manos de la viuda. Me quedé mordiéndome los dedos: había conseguido exactamente lo que no quería.

¡La limosna! ¡Injuria inventada por el mundo burgués para disfrazar la injusticia! Durante muchos siglos, la religión nos ha hecho creer que las limosnas de los ricos serían actos meritorios para comprar el cielo. Y durante muchos siglos hemos corrompido a los pobres, llevándoles a pedir como limosna lo que les corresponde como derecho. De esta forma le quitamos al pobre su dignidad y su derecho a ser persona. La limosna es un disfraz. El sistema pone a las personas en la calle, las tira al arroyo o a la basura y luego, para apartar los complejos de culpa, las engaña con el cuentagotas de la limosna.

21 - Carne de matadero

Casa parroquial, 1-7-1983

Nuestra ciudad es considerada como un punto neurálgico; por aquí pasa la carretera BR-010; es un gran centro de producción maderera y se están implantando enormes haciendas de cría de ganado. Todos piensan que el gobierno hará llover ríos de inversiones para obras colosales. A los faraones les gusta lo colosal.

Algo de esto tiene que ser verdad, ya que muy cerca de aquí está en construcción el prestigioso ferrocarril de Carajás con un coste de 1.300 millones de dólares. Por él se transportará el mineral de hierro desde los yacimientos de Carajás hasta el puerto de San Luis: 890 kilómetros. Los tractores serpentean por el bosque salvaje y cortan las llagas de la miseria. Vagones cargados de materias primas tendrán que pasar ante los ojos de los que quizá no se aprovecharán nunca de esas riquezas. Este pueblo seguirá mirando, impotente, el tren del progreso que llevará la riqueza a los pueblos ricos. ¡Ironía de la suerte! Los convoyes del progreso y de la riqueza pasarán día y noche sin parar nunca entre las casitas de tabla; y el pueblo los seguirá contemplando inerte. ¿Es que no tendrá aquí nunca una parada el tren de la dignidad humana?

En las orillas del ferrocarril, el contraste: el pueblo con sus borriquillos, trayendo el agua desde 10 a 16 kilómetros de distancia. Ya ha pasado el primer tren, llevando consigo una carga de ilusiones. Un periodista se preguntaba: «¿cuál es el precio del progreso?».

Me han explicado la diferencia entre el norte y el sur del Brasil: el sur fue ocupado por colonos que se establecieron allí con la intención de crear progreso y bienestar para todos (¿y las favelas?); el norte se vio reducido a una tierra de conquista, invadida por aventureros y oportunistas preocupados de una riqueza que llevarse. Esta sería una de las razones del subdesarrollo del norte y del nordeste. Hay que reconocer que el estado liberal no ha hecho nada o muy poco en defensa de estas poblaciones frágiles, sometidas a una nueva forma de colonialismo interno. Los «vampiros» vinieron a millares, se apropiaron de las tierras, destruyeron la flora y la fauna y corrompieron el alma de los nativos que, durante siglos, cultivaron el suelo común sin tener necesidad de demarcar sus propiedades.

Hoy el nordestino es nómada por antonomasia. No ha sido la naturaleza, sino la historia la que lo ha reducido a una especie de segunda naturaleza: la de trotamundos. Lo que impresiona es que cada uno se pone en camino sin saber exactamente a dónde quiere llegar. Oyó decir por los amigos o por la radio que en Rondônia o en Roraima hay tierras en distribución y se va para allá, sin planificación alguna. Se pone en camino a la ventura (decimos nosotros); se va con Dios (dice él). Al final, Dios es de los pobres. Una vez intenté hacer comprender a un anciano que no era sensato hacer un viaje de Picos do Piauí a Trecho Seco, 1.200 kilómetros, con doce personas y sin dinero suficiente, más aún, sin saber si encontraría trabajo. Sería mejor, le decía, que se fuera él solo, que buscara un empleo, que consiguiera algún dinerillo y que volviera luego a buscar a su familia. El me miró con aire de superioridad y me dijo: «Hijo mío, usted no sabe lo que es la sequía; si nos vamos huyendo, es porque aquí ya no hay nada que hacer. ¿Sabe usted lo que significa tener hijos que pasan hambre?».

Estuve en el poblado de Nova Descoberta, a 90 km. de la carretera asfaltada: lejos del médico, del mercado y de todo lo demás. Le pregunté a la comunidad reunida por qué habían ido

a establecerse tan lejos: «Tuvimos que vender nuestras tierras de junto a la ciudad y nos metimos en el bosque. Es mejor vivir aquí con privaciones, pero con libertad».

Hace unos quince o veinte años, esta región la recorrían sólo los cazadores y los indios. Luego llegaron los campesinos. Ellos hacen el trabajo más duro y peligroso: el desbroce. Cortan con el hacha arboles gigantescos; se enfrentan con las zarzas, las cobras y la malaria; queman y remueven el terreno para plantar arroz. Después de todo este trabajo, tremendamente arriesgado, cuando la tierra está ya dispuesta, llegan los hacendados del sur atraídos por las campañas y los incentivos del gobierno. Con un puñado de billetes compran terrenos inmensos. Los campesinos, engañados por el dinero o presionados de mil maneras, venden las tierras mejores (las situadas cerca de las carreteras) y se meten más adentro, empezándolo todo de nuevo. Un proceso sin fin. Y cuando no quedan ya tierras que desbrozar, entonces el pueblo se pone en camino del Pará, de Rondônia, de Roraima... En fin de cuentas, el pobre sólo vale como *carne de matadero*, para desbrozar el bosque.

El hacendado José me decía: «Dios ha hecho dos tipos de gente: las locomotoras y los vagones. Algunos han nacido para remolque; no saben moverse ellos solos. Como las plantas parásitas. De nada sirve empeñarse en cambiar la realidad; muchos pobres reciben tierras del estado y luego las venden».

Pero José no se pregunta por qué pasa eso; él ha tenido siempre dinero para el hospital y para las medicinas; él tiene instrucción. El campesino, mal que bien, sólo sabe escribir firma. Un socio de José me enseñaba la mano y decía: «Mire mis dedos: son diferentes. Dios ha hecho a unos distintos de otros».

22 - Se muere de soledad

Brasilia, 19-7-1983

Llegué a Brasilia al anochecer. Visita nocturna. Una sensación de espacio sin fin. Parece una ciudad sin límites. Con planta en forma de avión: se habla del «ala» norte y del «ala» sur, y todo está distribuido en sectores, residencias, hospitales, hoteles, ministerios; más allá del lago artificial, están las casas de los funcionarios del gobierno. Altitud de 1.200 metros. Una ciudad nueva, plantada en el corazón del continente. Edificios gigantescos, que solo pueden compararse con las construcciones de los antiguos egipcios. Luces y más luces para 350.000 habitantes, casi exclusivamente funcionarios públicos. En la periferia, ciudades-satélites que ocultan la otra cara del Brasil.

De las 20 a las 23 horas, vi muy poca gente. Doña Malva comentaba: «Se muere de soledad. Tenemos los índices más elevados de separaciones o divorcios. Llevo viviendo aquí varios años y no conozco a mis vecinos».

Hay espacio, y mucho; pero tiene el defecto de estar vacío. Una ciudad construida por la ambición de lo grandioso. Imagínate la reacción de quien tiene ante la vista las casitas de tablas y las miradas anémicas de los brasileños que se están muriendo de verminosis o de sarampión.

Han edificado un monumento al creador de la ciudad: Juscelino Kubitschek, pero el pueblo no tiene monumentos. Todavía triunfa el individualismo como si no fuera el pueblo el que hace la historia. Tenemos aquí ciudades de una tal Ana (Anápolis), de una tal Teresa (Teresópolis), de un tal Pedro, emperador del Brasil (Petrópolis).

Ahora la ciudad resplandece a la luz natural del sol. Las aguas artificiales reflejan un mundo irreal y alienado. Un mundo que no quiere saber lo que significa sobrevivir con un puñado de arroz.

Parece que la historia no ha superado todavía la etapa pre-humana. Quizá sea menester pasar por devastaciones ecológicas y nucleares para que el hombre alcance la autenticidad de su ser. No se reconoce al hombre en el rico como no se reconoce en el pobre, ni en el patrono ni en el criado. Todavía estamos buscando nuestro verdadero rostro.

23 - El infierno existe

Brejo Social, 31-8-1983

Intenta imaginártelo: llegué a una casa en la que no había nada; solamente moscas. ¿Es casa una casa así? Trajeron dos taburetes de la casa vecina. La única pieza mobiliaria era una mesa camilla. Yo sentía el cansancio de muchas horas de viaje por el bosque, con el «Toyota» continuamente metido en el barro. Intenté descansar, pero el hedor de la hamaca me causaba náuseas y era un cebo para las moscas. Cachorros, gatos, gallinas y polluelos: todos eran dueños de la casa. Todos dormían en el mismo sitio.

Doña Raimunda me contó su historia: diez hijos, de lo que viven cinco. Una niña murió de parto hace pocos días. «Nací para sufrir, pero Jesús sufrió más que nosotros, ¿no es verdad, padre?».

Por la tarde, visitando otras barracas, descubrí que el poblado está lleno de doñas Raimundas. Una atmósfera pesada. Algo parecido a un clima de persecución y de pavor. La reunión resulta tensa; no habla nadie. Rezamos el rosario.

Al día siguiente, salí a hacer algunas visitas individuales. En grupo no se haría nada. El recelo y la desconfianza cerraban la boca del poblado. Juan Tranquilo fue el que «vació el saco», pero para hablar tuvimos que ir hasta su rancho en el bosque. Ahora todo está claro; el mal no tiene nada de abstracto; tiene nombre y apellidos. Aquí el mal se llama «el doctor», el jefe de un órgano federal encargado de los asuntos rurales. Todas las cosas comienzan: «El doctor dijo; el doctor ordenó; el doctor quiere que...». El hace la lluvia y el sol; da tierras a los que quiere; manda sacar la madera de la tierra de los campesinos; crea un clima de terror tan grande que ninguno se atreve a hablar. Recientemente estuvo aquí con el delegado, que mostraba un poderoso revólver en la cintura; dijo que estaba cansado de amenazar. Le había prometido a Fernandino aquella tierra y todos tenían que desocupar el área.

«El doctor» les hizo la vida imposible en todos los sentidos; prohibió que tapasen las casas con cavacos (tejas de madera) y que se sirvieran del barro. Prohibió la plantación de mandioca y de cualquier árbol frutal. Prohibió todo lo que pudiera dar impresión de estabilidad, porque quería que el personal estuviera siempre dispuesto a «darse el bote». ¡Y yo me había estado calentando la cabeza! No entendía las razones de semejante abandono y descuido, dentro y fuera de las barracas. Realmente, no había visto nunca tantas casitas miserables juntas, cubiertas de paja. Damáso me invitó a almorzar. El doctor le había ordenado que no preparase el terreno para plantar y prohibió llenar las paredes de la casa que estaba queriendo acabar. Por eso su casa es simplemente una especie de barracón, sin paredes, que bauticé con el nombre de «casa de los ventiladores». La reserva de arroz será suficiente hasta octubre. «¿Y luego?». «Sólo Dios lo sabe». La cosecha le había dado ocho sacos, de los que había vendido cinco para el parto de su mujer.

Una nueva reunión por la noche; la lectura bíblica era sobre la esclavitud en Egipto. Un grupito de personas venidas de Córrego da Agua Limpa (20 kilómetros a pie) ayudó a crear ambiente. Pronto llegamos a la conclusión de que los faraones existen todavía y de que el pueblo sólo se libera si se mantiene unido. Nació la idea de formar un sindicato; se habló de las abejas: una sola no hace nada, pero cuando ataca toda la colmena, vence a cualquiera. Los niños cantaron la historia de David y del gigante Goliat. Cantamos: «El pueblo unido es la fuerza de

Dios». Cuando salimos, el poblado respiraba un aire más limpio con un pecho más abierto. Prometimos todo nuestro apoyo.

Hoy puedo decir que el *infierno existe* de verdad. Yo estuve dentro de él durante dos días. Se llama Brejo Social.

24 - Lección de legítima defensa

Córrego do Açai, 4-9-1983

Han internado al hijo de doña Lourdes con apendicitis perforada. La cuenta: 150.000 cruzeiros. La colecta de la comunidad dio 700 cruzeiros. Intentó venderlo todo, hasta la cama y las ollas; pero por aquí nadie tiene dinero. Fue entonces cuando apareció uno de Adenor, que le compró seis alqueires de tierra al precio de uno. Fue lo mismo que quitar el pan de la boca de una familia entera: un negocio criminal.

El animador de Brejo Social vino con nosotros a pedir solidaridad. Pedro nos sirvió de gran ayuda: en su intervención, para explicar mejor su pensamiento, le echó las manos al cuello al animador, fingiendo que lo iba a ahogar: «Si fuera ahogarte, ¿qué harías tú?». «Me defendería».

Nunca había visto una lección tan práctica y tan eficiente sobre el derecho a la legítima defensa.

Ver los camiones del «doctor» llenos de madera robada de sus tierras no hay quien diga que no es una afrenta y una agresión. Y el pueblo de Brejo Social debería enseñar a sus hijos que es sagrado tener que obedecer a las autoridades constituidas y orar por la felicidad de los gobernantes! ¿Acaso Dios ordena al hombre que se someta a la injusticia hasta el punto de morir de hambre? No puede ser que Dios quiera al cristiano, imponiéndole la renuncia a defender sus derechos humanos inalienables. Precisamente porque son *inalienables*.

En Brejo Social me despertó, a las dos de la madrugada, el motor que pulveriza la mandioca para hacer harina. A la mañana, supe que los esclavos se ven obligados a trabajar también de noche para pagar unas deudas con el «doctor».

Y yo debería predicar el perdón. Pero, si perdonar significa la prosecución de la injusticia y la impunidad de los criminales, entonces ya no es perdón, sino complicidad. El día del juicio, el hijo del hombre no perdonará al que le negó el pan o el agua. Este pueblo está siendo aplastado por unos pocos, y todo el tercer mundo está siendo aplastado por la codicia del capital.

25 - Es más fácil morir...

Casa parroquial, 21-9-1983

El pueblo bajó ya la cabeza y parece haberse resignado a cualquier forma de abuso. Hay funcionarios públicos que se presentan en el poblado sólo para cobrar los vencimientos. Crímenes impunes, medicinas destinadas al centro de salud vendidas por intermediarios...

Pero queda un hilo de esperanza: un grupo de aproximadamente veinte señoras está organizando una asociación en defensa de la salud pública. Después de un pequeño curso, han empezado a visitar los barrios de la periferia. Casi todas de clase media. Doña Helena no ha conseguido dormir durante la noche por la impresión recibida. Lo que más le chocó fue la resignación, la postración de los pobres. Vio gente que bebía agua contaminada de insectos y se atrevió a preguntarles si no padecían alguna enfermedad: «No; nosotros colamos el agua con un paño...».

Transcribo unas frases, chispas de vida de nuestro pueblo.

«El que no tiene tierra, nunca para» (Dulcinea, 24 años y 9 hijos).

«¿Mi vida? Es como si estuviera encadenado».

«Lo único que me queda en la vida por experimentar es la muerte. Ya pasé por todo lo demás».

«Padezco tanto que no lo puedo contar» (se le murió la esposa a orillas del Guaramandi, en el viaje a caballo para llevarla al hospital; no resistió después de 90 km.).

Las mujeres están siempre «de barriga». Nacen muchos (es el brote de la vida) y se muere muy rápidamente. El entierro viene pocas horas después del fallecimiento. Parece que *es más fácil morir* que vivir.

Apareció Francinete. Está con una violenta verminosis. «Padre, pídale a Dios que me libre de esta vida».

Es la invocación más común en la boca de los pobres. Es curioso: son los pobres los que creen y desean la otra vida. Quizá por la voluntad loca de ver algo diferente de la miseria. La muerte se hace mucho más familiar al pobre. Y su oración no está muy lejos de la súplica de aquel que, levantado en una cruz, decía en voz alta: «Padre, acoge mi espíritu».

También él deseó morir.

26 - El infierno del miedo

Casa parroquial, 22-9-1983

Cayó un trozo de paraíso en la tierra de Brejo Social. Tuvieron el coraje de reaccionar. Renacieron. Demostraron que eran hombres. Se enfrentaron con los madereros del «doctor»: «Ustedes no se llevan de aquí ni una rama».

Era la rebelión. Y el faraón reaccionó. Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, la policía se llevó a cuatro hombres diciendo que el «doctor» quería hablar con ellos. (Son tan simples que invitaron cortésmente a los policías a tomar café en sus casas, llamándolos «compadres»).

Apenas se difundió la noticia por el poblado, 78 hombres, 10 mujeres y 8 niños salieron a la calle, todos con un solo propósito: «Si prendéis a uno solo, vamos todos a la cárcel».

Veinte kilómetros a pie, porque ninguno de ellos tiene un céntimo en el bolsillo. Con su llegada a la ciudad, se extiende pronto la noticia de que hay 300 hombres dispuestos a asaltar el despacho del «doctor». Los cuatro quedan libres después de un interrogatorio y de amenazarles con una paliza.

Voy corriendo al lugar. Reina un clima de dignidad. Parecía como si hubieran salido de una pesadilla, del *infierno del miedo*, del reino de los *infrahombres*. Los conocía a todos, pero ahora eran diferentes de como los había visto la última vez. Ahora sí que parecían hombres. Canuto contaba la cosa con arranque. Seguro. Tranquilo. El «doctor» le había señalado con el dedo: «Aunque me sobrara tierra, se la daría a cualquiera, menos a ti».

27 - ¿Es sacrilegio vender la tierra?

Novo Córrego, 23-9-1983

Caminar con el pueblo es lo mismo que ir balanceándose unas veces hacia arriba y otras hacia abajo. Aquí me aguardaba una mala noticia: cinco campesinos habían vendido ya sus tierras a un hacendero del sur. Intenté hacer reflexionar a uno de ellos; ni de lejos percibió que su gesto ponía en peligro las tierras de los vecinos. El proyecto del gobierno es evidente y se está concretando en nuestra región. La jugada esta en comprar las tierras de los más débiles para cerrar luego el cerco en torno a los más duros, obligándoles a vender. De hecho, los pequeños no tienen ninguna salida cuando el ganado empieza a invadir los campos.

Generalmente, en las tierras de los campesinos hay labradores «agregados». Se trata de labradores sin ningún derecho sobre la tierra; convienen verbalmente en plantar arroz durante un año y, al año siguiente, sembrar hierba. El «agregado paga de dos a tres sacos de arroz por línea sembrada (una línea produce de diez a quince sacos). Sucede que el campesino vende lo que es suyo sin ningún aviso previo. Hay labradores que se enteraron de la venta de los campos cuando ya estaba todo hecho. Es como tirar de la cama a uno que está durmiendo en ella.

Juan es uno de éstos. Su hijo menor hirió con un cuchillo el ojo de su hermanito; para curarlo, él vendió la única vaca que poseía. Su hijo se quedó sin el ojo y la familia sin leche. Lo que sentí en casa de Juan es algo indescriptible. Sólo una silla. Los pequeños sin ropa saltando en la arena. Y además, un calor sofocante. En la arena, las personas y los animales hacen sus necesidades fisiológicas. Es imposible salvarse de la verminosis. Yo mismo vi al puerco hozando en el plato de arroz de los niños que comían sentados en el suelo. La casa de Juan está presa dentro del cerco: cinco mil cabezas de ganado, con cuernos y todo, están devorando todo lo sembrado. La carne será exportada para las mesas ricas del mundo occidental.

Seguimos a pie el viaje para San Miguel.

También aquí llegó el mal. Algunos están vendiendo. El hacendero de la región consiguió ya insinuarse entre las pequeñas propiedades. Jesuíno tiene medio alqueire de tierra en medio de una hacienda de mil alqueires. De 68 años, arrugas profundas, manos callosas, parece nacido de la tierra. Al hablar de sus bananeras, de sus naranjos o de su mandioca, parece como si hablara de una prolongación de su ser: «¿Qué les daré de comer a mis hijos? ¿La hierba de los bueyes? Lo venderé todo, hasta el agua... Pero la tierra, ¡nunca!».

Durante el sermón, se me ocurrió la siguiente consideración: «El trabajo del labrador no es el trabajo de un asno. El sudor del hombre es lo que consagra la tierra; venderla es como profanarla; la tierra pertenece a sus hijos, que necesitan de alimento». Me entraron ganas de decir que *vender la tierra, negociar con la tierra es un sacrilegio*.

Nos hemos enterado de que en una región limítrofe, donde 400 hombres habían destruido las vallas y las instalaciones de una hacienda que había incorporado en la propiedad el camino de los campesinos, cercándolos «como puercos en el corral», algunos poblados habían establecido una norma: «Se prohíbe vender la tierra sin el acuerdo de todos».

El contrato firmado sin ese acuerdo sería automáticamente nulo. La comunidad decidió constituir un fondo para comprar la tierra de quien quisiera vender con la finalidad de financiar los gastos que se presentaran.

Hay que ver las cosas en su contexto. Aquí viven cerca de veinte familias. Si se van cinco o seis, todo está perdido: el maestro se queda sin alumnos; falta apoyo para cualquier iniciativa;

acaban todos saliendo y llegan los bueyes del hacendero. Es impresionante atravesar las haciendas de ganado; no se encuentra un alma viva. Bueyes y solo bueyes. Para el que tiene únicamente la «cultura del arroz», la tierra es condición de vida o muerte. Un pueblo sin raíces, desprevenido, que no conoce el valor adquisitivo del dinero, se escapa difícilmente de las trampas del sistema.

Las invasiones no han terminado todavía; las veo todos días. El Maranhão se está convirtiendo en «reserva» para los del sur y para los extranjeros que quieran invertir. Se dice lo convertirán en un enorme silo de cereales, incluida la soja para la exportación al Japón. El resultado de estos grandes proyectos será la riqueza vendida y el hambre conservada.

Se me ocurrió hacerle una pregunta a Jesuíno: «Si un hacendero viniera a pedirte que bautizaras a su hijo, ¿tú qué harías?». Se quedó perplejo. Uno de los que me oyeron me dijo que no se podía hacer. De la misma forma deberíamos preguntar si es posible ser cristiano-capitalista. Ciertamente, no puede considerarse cristiano un mundo que impone condiciones de dependencia económica y política a millones de seres humanos. No es posible ser cristiano y, al mismo tiempo, ser especulador, oportunista y opresor de las economías jóvenes. Y el juicio recae sobre cada uno, porque si hubiera una infección en la sangre, cada una de sus gotas estaría enferma.

28 - Hoy, aquí; mañana, ¿quién sabe?

Km. 24, 30-9-1983

Son 34 familias sin un palmo de tierra. Toda la región pertenece a un aserradero, cuyo dueño había dicho confidencialmente que tiene madera para explotar durante cincuenta años. Por dignación suya, puede este pueblo respirar, plantar arroz y criar hijos. Como si tuviera derecho de vida o muerte sobre ellos. Los pobres obtuvieron permiso para allí con una condición: cada año deberían desbrozar el terreno en donde plantar arroz; el año siguiente, en el terreno, deberían plantar hierba. Si la empresa tuviera que pagar la mano de obra, gastaría 120.000 cruzeiros por alquiere. Benedicto me dijo que, para navidad, le dieron un garrafón de vino y 5.000 cruzeiros. Nótese que los dueños se consideran y gozan de la reputación de óptimos cristianos. Las dos iglesias de la ciudad se han construido prácticamente con su dinero.

La «primera dama» del poblado se llama inseguridad: inestabilidad completa. *Hoy están aquí; mañana, ¿quién sabe?* Siguen los caprichos del amo, como borregos. Si tuvieran su independencia, tendrían un contrato de trabajo, con derechos y deberes. Así no son más que juguetes en manos del patrón.

Entiéndeme bien: no consigo contener un grito de dolor, viviendo aquí como un embrión en el vientre de un pueblo crucificado.

29 - Un acto de fe en los pequeños

Casa parroquial, 7-10-1983

Raimundiño estaba tan débil que no conseguía ni llorar. Vino sola la madre a la parroquia. Yo fui padrino de su décimo-tercer hijo. La vida le concedía tiempo para conocer sólo una cosa: la muerte. De aquí es de donde nace la rebelión: la mía y la de Raimundiño. Estos angelitos expulsados del mundo, sacrificados por el hambre. Un recién nacido que no tiene fuerza ni para llorar suscita cuestiones contra todo y contra todos: ¿quién es el que le está cerrando el paso la vida? ¡Que nos digan los teólogos qué podemos responder a los Raimundiños que se mueren de diarrea y de deshidratación! ¿Tendrá el papa una respuesta? Siempre hemos mantenido la doctrina, pero el hambre siguió siendo la misma. Debería elevarse a doctrina infalible el discurso del juicio universal, mientras que hemos hecho del cristianismo, según los moldes occidentales, un traje tallado a la medida del hombre que vive en una determinada latitud de la historia, de sus costumbres y de su cultura. Los hombres de aquí - que no son ni de occidente ni de oriente, que son los últimos desheredados de la tierra - exigen un cambio de rumbo. Son ellos los que declaran que, si la iglesia desea tener sentido y credibilidad, tiene que sacudir la conciencia del mundo capitalista.

Y no sólo eso. Para cambiar, los cristianos tendrán que creer en los pueblos empobrecidos por el capital; tendrán que hacer un acto de fe en los pueblos marginados por los grandes; el tercer mundo es la fuerza más capacitada para derribar los tronos del lucro desvergonzado, de la «libre competencia» y del egoísmo. Si, como está escrito, la norma de Dios es escoger siempre «lo que es locura para el mundo para confundir a los sabios, es preciso creer que la liberación vendrá de estos pueblos que hoy se ven reducidos a poco menos que a instrumentos de producción.

La profecía está refugiada hoy en el continente de los «aplastados del mundo». Del púlpito de los desnutridos es desde donde truena la denuncia del *delito social*. Y la teología tradicional, la gran maestra de occidente, no sabe cómo explicar por qué en el siglo del consumismo se muere hambre, de verminosis, de diarrea.

Ronaldo trabajaba en el aserradero y enfermó de alergia provocada por el polvo. Después de él, se puso enfermo su hijo. No tiene coraje para pedir, porque es joven. Al agravarse las condiciones de su hijo, vino a una reunión para pedir ayuda. Las mujeres lloran. Ronaldo lloraba lágrimas invisibles. Ayer llegó la noticia: el niño ha muerto.

Fíjate bien: la historia de Ronaldo es una historia «infinita», porque son muchos los hijos que mueren sin haber vivido.

30 - «Dar un jeito»

Tabocão, 23-10-1983

Me levanté desesperado: el hijo menor del señor Franca estuvo llorando toda la noche y los otros nueve estuvieron tosiendo sin parar. No consigo acostumbrarme a lo que veo: pobreza total y falta absoluta de higiene. Si comparamos esta realidad con nuestro modo de vivir, veremos que somos diferentes. Estamos acostumbrados a los horarios, a las citas horas señaladas; aquí se acostumbra a decir: «nos encontraremos *a la tardezihna*», a la «boca da noite». El reloj, incluso para el que lo tiene, posee sólo un valor relativo. Todo es elástico: el tiempo, las distancias, el casamiento, el arroz y las judías. Sí, hasta el arroz con judías «se estira» de acuerdo con los huéspedes de paso. Hasta el modo de pensar es diferente: nosotros tendemos al raciocinio, a la lógica, mientras que ellos son discursivos, narradores. Conceptualizamos las cosas, mientras que ellos las visualizan. La cultura de nuestro mundo está construida sobre las leyes del frío raciocinio; la cultura de estos campesinos se basa en el *jeito*. En cualquier situación difícil dicen que «es preciso dar un jeito» (encontrar el modo); que siempre hay un *jeito*, que hay un *jeito* para todo. En otros casos, es preciso rezar para que Dios «dé un *jeito*»; después de Dios, el único que puede un *jeito* es el cura; después del cura, el político. Se vive dando un *jeito* para vivir. Esta manera de entender las cosas tiene quizá su origen en el hecho de que se concibe la vida como una situación de dificultad, y la primera entre todas las dificultades es siempre la de matar el hambre. No es fácil vislumbrar por lo menos la importancia de esta filosofía, de esta *teología del arroz con judías*. Esto no tiene sentido para el que se ha entregado a la mística del consumismo.

En el interior, es difícil encontrar un minuto para sí mismo, un rincón donde leer o escribir con sosiego; no existe el mundo privado. Todo es de todos. En fin de cuentas, ellos tienen razón: la vida está hecha para ser participada, compartida, dada. En algunos poblados se encuentra difícilmente a alguien que sepa leer; sin embargo, este mundo recibe el asalto de culturas extranjeras, alienantes. La radio y la televisión lo invaden todo como el peor desastre ecológico. Se ha sentido la exigencia de defender a las minorías étnicas (los indios, los pieles rojas) y no se protege a los pueblos de tercer mundo de la acción agresiva de las naciones imperialistas.

Tenía que suceder: nos perdimos en el bosque. Para la ida, nos acompañó Aparecida; para la vuelta, nos arriesgamos solos a pie, porque de tanta pobreza del poblado no conseguimos ni dos burros. Durante las largas horas de camino, tuve tiempo para reflexionar. ¡Quién sabe si, con menos intelectualismo y con menos raciocinios en la cabeza, la vida no sería más fácil!

Gerardo dice que Dios hizo al pobre, al rico, al enfermo, al demente... y que el uno complementa al otro. Tiene 60 años. Creo que no valdría la pena meterle en la cabeza una sombra de duda sobre sus convicciones; no sabría ni por dónde empezar. Su fe es cristalina y me ha contado muchas historias de milagros. Una de ellas era de un difunto que puso sentado en la cama y que no «remurió» hasta que el padre vino a oír su confesión. De hecho, el padre acudió, pero por otro milagro: aquella noche, en la ciudad no se encontraba ni un solo «jeep» de los 62 que había. Tan solo el «jeep» de un ateo materialista, a quien el padre ofreció 300.000 cruzeiros, pero el «comunista» aceptó llevarlo gratis. Gerardo empleó media hora en contar todos los pormenores.

Me siento inclinado a decir que, en cierto modo, Gerardo tenía razón. Dios da la inteligencia proporcionada al ambiente en que vivimos. Aquí todo parece ir «a cámara lenta»; la palabra más

usada es «despacio». ¿Para qué correr? Ya basta con la prisa con que llega la muerte, más aún con el calor de este clima... Estoy aprendiendo con el pueblo que la historia camina despacio; la naturaleza humana sólo puede transformarse en obra de arte con infinitos golpes y toques de cincel.

Y menos mal que es así. Si esta gente viese la realidad con nuestros ojos, sería desastroso; quizá pensase en matarse... ¡o en matar!

31 - La campaña del filtro

Agua Branca, 26-10-1983

«Nunca nos habíamos imaginado que el cura viniera aquí a visitarnos». Me encuentro en el poblado más distante: 240 kilómetros de Toyota y cinco horas a caballo. También aquí una extrema pobreza. Han venido seis familias de Río Azul, en busca de un poco de tranquilidad para trabajar. Las casas están hechas de troncos de palmera amarrados con lianas, todas con un solo recinto que sirve de comedor, de cocina (imagínate el humo), de dormitorio, de todo. Nada de muebles ni de platos. La ropa está colgada de unas cuerdas extendidas de pared a pared y la cama matrimonial está hecha de sacos con paja de arroz. Doña Judit me ofreció la mejor manta que tenía, guardada hasta entonces en un saco de plástico. Por la noche, hace frío en el bosque. Sebastián me contó que llegó a matar 14 onzas. También aquí se repite siempre lo mismo: el pobre tiene que resignarse con los trozos de tierra que se abren en medio del bosque, las tierras más ingratas, las más peligrosas y las más distantes de los centros poblados. Y con ellos están los padres ancianos y los niños.

A propósito de niños; la semana pasada celebramos la *semana comunitaria* en el centro de los Pernambucanos. Una comunidad muy joven, pobre y abandonada. Para romper un poco la mentalidad sacramentalista (el cura sólo visita los poblados para bautizar, celebrar la misa y casar a la gente), nos propusimos visitar todas las familias, intentando entrar en sus problemas e identificarnos con su historia. La tradición pesa mucho. En el encuentro participaron unas veinte personas y todas ellas contaron su historia.

Los pioneros entraron en este lugar abriéndose paso con el machete en medio de la selva virgen, sin agua alguna. Hacían café con el agua de una planta y pagaban a algunos cargadores para que transportasen agua desde 18 kilómetros de distancia.

Incluso hoy la situación del agua no es mucho mejor; los depósitos que reciben el agua de la lluvia, recogida por canalones de corteza de árboles, están llenos por causa de la lluvia y, al estar al descubierto, están plagados de todo, hasta de sapos. El agua baja de los tejados sucios, por donde se pasean los gatos, las ratas, las cucarachas... Ayer, después de bañarme, me di cuenta de que el agua estaba llena de insectos.

Doña Nair me pidió que fuese a bendecir el cementerio. Fuimos todos juntos, en procesión, cantando: «El pueblo de Dios por el desierto andaba, pero delante de él alguien caminaba... A veces le costaba creer en el amor... Llorando rezaba, pedía perdón y de nuevo comenzaba... También yo soy tu pueblo, Señor, y tu camino recorriendo voy...».

Qué impresión caminar con el pueblo! Delante parece hay algo que atrae a todos. Algo inefable anima la marcha del pueblo. Dispuestos en círculo alrededor de las sepulturas, pedimos que nos contasen la historia de sus difuntos: verminosis, deshidratación, disentería, sarampión, etc. En el cementerio, hasta ahora solo hay niños enterrados. En su narración, Antonio entró en detalles: vio cómo salían gusanos de la boca, de la nariz y de los oídos de su niño. Sentí escalofríos, algo inenarrable. Viendo a los niños entre las sepulturas de sus hermanitos consumidos por los gusanos, debí hablar más o menos así: «Hoy el mensaje nos viene de estas sepulturas. Pensando en los niños que habrán de morir de verminosis, debemos tomar una decisión: hacer algo por combatir esta enfermedad, para que la verminosis no mate más».

A continuación, la hermana propuso la *campaña del filtro*: ¿no era mejor gastar en comprar el filtro que gastar en medicinas? Insistimos y lo explicamos todo de mil maneras. Para nosotros, la

cosa parecía lógica, pero para esta gente, sujeta a cualquier imprevisto, no es tan fácil juntar algún dinerillo. Lo ven solamente en el tiempo de la zafra; luego, para comprar azúcar, café o medicinas, acaban vendiendo el arroz, ése que cada familia guarda como provisión y que tiene que durar hasta la zafra siguiente.

Durante la oración final, todos extendieron la mano sobre los túmulos y prometieron defender la vida de sus hijos.

Al terminar la misa, me llamó Pablo en particular y me pidió que le llevase a la ciudad seis sacos de arroz: su hijo está con fiebre y necesita ir a comprar algún remedio. No va buscar al médico. Será el farmacéutico el que, como comerciante que es, le dará un remedio cualquiera para una fiebre cualquiera. Intenté argumentar con él sobre el peligro de desperdiciar el dinero, diciéndole que debía buscar al médico. El me miraba medio espantado. Quizás, en su cabeza estaba haciendo cuentas: «¿Podrá pagar el médico y la medicina con seis sacos?». Y fíjate que Pablo es uno de los pocos que aquí saben leer y escribir. Estaba el pobre desconcertado. Se trataba de su hijo único.

Dentro de mí se alternan la resignación y la rebelión. Ya sé; antes de poder cambiar alguna cosa, es preciso comprender, explicar, analizar la situación. Sin ejercicio, se atrofia la mente; los niños tienen que ayudar en el campo, porque también ellos saben que la primera preocupación de los padres es el plato de comida.

En el poblado conocí a dos niñas: sucias y andrajosas. Cuando vi el chamizo donde viven, me di cuenta de que había que rehacerlo todo a partir de cero. Si los padres no cambian, no cambiarán los hijos. A pesar de todo, los analfabetos y sus hijos, por muy sucios que estén, se muestran corteses y tienen con uno atenciones que no te puedes imaginar. Las dos niñas jugaban con el gato y con el papagayo sin maltratarlos. Cuando supieron que me gustaba la fruta, fueron corriendo a buscar un mamão y me lo ofrecieron con gracia. Vi que dentro de aquellos seres desaliñados hay un corazón capaz de muchas cosas.

32 - Dan ganas de morir

Boa Vista, 5-11-1983

Los más pobres no son los campesinos, sino los «agregados». Viven en tierras ajenas, sin contrato y frecuentemente pagan una renta o se obligan a plantar hierba. El viejo Luis me decía: «La vida del pobre es tan dura que *dan ganas de morir*».

El agregado no se decide a levantar una casita decente, a plantar un árbol frutal, o a cultivar un huerto: todo ello iría en beneficio del dueño del terreno.

El viejo Heliodoro vive en una casa dismantelada. Se ha pasado toda la vida como «agregado» y no tuvo nunca una cosa que fuese suya más que la suciedad que tiene en las uñas. En su conversación, me preguntó si los hacendados van al cielo. Y decía: «No me gustaría tener allí una silla al lado de un rico; él sólo habla de dinero, de bueyes, de alambradas y de hierba. Yo no sabría hablar con él. Si tuviera que estar cerca de un rico, me pasaría la eternidad callado».

Su hijo, un mocetón de 18 años, al no ver ninguna perspectiva en ese tipo de vida, huyó a Sierra Pelada, prefiriendo el peligro de los derrumbamientos, del polvo o de morir asaltado, si por ventura ganaba alguna cosa.

En el continente brasileño, en un solo día se condensa la historia que vivió el viejo mundo durante varios siglos. Se encuentra aquí la prehistoria, la edad de piedra (algunas tribus indias), las invasiones de los bárbaros, el feudalismo, los movimientos revolucionarios, los primeros revolucionarios, los primeros pasos de los estados nacionales y de las democracias. También podrás encontrar los centros nucleares. Parece una historia fuera del tiempo. Quizá nadie sepa explicar la asimetría, los contrastes, las contradicciones insalvables; se limitan a decir que es un continente. En San Paulo, por ejemplo, al lado de las favelas está la técnica más avanzada, los hospitales más modernos, las cosas más exquisitas. Es la Meca del nordestino. El sueño del infeliz.

33 - El borbollar de la olla

Tabocão do Bidé, 10-11-1983

Doña Julia se levantó a las tres de la madrugada para preparar la «gallina del padre», la más gorda. Para poder participar de la misa, puso la comida a hervir. El *borbollar de la olla* parecía contar una larga historia: «La pasión según los pueblos del tercer mundo».

Y decía: nacimos pobres, simples, frágiles como las flores del campo. Éramos felices con muy poco. Nos bastaba el arroz con judías y un poco de harina. Nuestros mayores nos enseñaron a repartir la caza con los vecinos: todos recibían su parte. Trabajábamos juntos. Nunca peleamos por un pedazo de tierra, que era de todos, era nuestra. Sin demarcaciones. Tierra libre.

Vinieron los hombres del dinero. Eran del sur. Empezaron a desear nuestras tierras: un verdadero pecado de lujuria. La tierra virgen se prostituyó. Y nosotros, por un céntimo, perdemos la cabeza, la tierra y la paz. Todos con la manía de vender: Fulano vende, Mengano vende. Todos venden. La tierra pura del bosque. La tierra de la caza generosa. La tierra que nadie había cortado...

Cuando acabó la ilusión, nosotros los pobres, los ingenuos y frágiles, nos sentimos arrastrados; nuestras tierras estaban ya invadidas por los bueyes (los animales del Apocalipsis) y no quedaba nada para nosotros. Y tuvimos que volver al bosque, lejos, con poca agua, un bosque apretado y bravío. Para sobrevivir...

Llamaron a la hermana para asistir a una parturienta. Luego me contó el caso: no había nada en aquella casa. Faltaba agua para lavar al recién nacido, faltaban las tijeras, faltaba hasta el hilo para atar el cordón umbilical. La partera hizo su trabajo sin lavarse las manos, porque el pozo más cercano está a 5 kilómetros. Y el parto fue de noche, a la luz de un candil.

Antes de salir, fui a ver a la mujer: la gruta de Belén no podía ser más pobre que esta casa. Y me imaginaba a los «hermanos en la fe» que, en el rico occidente, gastan y derrochan tranquilamente.

Doña Anisia tiene tres hijos: uno murió, el otro es paralítico y el tercero está anémico. Tuvo tres maridos y ahora vive sola. Aquí, en el bosque, está sujeta al hambre y a muchas cosas más. María tiene 29 años, con nueve hijos, todos vivos. Se ha gastado 200.000 cruzeiros para «ligar» sus trompas.

Otra mujer me pidió ayuda para conseguir la pensión. Viuda, con ocho hijos, sin recursos. Con indiferencia me contó la historia de su marido, asesinado de tres navajazos en una riña de borrachos. El la maltrataba, pegaba a sus hijos y prostituyó a la hija mayor. Para sobrevivir, le queda sólo una solución: vestirse bien y trabajar en la «zona».

34 - La tentación de colonizar

12-11-1983

Estos meses anduve mucho por el interior. Mi colega, en la ciudad, insistió en el derecho al carnet de trabajador, en la polución provocada por los aserraderos (de día y de noche queman los residuos de la madera), en las horas de trabajo (trabajan 12 horas y les pagan 8), en la falta de seguridad y en el trabajo de los menores. Evidentemente, no se olvidó de «los abusos» de los hacenderos. Lo normal y lo lógico habría sido que esos grandes señores se quejasen. Pero sucedió lo contrario. Nos avisaron que algunos de los pobres se apartaban de la iglesia por temor a las represalias de los patronos. Parece que no está lejos el día en que habrá una selección de los obreros: «¿Va usted a la iglesia? ¿Es amigo de los curas? ¡No hay trabajo para usted!».

El obrero está tan desamparado que se ve sometido a todo. En la ciudad funciona solamente el sindicato de los trabajadores rurales.

El hombre no sólo es explotado y reducido a «fuerza de producción», sino que se ve además tragado por el engranaje del sistema, de manera que se le impide criticarlo y liberarse de él. Es como la historia de la cobra que atrae por fascinación al pajarillo que, aun sin querer, se le mete en la boca. Para no perder el empleo, se deja tragar, y si alguien intenta ayudarlo, llega a considerarlo como enemigo. De hecho, si no vamos con cuidado, podemos perjudicarles en el mismo momento en que intentamos hacerles bien.

Doña Helena concluyó la reunión: «Antes de tomar cualquier posición, conviene ayudar a los obreros a comprender que el salario que reciben no es un acto de bondad, sino un derecho. Nuestro pueblo no conoce la palabra *derecho*, no sabe exigir lo que se le debe». Está claro: no basta la buena intención de ayudar al pobre y al oprimido; nosotros, los que venimos de fuera, necesitamos un nuevo nacimiento, una aculturación. Y esto es para nosotros lo más difícil.

La tentación de colonizar a los otros es instintiva en el corazón humano. Un sacerdote hablaba con algunas señoras del caso de una familia con siete personas enfermas de neumonía: «No podemos quedar parados; tenemos que hacer algo».

Y doña Alta: «Padre, sólo Dios es el que cura».

«¡Dios no cura a nadie! El ha hecho ya todo lo que tenía que hacer: nos ha dado los brazos, la cabeza, todo. Ahora nos toca a nosotros hacer lo que debemos», respondió el padre con sequedad. Fue un escándalo para las mujeres. Y es muy peligroso escandalizar a los pequeños. Los pobres ponen a Dios en todo; es necesario superar la mentalidad mágica, pero hay que hacerlo sin romper la parte mística que les hace tolerable la vida.

Domingo: 65 años, analfabeto. Contaba lo que dijo la radio sobre una imagen de Nuestra señora que había llorado en la ciudad de Río de Janeiro. E mi colega: «Aquí llora todos los días».

Y es verdad. Pero Domingo no podía entender lo que significaban estas palabras.

Aprendí a respetar al pueblo en todos los sentidos; incluso en el método; también en los pormenores. Si el pueblo nos ve como a alguien que lo sabe todo, que lo decide todo, que manda en todos, la culpa es nuestra. No basta con enunciar los principios; no se puede hacer que llueva todo desde arriba. La verdad se conquista caminando. La solución tiene que nacer desde dentro de la historia del pueblo.

Realmente es difícil aceptar que un pueblo tenga una historia, una cultura y unas costumbres diferentes de las nuestras. Aquí me parece que está el punto crucial de la *encarnación*. Siento en

mi carne todo lo que es este «vaciamiento» de sí mismo -«se rebajó»-, que Dios realizó en sí mismo para hacerse hombre. El nos dio ejemplo y luego nos pidió que hiciéramos nosotros lo mismo. Si quieres amar a un pueblo, renuncia a tu mundo, métete en su historia, acepta su mentalidad. Para ser como yo, él, mi Dios, se perdió a sí mismo, renunció a lo que era. De omnipotente se hizo impotente. Para poder amar y ser amado, se hizo pequeño. No solamente dio, sino que aprendió a recibir: «Todo tuyo es mío y todo lo mío es tuyo».

El que no sabe dar y no sabe recibir vive en el pedestal orgulloso de la beneficencia; no sabrá nunca lo que significa «ser igual». Dios lo dio todo y lo recibió todo en el Hijo.

Es una escuela terrible la *encarnación*, esa dinámica de *morir a sí mismo*, un corte que va más allá de la carne a la cultura, a la formación, a los hábitos. Todo esto exige «nacer de nuevo». Creo que el verdadero bautismo fue la encarnación; allí murió el Dios de los ejércitos y nació el Dios de los oprimidos. Asumió una vida nueva: la nuestra. Allí comenzó una nueva historia para Dios y para nosotros: la historia que vio nacer al amor, Dios hecho igual al hombre.

Los pueblos cristianos necesitan un nuevo bautismo; los ricos tienen que *morir a sí mismos*, romper la coraza del egoísmo y aceptar ser iguales a los demás pueblos, saturados ya de limosnas y de humillaciones. La condición del amor es dar y recibir entre iguales.

La encarnación es creer en la historia; es dejarse crucificar por la paciencia; es creer en el pueblo, dejándose llevar por sus manos, acompasando nuestros pasos con los suyos; es hacerse iguales a los oprimidos y aceptar que la profecía y el futuro pertenecen al tercer mundo. La encarnación es morir al individuo y renacer al pueblo.

35 - El pecado de «occidente»

Casa parroquial, 13-11-1983

Vuelvo una vez más de visitar a los enfermos. Una anciana de 94 años está ya con «el pie en el hoyo»: «Abuela, ¿quiere una bendición?». «Hijo mío, lo que estoy esperando es la vida entera».

Hace cuatro años que Valdomiro está inmobilizado, obligado a vivir boca abajo, como un pobre vaso vacío. Le pregunto si alguna vez se ha quejado de Dios. Me mira con aire de sorpresa, como si hubiera blasfemado. Me ofrezco a ocuparme por su pensión junto con un abogado amigo mío. Al oír la palabra «abogado», reacciona enseguida: «Pero ¿predicará a mi patrono?». Había sufrido un accidente de coche con el patrono, que simplemente lo abandonó.

Doña Gracia se quedó huérfana a los 9 años. Su padre huyó dejando a sus cinco hijos sólo «con el agua del botijo», sin siquiera un puñado de arroz. Tuvo que vivir de limosna. No sabe dónde se fueron sus hermanos. Actualmente tiene seis hijos y un tenderete, y dice que está «en un paraíso»; en cada una de sus expresiones pone innumerables ¡*gracias a Dios!* Y no es una excepción, sino la costumbre. Le pregunté a doña Francina: «¿No tiene usted miedo de vivir sola a los 70 años?». «Yo no estoy sola. Estoy con Dios». «¿Y si se pone enferma?». «¡Dios dará un *jeito!*».

La fe tan cristalina de esta gente cuestiona todo el modo de ser del mundo occidental. Estos analfabetos tienen certezas que nosotros no tenemos, y he de admitir que prefiero a esta gente sencilla más que a los neuróticos del mundo consumista.

Yo diría que aquí se hace la experiencia concreta de lo que Cristo anunció: «El Padre se oculta a los sabios y se revela a los pequeños».

En las carnes desgarradas del tercer mundo hay escondidas enormes reservas de humanidad; hay aquí algo que todavía no ha logrado corromper la civilización alienada e inhumana de occidente.

¿Quieres un ejemplo concreto del *pecado de occidente*? Lo encontré en una revista: «Los millones de toneladas de grano consumido por los bueyes y por los puercos de Europa y de los Estados Unidos serían más que suficientes para alimentar a los pueblos del tercer mundo. La causa del hambre en algunos países tiene sus raíces en los modelos de producción y de consumo de alimentos de los países desarrollados».

La sabiduría del señor Jonas me dejó boquiabierto: «¡Pobre Satanás! El come tan sólo de la debilidad de los otros. La mayor equivocación es decir que somos pobres; si tenemos un poco de paciencia, Dios nos mira. El pobre vive de paciencia; el rico, no. Y la paciencia llama a Dios. El pobre es rico en paciencia».

Pregunté en cierta ocasión: «¿Quién es el que da valor al pobre?». El viejo Petronilo respondió: «El que da valor al pobre es el pobre mismo». Creo que la cultura del tercer mundo tendrá que sobrevivir a la cultura de muerte de la civilización occidental.

36 - «Ya no tengo agua en los ojos»

Brejo Social, 3-1-1984

Cohetes, alegría, grupos de niños en el parque de juegos. Los agrimensores están trabajando y todos tendrán su título de tierras. Acabó la servidumbre, pero las consecuencias permanecen. Me enteré de todo en el rancho de Juan, como a escondidas, fuera del poblado, adonde me lleva para sus grandes confidencias.

En la hora de reflexión sobre el evangelio, dialogando con los niños, induje a los adultos a que se desahogasen.

Chico: «Mis hijos se despiertan de noche pidiendo café... para engañar el hambre».

Juan: «Padre, vi llorar a mucha gente por no dar de comer en casa».

Creusa: «Yo en casa no tengo más que el agua del cántaro».

José: «No recuerdo la última vez que comí carne».

Pedro: «Lo único que no compro es el agua del río».

Dámaso: «Voy a trabajar sin haberme echado nada en la boca y a mediodía me como un puñado de harina».

Antonio: «De tanto llorar, *ya no tengo agua en los ojos...* ».

En el almuerzo que me ofreció Francisco, tragué a la fuerza aquel poco de arroz. Me sentía vacío, indefenso..., culpable como un enemigo. Sentía repugnancia de mí mismo.

Al contar las cosas más graves, todos reían. Es una cosa que he observado en varias ocasiones: uno cuenta una desgracia, algo monstruoso, y los oyentes se echan a reír. ¡Es curioso! La única explicación que encuentro es la siguiente: de tan acostumbrados que están a las calamidades y a la enfermedad, el pueblo se ha familiarizado con ellas, hace bromas y juega con ellas. Tiene que ser un mecanismo psicológico de defensa basado en el instinto de conservación.

De regreso, me alojé en el hotel de doña Sueli. Ella ha venido de Río de Janeiro y se siente algo desconcertada por las cosas que aquí pasan. En el hotel, dice, se gasta más en bebida que en comida. Hay obreros de las empresas que cambian el «vale» del almuerzo por una botella de aguardiente. Dos sujetos se bebieron en un solo día 72 botellas de cerveza. Registro también estos pormenores, estos deslices de los pobres, cosas que, a primera vista, llevarían al desánimo, pero creo que si yo estuviera en sus condiciones, no sería mejor que ellos. Hay cosas que no se pueden justificar, pero también hay situaciones que se escapan de nuestra inteligencia y son inaccesibles a nuestra mentalidad. Un ejemplo: hace diez días que no como más que arroz con judías y un trocito de carne de gallina; el personal de Brejo Social sólo come harina por la mañana, en el almuerzo y en la cena, acompañada de agua, limón o té. Estamos sensibilizando a las autoridades y a la opinión pública sobre el estado de emergencia de Brejo Social por la injusticia que han sufrido.

37 - La danza de la esperanza

26-1-1484

Estoy participando en un encuentro en la parroquia vecina. Se han reunido doscientas personas para enriquecer y celebrar su propia vida. Ha habido graves problemas de tierras y el pueblo comenzó a decir «basta»; comenzó a hacer valer sus derechos con los mismos métodos del sistema constituido. Trescientos labradores derribaron las vallas de la empresa que cerraban el único camino de acceso a su poblado. Simplemente, reaccionaron contra la violencia.

El gobierno está tomando medidas: han llegado ocho policías donde primero había dos. No hay hospital, no hay agua corriente, no hay energía eléctrica, pero sí que hay policías. ¿Por qué el gobierno no piensa en policías cuando se les quita a los pobres la tierra?

Transcribo expresiones salidas espontáneamente como respuestas a la pregunta que les hice sobre cuáles eran las mayores preocupaciones de la comunidad:

«Falta de todo. Lo que no nos falta es dolor».

«Si tuviera que contar todos nuestros problemas, tenía que hablar la vida entera sin llegar al fin».

«Durante el invierno estamos presos, porque el camino es impracticable».

«¿Cómo podemos, pobres de nosotros, derribar a los ricos? Ellos se creen los dueños del mundo».

«También hay pobres que tienen corazón de rico».

«Muchos viven lejos de la casa de la comunidad».

«Algunos están ciegos y no ven a sus hermanos. Lo quieren todo para sí».

«Con el poder de Dios, somos fuertes; si estuviéramos unidos como hermanos, los grandes no harían lo que están haciendo. Ayudando a los hermanos, nos ayudamos a nosotros mismos».

Es imposible describir el clima del encuentro; no hay términos de comparación. El mestizo, el hombre del campo, no se expresa mucho con palabras; se desahoga totalmente en el canto, canto que es gesto, danza, agitación de las manos, movimiento rítmico formando corro. Dicen que el brasileño lleva la danza en las venas. Es irrefrenable este deseo de movimiento, la pasión por el ritmo que envuelve al cuerpo entero, esta fuerza que arrebató al pueblo y lo aglutina en una sola oleada de sonidos.

En aquellos ojos centelleantes al nuevo canto de la esperanza estaba también Dios, el Dios que tiene oídos para «escuchar los clamores de los oprimidos». Dios estaba sin duda en las súplicas, en las danzas, entre aquellas manos levantadas al cielo. Yo estaba observando. Buscaba en sus ojos y en sus movimientos algo que parecía quererme hablar. ¡Aquel viejo Manu que bailaba, hecho niño! ¡Aquella Osmarina que sacudía en el canto sus muchos años de vida! La alegría de estar juntos les llevaba a olvidarse de los pies hinchados por la caminata de diez leguas.

En los rostros radiantes de esperanza, en los brazos levantados en oración, en los ojos donde desbordaba la sed de justicia, yo veía a los Raimundiños, a la Rosángelas, a los angelitos que había bautizado cuando estaban con prisas para llegar al cielo. Si, son ellos los que agitan las manos, los pies, los ojos, en el cuerpo todo de Ignacio, de Zósimo, de Santiago... ¡Oh, mi querido Santiago! Podría taparme los oídos y, solo al verlo, habría entendido la letra del canto: también el traducía con las manos, con los ojos, con el rostro lo que cantaba. Un mocetón

transformado en canto, en grito de dolor y de júbilo, en centellas de esperanza. Se veían luces fulgurantes en sus pequeños y negríssimos ojos.

Con el correr de los días, los Santiagos aumentaban, el ambiente se electrizaba, todos bailaban. Conviene que el pueblo tenga estos momentos para proveerse de coraje. Uno como nosotros podría pensar en un rito orgiástico, pero yo lo veo ya como la *danza de la esperanza*, la pasión por la justicia, el grito por un mundo más fraternal. Creo que el Espíritu del Señor está aquí, en el corazón de América Latina, en donde el fermento crece sin parar: el fermento del cambio.

Un canto decía:

“Hermanos, soñemos. Soñemos juntos

El sueño de ser hermanos;

un sueño en multitud”.

Y otro contenía una tristeza angustiosa:

“Va encima de un camión, muy temprano va;

sin saber si ganará el pan de cada día,

lo va a intentar ganar...”

Aguardamos la llegada del camión de la historia, que nos traiga el alimento y que libere al hombre del trabajo vendido y comprado como cualquier mercancía.

38 - La teología del hambre

Casa parroquial, 26-1-1984

Doña Amelia estaba en plan de confidencias. A pesar de estar viuda y cargada de un montón de hijos, quería hacer su contribución de arroz para Brejo Social: «Padre, yo soy pobre, pero quiero colaborar, porque sé lo que es el hambre. Cuando uno está enfermo no come porque no tiene apetito; la comida está allí, podría comerla, pero no lo consigue. El hambre de verdad es otra cosa; es querer y no poder comer, porque no hay con qué. Me acuerdo de mi madre: iba a dar a luz y no tenía para alimentar a la familia. Una noche, la vi llorando después de haber pasado el día entero sin echarse nada a la boca. A veces, antes de dormir, calentábamos un poco de agua con sal y cenábamos así. Es triste, padre, es muy triste... Para mí, el hambre es la mayor enfermedad del mundo».

Sería cuestión de hablar de una «cultura del hambre». Y elaborar entonces una filosofía y luego una teología. Sí, una *bonita teología del hambre* que se estudiase en todas las universidades católicas, en los seminarios y noviciados, con sus respectivas experiencias curriculares «in loco». Entonces cambiaría algo; por lo menos, dejaríamos de considerar «buenecitos» a los políticos que utilizan la limosna para anestesiar a los que pasan hambre.

Hace unos años, un diputado se apropió de un enorme terreno, mandando incluso matar a las personas. Hoy se ha convertido en bienhechor del pueblo y está muy bien considerado en el senado de Brasilia. Distribuye lotes gratuitamente a millares de personas y de infelices, imponiéndoles la condición de construir un enorme poblado de barracas en el plazo de dos semanas. El verdadero necesitado corre allá y levanta de cualquier manera su barraca. Nace algo monstruoso: la «ciudad del diputado» da la impresión de un enorme hacinamiento en medio del bosque. Se llega allá después de una hora de autobús (15 kilómetros) y con las tripas en la boca. Y se contempla todo un espectáculo: millares de cobertizos, puros esqueletos de casa, estacas plantadas por unos oportunistas que quieren dos o tres lotes en nombre de un hijo, de la nuera, del sobrino. Las casas acabadas son pocas. El paisaje humano es increíble. Hasta Magdalena llegó allí. Su compañero de «sillón» en el autobús me decía cándidamente: «Tengo una casa en la ciudad y ahora voy a construir otra aquí. Luego alquilaré la de la ciudad». «¿Y qué es lo que le ha pedido el diputado a cambio?». «Nada. El va a organizar aquí el comercio, las escuelas, la iglesia, una policía particular. Y todos nosotros dependeremos de él... ».

Se habla abiertamente: el nordeste está muriéndose. «Genocidio por omisión». Tres millones de nordestinos están condenados a morir de inanición. El arzobispo de Fortaleza había declarado que «es legítimo el saqueo de los almacenes». Fuera de este contexto, estas palabras suenan mal, saben a revolución, pero entendidas dentro de los moldes de la sequía del Ceará, leídas en la escuálida imagen de las muchedumbres que llegan en busca de comida, puestas entre las grietas de una tierra que lleva cinco años sin recibir una gota de agua, vistas con los ojos del que se está quedando ciego por falta de vitamina A; si estas palabras se interpretan en el contexto de la «muerte y vida severina» del nordestino, todo cambia. Oí decir que algunas madres, para no estar oyendo todo el día el llanto de sus hijos, en vez de leche, les dan alcohol diluido en agua azucarada como calmante.

Se ha hecho mucho ruido en torno al «sistema de legitimidad», de lo que es legítimo y de lo que no lo es. El arzobispo tuvo que rectificar, precisar, explicar lo que quería decir.

¡Ah, si un día tuviésemos un papa salido de las entrañas ensangrentadas de los pueblos del tercer mundo! Ha de llegar el día en que tengamos un papa nacido en el hambre, engendrado en las favelas, crecido en el arroyo de la marginalidad, acostumbrado a los estómagos hinchados por verminosis y a los ojos anémicos de los famélicos. Un laico como G. Parise intuyó esto cuando escribió en el «Corriere della Sera»: «Este reino, llamado, no se sabe por qué, el tercer mundo, es el actual reino del papa. Y es grande, grandísimo. Recibieron en él al papa con himnos igualmente grandiosos y es allí donde debería estar su sede, su casa, su propia alma».

39 - El hacha en la raíz

Brejo Social, 28-1-1984

Estuve andando bajo el ardor del sol durante cinco horas, sobre un camión; 18 km. por la selva, intentando evitar ramas y espinas; resbalones en la arena, hambre y sed. Finalmente, llegamos al poblado. Estoy representando el papel de bienhechor, con la carga de tres toneladas de arroz y de judías. Me siento mal. Como un enemigo. Me veo del lado opuesto, junto a los que crean y mantienen el sistema opresor. No pude dejar de sentir un hilo de odio recorriendo mi alma como un escalofrío. Intenté hablar en plan de broma: «Mirad; aquí no hay ningún gordo; la próxima vez quiero que estéis todos redonditos».

Recorriendo las pistas del hambre injusta, todo entra en crisis. La gente se pregunta si no será contraproducente ofrecer a los hambrientos un puñado de arroz. Quizá sea ésta la mejor manera de dejar las cosas según el sistema. Me parece que sería mejor decir en voz alta que ha llegado la hora de poner *el hacha en la raíz*, como nos enseña Cristo. Enjaulamos estas palabras tan revolucionarias y hacemos del cristiano el «hombre del orden», del orden que condena al hambre a millones de seres humanos. Ser seguidores de Cristo no significa ciertamente alistarse en el cuerpo de bomberos. Y quizá yo esté apagando el deseo de cambios radicales en estos hombres, con un puñado de arroz.

También los políticos trajeron migajas a sus víctimas: 14 sacos de arroz y 22 de harina. Una generosidad sorprendente: después de crucificarlo, los verdugos ofrecieron a Cristo unas gotas de alivio...

El discurso del hacha en la raíz es duro, pero es evangélico. Me atormenta la duda de si este discurso es también el de la iglesia, junto con las comparaciones del vino nuevo y del remiendo en ropa vieja. Allí es donde debería basarse una teología: en la permanente exigencia de cambio de las estructuras sociales y políticas. Los cristianos, a mi juicio, no han tenido nunca suficiente coraje para usar esta clave de lectura. Lo que deberían hacer los cristianos es mostrar cómo se aplica el hacha al individualismo burgués, al sistema de lucro, al egoísmo de masa, al principio de la libre concurrencia (definido justamente como «libre delito en un estado libre») y al libre ejercicio de la explotación contra los pueblos del tercer mundo. Quizá Dios esté escogiendo otros «comensales», porque los invitados no tienen tiempo para participar en el banquete del cordero inmolado, del pobre, del oprimido. La mesa del empobrecido está dispuesta, sobran la resignación y el sueño de justicia, mientras que los cristianísimos pueblos de occidente buscan mil disculpas: «Hemos inventado un nuevo tipo de misiles y tenemos que probarlos; estamos organizando un nuevo tinglado económico y tenemos que legitimarlo; estamos lanzando un nuevo tipo de inversiones en el tercer mundo para ayudar a los pobrecitos (la mano de obra está allí tan barata que no podemos perder la oportunidad). Lo sentimos mucho. Acepten nuestras disculpas...».

Y Cristo sigue insistiendo: no es suya la política del remiendo; no quiere saber nada de tímidos paliativos ante un sistema de muerte; odia las medias tintas. El árbol que no produce fruto para alimentar a toda la humanidad será cortado y echado al fuego. Es verdad que siempre ha habido tentativas para reducir los efectos del sistema constituido en el mal; siempre se ha hecho algo para aliviar las heridas de los oprimidos. Pero, ¿cuál ha sido el resultado?

40 - Lágrimas de sangre

Belém, 5-2-1984

A las nueve, misa de niños en la periferia de la charca. Evangelio de las bienaventuranzas. No sé qué decir a estas criaturas que viven literalmente en el estercolero de la ciudad. Por debajo de sus palafitos corre toda la basura de la capital. Soy incapaz de decirte el hedor que reina en este lugar, pero no creas que exagero; éste es el hedor del pecado social, de la muerte que menciona Juan cuando dice que «el que no ama permanece en la muerte».

Invité al micrófono a alguien que supiera lo que es hambre. Se acercó doña Ítala, viuda con once hijos. No sabe qué podrá darles hoy para comer: «Dios echará una mano». Pedí que les dijese a los niños lo que se siente cuando se pasa hambre. Entonces, en un silencio inmenso, nos contó su historia. La historia de muchos: cruces y privaciones. Y concluyó: «Yo en la necesidad lloré *lágrimas de sangre*». Realmente las lágrimas caían de sus ojos y no se las enjugaba. ¡Preciosas lágrimas!

Rita, una madre soltera, me llevó a su casa caminando por entre las pasarelas de la charca y allí se desahogó. Lloró mucho. Al despedirse me dijo: «Hoy es el día más feliz de mi vida, porque vino el padre a mi casa». En aquella no-casa, Deise, una niña de seis años, me enseñó esta canción:

«Era una casa muy delicada;
no tenía techo, no tenía nada.
Nadie podía entrar en ella,
por no haber sitio dentro de ella.
Nadie podía dormir en la red,
porque en la casa no había pared.
Nadie podía hacer pipí,
porque retrete no había allí.
Pero estaba hecha con mucho esmero,
calle del bobo, número cero».

Feliz de la vida, Deise me enseñó esta canción: por debajo de nuestros pies, la cloaca. Y hoy, domingo, las hermanas de la Caridad, con el catecismo romano en las manos, le dirán a sus oídos infantiles que ella es hija de Dios.

Nota:

Voy de viaje a Recife. Destino: Porto Calvo, en Alagoas, donde participaré en una “misión popular”. Paso por Pernambuco, la tierra de “Asa Branca”, de Luis Gonzaga y Lampião. Tierra desolada por la sequía. Un canto dice: “Solamente el cactus resistió tanto dolor”. El suelo resquebrajado, la tierra herida como el corazón del pueblo. Algún ganado y muchos árboles secos. Paisaje de supervivientes.

41 - En el infierno verde

Porto Calvo, 25-2-1984

No sé por dónde empezar, ni sé si vale la pena mojar de nuevo la pluma en el sufrimiento del pueblo. No es bonito hacer literatura o análisis sociológicos sobre la miseria de los pobres. En casa de Gonzalo estaba pensando en quemarlo todo, porque creía que no se consiguen cambiar las cosas sentándose a escribir.

Te diré algo que me abrasa el pecho: Gonzalo, Amaro, María y todos los «desarrapados» del mundo me han dejado K.O., me han dado la lección más dura de mi vida. Hoy he comprendido, por medio de ellos, algo que nunca he entendido en los libros; ellos han roto todas mis reticencias y perplejidades, mis dudas y mis temores. Desde la casita de tablas de Gonzalo se levanta el grito de los pobres: Che y Camilo tenían mucha razón cuando sostenían que sólo un cambio radical puede eliminar una *vida de infierno*. Los que viven aquí dentro no pueden aceptar las doctrinas de las «transformaciones lentas y graduales», las políticas de emergencia; no creen en los que dicen que quieren mejorar las cosas sin cambiarlas.

Entré en este «infierno» el 21 de febrero. El autobús corría veloz por sus venas. Todo el estado de Alagoas es caña de azúcar, hasta en los montículos más acentuados y en los valles más bajos. Sólo caña. En la playa, los cocoteros rompen un poco la monotonía del paisaje. El corazón de este *infierno verde* se llama «ingenio», donde los grandes propietarios reclutan la fuerza-trabajo para plantar, desbrozar, cortar y cargar la caña. Siempre y solamente caña. Las palabras, en la misa, eran espantosamente amargas: «Vosotros valéis mucho más que los pájaros del cielo».

Aquí se hace evidente lo que vale la caña; lo es todo; es más importante que el hombre, más importante que su salud o su alimento. Todo tiene que servirle a ella: el hombre, la máquina, el río, el día y la noche.

Estamos en el ingenio de Santana: la «máquina» funciona día y noche. Dos turnos de doce horas. El obrero come en el mismo lugar de trabajo, mientras que un ruido ensordecedor es la música constante del poblado. Poblado, no; aquí se llama «arruado», una «rúa», una calle de casas pegadas unas a otras, todas iguales, absolutamente iguales. Parece el reino de la uniformidad, en donde el hombre vale sólo por lo que produce. Está el «arruado» de la clase obrera: los mecánicos, los electricistas, los camioneros; viene luego el «arruado» de los jefes de sectores: casitas limpias con derecho a jardín y a jardinero; luego, el «arruado» del gerente, del «doctor» químico, del agrónomo y del director técnico, con casas muy buenas. En el último escalón, a la sombra de las chimeneas, en una constante lluvia de cenizas y de residuos carbonizados, está la «favela»: barracas de madera cubiertas de uralita. En las horas de sol, son como hornos, y el personal sale a la calle para descansar. Para estos últimos, el único privilegio es la cocina común.

Nadie es dueño de nada: la casa, el jardín, las calles, los caminos, las escuelas, todo es propiedad del señor Otón. Algunos llevan quince o veinte años trabajando, y no tienen casa propia. Y no la tendrán nunca, porque todo es del señor Otón: las llanuras, las colinas, los ríos, los «arruados», los hombres, las mujeres y sus hijos... Los hijos le pertenecen incluso antes de nacer, porque nacen destinados a su servicio. Y está considerado como un patrón excelente, porque construye la escuela, pone a disposición un autobús para los estudiantes que van a la ciudad, paga un salario al sacerdote que va todos los domingos a decir misa. ¿Sería posible

pretender más? El obrero simple gana entre 60.000 y 70.000 cruzeiros mensuales; en el almacén de la empresa, un kilo de harina cuesta 900 cruzeiros y un kilo de judías, 1.800.

El «ingenio viejo» es de tablas. Dicen que los cimientos son los mismos que levantaron los antiguos esclavos africanos. Creo que ellos dejaron olvidado aquí a Gonzalo. Doña Aurora llamó por la ventana: «¿Cómo te va, Gonzalo?».

Entramos. No creía en mis propios ojos y aun ahora no consigo creer en lo que vi. Imagínate todo lo negativo de una figura humana y tendrás ahí el retrato de Gonzalo. Un verdadero esqueleto vivo. El orinal lleno, harapos en vez de sábanas, manos enormemente sucias. Pasa la vida tumbado en una cama, que debe ser su cruz. Eché una ojeada por los demás rincones de la casa: ceniza y telarañas. Sentí en mi interior un sentimiento de rebeldía, de repugnancia, una especie de maldición. Sentí especialmente odio. Nunca lo había experimentado en mi vida: odio contra el hombre. ¿Será demasiado decir esto?

Gonzalo conversaba tranquilamente, haciendo subir y bajar los dos únicos dientes que le quedaban, como en un rito macabro; se tenía la impresión de que era un ser de otro mundo. Pero no. Gonzalo también pertenecía al señor Otón...

Repetía dentro de mí la pregunta que hizo Teresa durante un curso bíblico: ¿Qué sentido tiene la resurrección de los cuerpos para los miserables de las favelas, para los oprimidos del Ceará y para los que viven en las charcas?».

La *Tribuna de Alagoas* trae la noticia de que un tal José, de 35 años, mató con un cuchillo a su madre, a su esposa y a sus tres hijos y luego, enloquecido, amputó sus propios testículos. Llevado por la desesperación, ante la sequía de los campos.

Otra noticia: un gobernador del nordeste declaró que no tenía ánimos para lanzar la policía contra los que saqueaban las tiendas, porque no eran ladrones ni asesinos.

Me persigue la figura de Gonzalo; llevo conmigo su sombra. Llegamos al «arruado» de Conceição al atardecer. En un gran cercado están reunidos los caballos del «doctor», bien nutridos con la melaza de la caña. Les pregunté a muchos niños y ninguno de ellos supo decirme qué es la miel. Al otro lado del cercado viven las familias que vienen del campo en busca de un trabajo cualquiera y a cualquier precio. Visité a esas familias co-inquilinas de los caballos: tres pequeños locales, sin puertas; los niños por el suelo, contentos con un palo que chupar. Un cearense, en cuclillas, describió su situación sin atreverse a levantar los ojos: una historia brutal. «Estoy condenado a vivir la vida», decía.

A la mañana siguiente, en la procesión de penitencia, con la cruz al frente, había quince mujeres. Eran las cuatro de la madrugada. El cearense y sus compañeros habían salido ya para otra procesión: la de cortar caña al precio de 600 cruzeiros por tonelada. El mejor cortador llega a tres o cuatro toneladas por día. Y el kilo de arroz está a 600 cruzeiros. El cearense comentaba el caso con tal despecho que parecía estar al borde de la rebelión.

Después de la procesión, quise ir al sitio de trabajo. Allí estaba el personal, un muestrario humano al completo. Ennegrecidos, porque antes de cortar la caña queman las pajas secas. Tomé la hoz y empecé a cortar. Con aquel sol ardiente no aguanté ni una hora. Salí de allí negro como el carbón, maldiciendo de todo. Pensé en el cearense y le di la razón.

Me han mandado aquí como misionero y estoy sin palabras ante Gonzalo y ante los cortadores de caña. Decirle a esta gente que Dios es bueno, trazar la señal de la cruz sobre ellos y decir que eso es una bendición, no me parecía religión, sino inhumanidad, una burla lanzada sobre el sufrimiento. Nunca había visto personas tan taciturnas e indiferentes a las «cosas religiosas». Fue un tormento para mí.

Tiene que haber algo que todavía no hemos conseguido identificar y que ciertamente *viene antes de la religión*. Lo sentí en el chamizo de aquellos tres ancianos ciegos de Porto Calvo. Allí me denunciaron tres seres que malamente podían ser calificados como humanos. Su silencio y su miseria me denunciaron principalmente como hombre. No es preciso llegar a ser cristiano para ser responsable de los derechos humanos. La mujer, la única que ve un poquito, tiene la «piel de cobra», como dicen, de tantos años sin bañarse.

No consigo describir a los otros dos; juro que no lo consigo... Amaro, uno de los tres, ocupa mi lugar resumiendo: «No hay vida peor que la mía».

42 - Religiosidad nordestina

Juazeiro, 2-3-1984

No es posible comprender la *religiosidad del nordeste* sin conocer los dos polos generadores: Juazeiro y Canindé, o sea «el padre Cícero» y «San Francisco de las llagas».

En la misa de las seis, la iglesia está llena. Las ancianas me siguen a la sacristía para besar los ornamentos sacerdotales, mientras que una multitud aguarda la bendición y la imposición de manos sobre la cabeza de cada uno. El padre Cícero es una especie de símbolo de esta religiosidad popular hecha de bendiciones y de rosarios, de romerías y de promesas. El lenguaje del pueblo está impregnado de un elemento sagrado: «Si Dios quiere», «Gracias a Dios», «Alabado sea Dios», «Que sea lo que Dios quiera», «Lo poco con Dios es mucho»... El lenguaje religioso es típico en este pueblo y parece ser el más exacto para expresar y reivindicar sus derechos. Se dice que en el nordeste la lucha por la tierra está vinculada a la religión: lo social y lo religioso forman una sola realidad.

El padre Cícero estuvo en escena de 1871 a 1934. Un cura campesino que lo era todo para su pueblo: médico, alcalde, consejero, pero sobre todo protector de los pobres. También fue político: primero prefecto de Juazeiro, vicepresidente del Ceará y diputado federal, aun sin ejercer el cargo. Juazeiro, hoy, es la ciudad santa de todos los nordestinos. Atravesé casi todo el estado y lo vi todo quemado por la sequía, una desolación. El pueblo se ve obligado a cautivar cactus; les quitan las espinas y los usan como forra, e para los animales; y cuando el hambre aprieta, las personas hacen sopas con ellos. En Fortaleza, un muchacho subió al autobús distribuyendo unas hojas: la conclusión del escrito en que narraba su historia era la siguiente: «Deme su ayuda para que no me vea obligado a robar». La estación de autobuses está llena de chavales pidiendo limosna; si se atiende a uno, pronto te rodean todos los demás. Hay personas que censuran la pasividad y la resignación de este pueblo, pero hace siglos que el nordestino carga con la cruz de las sequías y está acostumbrado al sufrimiento.

Según la prensa, desde enero de 1983 hasta enero de 1984, cerca de 150.000 personas participaron en los saqueos de supermercados, almacenes, cooperativas, trenes y camiones para alimentarse. Unas mil personas, mujeres y niños, estuvieron varias horas gritando frente al palacio municipal: «Nos estamos muriendo de hambre». Muchos se desmayaron, pero la comida no vino. Para que el cearense, manso como cordero, llegue a esta forma de rebelión, tiene que haber padecido mucho. Especialmente en el interior, donde nadie puede ayudar a nadie.

Canindé es el santuario donde se cumplen las promesas y se lavan los pecados. Muchos ahorran durante todo el año para poder participar de la fiesta de san Francisco, durante la cual se evaporan sus pequeños ahorrillos.

43 - Anestesia general

Fortaleza, 6-3-1984

Durante cuatro días, todo está parado, todo está cerrado. Brasil vive «su» carnaval. Los títulos de los periódicos anuncian: «Cuatro días de locura». También para los pobres, mejor dicho, especialmente para los pobres, porque los ricos tienen distracciones de sobra. Aunque me esfuerce, no consigo entenderlo. Aquí el carnaval no es un concepto, sino una realidad envolvente, algo que supera lo racional. Todos los medios de comunicación están en función del mismo; todo desaparece en esos días: la sequía, los oprimidos, la deuda externa, las elecciones directas, todo. Lo importante es cantar, bailar la samba, soñar. Llega a darse una *anestesia general* al son de la música, con la cerveza y el aguardiente. En las grandes ciudades no falta el aspecto comercial en razón del turismo y del consumo.

Lo que hay de realmente genuino no son los desfiles de las escuelas de samba con sus carros alegóricos entrando por la avenida en ávida competición, sino los grupos espontáneos que recorren las calles, enmascarados, para decir con todo su cuerpo que también ellos existen y que también tienen derecho a desfilar ante los ojos de la historia. Aquí, en la capital de la mayor plaga del mundo (28 millones de nordestinos en la sequía), es increíble la profusión de luces, de sonidos, de ostentación, de «fantasías». No hay contestaciones, ni siquiera por parte de los partidos de oposición. Es evidente: nadie quiere privar a los pobres de esta pequeña dosis de analgésico.

Me sumergí en las venas del pueblo en danza. Algo irresistible: ríos de cerveza, músicas estrepitosas, ritmo y movimiento constante. Hombres, mujeres, niños, ancianos; todos presentes en la fiesta popular, como llevados por un instinto ancestral. Parece descubrirse en todo esto una subterránea religiosidad popular que arrastra a todos y que, durante unos días, les da a los pobres la ilusión de ser alguien.

Sin duda, es hermoso ver a tanta gente unida por el poder de la danza. Sin embargo, sigue en pie la cuestión principal: ¿es el carnaval un espejismo en medio de 361 días de desierto o un trago de esperanza?

44 - La condición de la mujer

Casa parroquial, 23-4-1984

Pasé la semana santa en la parroquia vecina. El encuentro más bonito fue el que tuvimos con las prostitutas. ¡Dios mío, qué humildes y sencillas son! Fue más bien una conversación en familia, en presencia de los hijos y de algunas madres. Todas ellas contaron su historia. Al comienzo, hubo un poco de recelo, pero luego la cosa se hizo natural. Una de ellas se vio obligada a casarse a los once años; tuvo varios maridos, pero ninguno de ellos la amó de verdad. Se llama Rita; tiene 23 años y dos hijos que adora. Historias de humillaciones y de abandono. La mayor preocupación de Fátima (una negra esbelta, de cabello ensortijado) es saber si el cura bautizará a su hijo. Luzinete quiso saber si podía ir a la iglesia y Creusa si podía escucharla en confesión. Respondiendo a la pregunta de si estaban dispuestas a dejar ese tipo de vida que vivían, todas respondieron que sí: «¿cuál es la dificultad que os impide esta decisión?». «¿Quién dará de comer a nuestros hijos?». Desgraciadamente, todavía es fuerte la costumbre de repudiar a una hija que queda encinta fuera del matrimonio; nadie la quiere. Y no le queda ya más alternativa que la «vida» que le impone la misma sociedad. Rita y Creusa aducían que no les era posible salir del «giro», porque no tenían otra forma de sustentarse económicamente. En general, *la condición de la mujer* es horrible. Es considerada por la mayoría de los hombres como sierva y objeto de placer. Es ella la que va al río a buscar agua, la que cultiva el arroz, la que atiende a los niños, la que lava, cocina y arregla la casa.

En el interior, es muy difícil encontrar mujeres que tengan buena apariencia: demasiado trabajo, demasiados hijos... Parece ser que hay en Brasil tres millones de prostitutas registradas. Realmente se utiliza a la mujer como se explota una mercancía. Y la mercancía, ciertamente, se explota mucho...

45 - ¿Quién puede evangelizar?

Casa parroquial, 1-6-1984

No sé dónde leí estas palabras: «Evangelizar es ante todo dejarse evangelizar». Lo compruebo todos los días. Ricardo, que está postrado y no puede ya trabajar, tiene a su esposa que trabaja por él. Ella sale al campo, corta la leña, carga sacos de arroz... y nunca se queja. Realmente es una heroína.

Me estoy convenciendo de que solamente un pueblo que sufre tiene derecho a evangelizar. Si la redención entró en el mundo por el sufrimiento y la cruz -«sin derramamiento de sangre no hay redención»-, también hay que decir que la liberación viene de los pueblos que hoy están empobrecidos. Cristo, el «varón de dolores», vive la actualidad en el pueblo oprimido, en los que pasan hambre. Deberíamos pisar esta tierra de los empobrecidos con pies ligeros y besar este suelo regado con lágrimas y con sangre.

Lucía me enseñó su casa. La riada se llevó una parte del piso y ahora está como colgando del aire: entre el cielo y la tierra, como el hijo del hombre en la cruz. Tiene 32 años y trece hijos, de los que viven ocho. De los otros cinco dice: «Dios se los llevó». La resignación es para nosotros un mundo desconocido, inalcanzable.

También la casa de doña Creusa está colgada sobre una «cueva» excavada por la lluvia. Sola con seis hijos, dice: «No estoy sola; estoy con Dios». Se gana la vida lavando ropa en las aguas del río, lo cual significa cargar con los fardos y pasarse allí horas y horas, mientras los hijos pequeños están abandonados en casa, en aquella casa situada encima del precipicio. El hijo mayor, de doce años, es mecánico; el marido -aquí la historia empieza a regarse con llanto- se fue a Serra Pelada y ya no volvió. Los niños participan de la conversación, dispuestos a echarse ya a dormir en la hamaca, aun con el estómago vacío. No conseguí pronunciar ni una palabra; me quedé oyéndolos. Me parece que oía caer las lágrimas en tierra en medio de tanto silencio. Las lágrimas caen silenciosamente como el dolor de los pobres. Al caer en tierra...

Al despedirme, me dio las gracias por haberle dado la oportunidad de hablar con un cristiano. Caminando en medio de la oscuridad que rodeaba a aquella casita aislada, procurando evitar los hoyos, me di cuenta de que yo también estaba llorando.

Mientras el chaval carbonero que vive en la calle Santa Lucía me invita con una sonrisa sincera a visitar su casa paupérrima e inmundada, y doña Creusa acomoda en la cama a sus hijos sin cenar, diciendo que «quien se apoya en Dios no cae», el prefecto de la ciudad «compra» a los miembros de la oposición al precio de dos millones de cruzeiros por concejal, pagables en prestaciones. Así es como lo comenta el pueblo.

Como un estribillo machacan mi cabeza aquellas palabras: *“Evangelizar es ante todo dejarse evangelizar”*.

El señor Antonio, de 83 años, cargado de años y de achaques, me interrumpe bruscamente: «Pero, padre, ¡Dios está aquí en medio de la gente!». Me pilló de sorpresa: yo estaba «hablando» de Dios, pero él lo «sentía». Sí, entre aquellas cuatro paredes de miseria, que parecían una ratonera. Pasé los ojos alrededor y tuve que admitir que Dios estaba allí, precisamente allí. Allí viven dos ancianos con un contrato de arriendo (del gobierno); no hay de nada, pero el gobierno cobra sus tasas. Porque los pobres pagan las tasas. No sé cómo, pero las pagan. No hay cuarto de aseo ni desagües; las calles han quedado «barridas» por la lluvia; el agua corriente llega a cuentagotas; las casas no son casas; ¡tenga paciencia!, ¡pero pague el impuesto municipal!

Antonio me contó muchas cosas. «Una vez, Jesús dio a san Pedro algunos días de vacaciones. Al regresar muy tarde, Jesús le preguntó: “¿Qué es lo que has visto en la tierra tan bonito que te ha entretenido tanto?”. Pedro se lo indicó. Al año siguiente, pasó lo mismo. Finalmente, Jesús lo mandó a una región donde había una terrible sequía. Al día siguiente, san Pedro estaba ya de regreso. “¿Qué te ha pasado, Pedro?”. “Allí, en Ceará la vida es dura, y tuve que huir”.

El viernes santo, durante el rito de «adoración de la cruz», una señora se acercó a la imagen del «Cristo muerto» y la besó como si fuera una persona viva. Luego se apartó despacio, sin darle la espalda. Con el rostro iluminado, extendiendo las manos con ternura maternal, como si mirase a su hijo.

No hay más remedio que admitir que Dios se revela a los sencillos. Y los sencillos, los humildes del tercer mundo son masas enteras. Su presencia aquí es tan densa, tan viva y desconcertante, que impresiona. Los pobres pueden vivir en la «cultura del silencio», pero su presencia es todo un huracán. Y los pueblos ricos, desconfiados, lo perciben y se defienden. La verdadera doctrina de la fe no está en los cofres de la «intelligentsia» occidental, ni tampoco en los errores y los horrores del viejo mundo capitalista: Es a los oprimidos a los que Dios se revela, ya que él habita aquí *en masa*, con una presencia poderosa. Los empobrecidos son el juicio del mundo; tienen el poder de fermentar la historia. Yo no canonizo al pobre; lo único que digo es que el pobre es un candidato para el cambio, mientras que el rico tiene miedo al futuro.

46 - El rico tiene miedo

Casa parroquial, 23-6-1984

Decía doña Damasia: «El pobre es como la marea; aparece y se va; hoy está aquí y mañana está allá. No hay un sitio seguro para él».

Una viejecita de 70 años se disculpaba por no tener un café para ofrecerme; estaba de «marea baja».

Doña María de Jesús no tiene nada en casa; está infraalimentada; pero se empeña en darme dos huevos todavía calientes.

Raimundo, de 74 años, me acompañó a visitar a un enfermo. Decía que, cuando él se ponga malo, sólo tendrá a Jesús.

Muchas mujeres se pasan la vida partiendo cocos: desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, sin almorzar, para ganar mil cruzeiros. Sólo un cafecito al mediodía. Nadie se explica cómo consigue sobrevivir el pueblo maranhense. La pregunta: «¿Cómo te va?», recibe siempre esta respuesta: «Vamos viviendo». El tono de la voz demuestra claramente su sorpresa por seguir aún con vida.

Doña Hortensia, sola con dos hijos, plantó en un trozo de tierra que Alcibíades le cedió en renta. El pulgón del arroz acabó con la cosecha, y ella se vio obligada a trabajar en otras tierras para juntar los cuatro sacos de arroz que sumaba su deuda. José me enseñó todo lo que tenía: en un rincón de la casa, unas pocas arrobas de arroz sin limpiar; es el mismo caso: el dueño de las tierras quiere una parte de este único sustento de la familia.

El marido de María sacó unas batatas de un terreno que siempre había sido considerado como público. Un día, un sinvergüenza se lo echó en cara; como él intentó cosechar de nuevo batatas, lo arrinconaron en su casa y lo mataron de 22 puñaladas; incluso le pincharon las manos, acusándole de «robar» batatas. María, su mujer, asistió a la escena y casi se murió de pena. Se desmayó. Dicen que hoy ya no es la misma. Vive como «rompedora» de coco.

Aguardo el amanecer con ansiedad, con la mente fija en un punto: *el rico tiene miedo al futuro, porque el futuro pertenece al pobre*. Se entiende entonces por qué Cristo exalta a los pobres, los bendice, se identifica con ellos. La historia pertenece a los que nada tienen. El rico posee el día de hoy, porque lo tiene todo y no puede ya desear nada; el pobre desborda de aspiraciones y de esperanza, se proyecta en el porvenir, se alimenta de expectativas. Es realmente bien-aventurado, porque anhela un mundo nuevo, dichoso porque su corazón surcado por el dolor es el humus más revolucionario de la historia. Parece como si la historia fermentase en su alma, aguardando el momento en que estalle la esperanza.

Jesús declaró inhumana la riqueza del rico y llegó a maldecirla. Es impresionante. ¡El, tan bueno, llegó a eso! Y fue por causa de los Raimundiños, de los Toiños, de los niños de cera, por lo que sigue proclamando en el mundo la encíclica más cierta y más severa de la historia: «Tenía hambre; estaba pasando sed; era analfabeto; estaba oprimido...».

Sé que estas cosas, vistas del lado de allá, resultan incomprensibles. Las digo porque estoy con los ojos llenos de muerte, porque estoy cansado de ver al pobre desgarrado por los azotes del hambre, de la enfermedad, de la explotación. Lo que ayer no habría dicho, hoy lo escribo y lo grito, porque he entrado en la órbita de los condenados de la tierra, ya que vivo en su Calvario y compartiendo su cruz.

El mal ha alcanzado proporciones demasiado grandes y se hace tan evidente como esos pueblos enteros, esas multitudes que son víctimas de la explotación de los que son demasiado ricos... Y las perspectivas son aún peores, porque, según el dogma capitalista, «el dinero produce dinero» y la miseria produce miseria.

La fuerza histórica de los empobrecidos nos deja desarmados; los niños de cera borran todos los principios que nos han metido en la cabeza sobre la legalidad, las instituciones «sagradas» del estado y el deber de obedecer a las autoridades civiles y sobre la exigencia de colaborar por el bien común. Predicar la obediencia al estado, a ese estado que impone leyes injustas, plantea problemas de conciencia; algo parecido sucede con la connivencia y el pacto en delitos colectivos.

47 - Somos esclavos

Cajazeiras, 12-7-1984

Francisco es el habitante más antiguo del poblado. Llegó en 1952 y tiene 69 años. ¿Te lo puedes creer? El pobre cearense no tiene ni un palmo de tierra, ya que los grandes la tomaron con él. Los «grandes» son cinco familias que se apropiaron de las tierras, corrompiendo a los funcionarios y comprando a los agrimensores y jueces. El pobre no puede permitirse el lujo de pagar al agrimensor para la demarcación de tierras, aunque se haya pasado trabajando más de treinta años. Y así es como se aprovechan todos los que pueden. En dos meses ha habido dos muertes por causa de las tierras. Todos saben quién fue el culpable, pero todos fingen no saberlo, ya que la ley es ésta: someterse al poderoso o llevarse una bala en las espaldas.

El verdadero dueño de Cajazeiras es el terror. Se percibe en el aire. Antonio Pedro me dijo: «Si el oprimido creyese en el oprimido, cambiaríamos la situación en 24 horas». En la reunión estaban discutiendo un problema vital: dónde plantar este año. En una tierra sin fin, no hay sitio para que siembren los pequeñuelos. Sin embargo, empiezan a creer ya en sí mismos. Nuestra presencia aquí tiene precisamente esta finalidad: que el pueblo descubra su fuerza, ya que la situación es de extrema miseria.

Manuel habló abiertamente: «Hoy somos esclavos. No tenemos dónde plantar, porque aquí la tierra está cansada y en manos de tiburones; lejos de aquí, la tierra es buena, pero cobran renta y encima tenemos el problema del transporte. No hay salida».

La gente se quedó pensativa. Severino dijo: «¿Y si fuésemos todos juntos a sembrar, y fuésemos muchos? ¿Qué podrían hacer entonces los pistoleros? ¡Nada!». «Bien. Pero, ¿cuántos hombres se necesitarían para hacer el servicio? Por lo menos, unos treinta. ¿Y cuántos somos? Sólo siete».

La discusión se prolongó mucho tiempo antes de encontrar la solución. Finalmente, concluyeron: lo primero que hay que hacer es crear un grupo; cada uno intentará convencer a otro compañero dispuesto a todo hasta llegar al número suficiente.

Me impresionó una cosa: el pueblo sabe mejor que nosotros lo que tiene que hacer. Lo sabe más por intuición que por raciocinio. Es verdad que siempre hay gente cobarde y vacilante, pero la tonalidad es la misma: tenemos que salir de la esclavitud con nuestras fuerzas. ¡Oh, la pasión por la libertad en aquellos rostros iluminados por la luna, en el patio de la casa de Manuel!

En Cajazeiras sentí cómo el peso del mal caía sobre mí como una montaña. Pero después me he dado cuenta de que el verdadero proceso liberador es el que ayuda al pueblo a construir su historia con sus propias manos. Para nosotros, que hemos crecido en una cultura que exaspera el individualismo, es difícil entrar en esta mentalidad. Aquí está naciendo una cultura de tipo colectivo, popular, comunitario: el deseo de hacerse pueblo. Todas las soluciones y los proyectos realizados por los políticos o por el clero (obras hechas para el pueblo) no han conseguido más que intensificar la dependencia. El camino seguro es que el pueblo comience a caminar con sus propias piernas, a creer en sí mismo. Ha fallado la metodología de resolver los problemas en lugar del pueblo, «en nombre del pueblo».

Dejé Cajazeiras en el corazón de la noche (el único medio de transporte sale a las dos de la madrugada). El mismo poblado de Cajazeiras es una noche que espera el amanecer de la libertad. Subido en lo alto de un camión abarrotado de arroz y de arroceros, al pasar por delante de la escuela, me pareció oír de nuevo el canto de los niños: «Sin casa, sin tierra y sin comer,

hermano mío, ¿qué podemos hacer?». Hoy el compromiso más serio es el de devolver al pueblo la fe en sí mismo, la certeza de que la fuerza nace de la unión de los pequeños. Una canción dice: «Creo que el mundo será mejor, cuando el menor que padece crea en el menor».

Este es el desafío de Dios, el desafío de los oprimidos: creer en su propia fuerza. Creer en Dios es fácil; menos fácil resulta creer en el hombre. Pero hoy yo me expreso de otra manera: Dios cree en el hombre, cree en el pueblo; y creer en el pueblo es creer en los más pequeños. Afirmando que la encarnación es un proceso histórico popular: es hacerse carne en la carne del pueblo. Creer en él es aceptarse como «parcela» del pueblo: el todo en una parte y la parte en el todo. Creer en el pueblo es creer en Dios, porque él habita en el corazón de sus hijos, sobre todo de los que siguen siendo crucificados por el mal. Él creyó tanto en el pueblo que llegó a hacerse pueblo, asumiendo la carne, la historia, la cruz, el hambre y la sed. El pueblo tiene derecho a gritar al Hijo de Dios: «Yo te di la carne que tú eres; tú eres mi hijo, carne de mi carne, hueso de mis huesos».

Es Francinete, José Cassiano, Raimundiño, son las muchedumbres mal alimentadas, los pueblos del tercer mundo los que repiten: «¡Hijo del hombre, hijo del pueblo!». ¿No es el pueblo el *hábitat* de la fe? El individuo muere, pero el pueblo no muere.

48 - ¡Ay de vosotros, pueblos opulentos!

Brejinho, 20-7-1984

Seis horas a caballo, bajo la lluvia. Esta vez la selva me castigó duramente. Tuvimos que atravesar el río unas cinco o seis veces en unos pocos metros, debido a sus muchos meandros. Seguimos a pie durante una hora bajo un techado verde, pues la colina era tan empinada que los burros no conseguían cargarnos por ella. Dos hombres iban abriendo camino con el machete. Mi burro se hundió en el barro hasta la barriga y tuve que meterme en el agua. Durante todo el viaje nos persiguieron mosquitos y garrapatas. De la selva, la gente sólo sale con arañazos y picotazos.

Adelino con algunos compañeros le robaron un trozo a la selva (¡a machetazos!) para tener un puñado de tierra que sembrar: «Sólo quiero una cosa: vivir. Los ricos viven llenos de preocupaciones y yo estoy contento con mi puñado de arroz, mis judías, mis gallinas».

Llevo ya diez días por la selva visitando las comunidades, estas pequeñas islas de humanidad que intentan resistir a las tenazas de las grandes haciendas (una de ellas tiene un perímetro de 119 kilómetros). Hace algunos años, los habitantes de Mutum tuvieron que defender sus tierras con la escopeta en la mano. Para llegar aquí, se necesitan tres días de viaje, enfrentándose con todos los peligros del bosque. Pero no es eso sólo: «Estamos cercados por la selva, encerrados como puercos en el corral».

Los habitantes de Cristal no tienen acceso libre a su poblado, ya que la hacienda controla la entrada y la salida de todos ellos; está prohibido entrar a caballo y no se puede atravesar la hacienda con ganado.

A las cinco y media de la tarde, no había almorzado todavía. Solo dos bananas. ¡Qué vida! Pasé el día entero en silencio. Arranqué una decena de garrapatas que se me habían pegado a la piel. Siento hambre en el estómago. Y me dicen que, al principio, la cosa era mucho más dura. Esta mañana, Francisca no tenía café en casa y me ofreció un huevo cocido y harina de mandioca. Es madre de diez hijos y se vio obligada a dar nueve a los demás, para no verlos morir de hambre.

Valdemar, hablando de su hijo, decía: «el hijo del pobre no está hecho para estudiar; tiene que seguir siendo burro toda su vida».

Y Daniel: «Nunca recé un padrenuestro sólo para mí. Dios no atendió a la oferta del rico, sino al fruto del trabajo del pobre».

Hay que denunciar al mundo capitalista en todos sus aspectos. Estoy escribiendo estas cosas en una casita de tablas y tengo la impresión de estar en la cima del mundo, desde donde parte el juicio sobre la historia: «Estaba con hambre, estaba pasando sed...». Y hoy no se trata de una sola voz, de un solista, sino del coro inmenso de pueblos enteros que pronuncian su juicio sobre los pueblos de la riqueza injusta: «¡Ay de vosotros, pueblos opulentos, que devoráis las materias primas de los pueblos jóvenes! ¡Ay de vosotros, pueblos industrializados, que explotáis y contamináis a los pueblos del tercer mundo! ¡Ay de vosotros, que estranguláis las economías subdesarrolladas! ¡Ay de vosotros, que exportáis armas y consumismos! ¡Ay de vosotras, iglesias, que impusisteis formas religiosas creadas según los moldes occidentales! ¡Ay de vosotros, que os presentáis en las barracas de los pobres como dueños de la verdad absoluta, incapaces de recibir, incapaces de compartir y de sentirnos iguales...».

El Maestro entró humildemente en medio del pueblo «como el que sirve», y nosotros pretendemos imponerle con la religión nuestro sistema social. Y así cometemos el abuso (¿o el

robo?) de quitarle a una parcela de la humanidad su identidad y la responsabilidad de forjar su propia cultura. Sustituimos al pueblo. Desde lo alto del pedestal de nuestra autosuficiencia, nos arrogamos el derecho de hacer a los pueblos a nuestra imagen y semejanza. Y ahí están los macroproblemas, los modernos profetas seculares, para declarar el fracaso de la civilización occidental. Incluso en el aspecto religioso. Una religión que no sabe desenmascarar el delito cometido contra la sustancia humana no podrá ya decir nada en nombre del Dios que se hizo carne.

Si el cristianismo quiere sobrevivir, tendrá que asumir a los pueblos del tercer mundo. Perderse para salvarse. Deberá entrar en otro proceso histórico, pasando de una historia occidentalista del mundo a una historia planetaria, de una civilización dominante a una civilización de comunión y participación. Los pueblos de los pequeñuelos mantienen viva en la historia la pasión por un mundo más digno del hombre. Dios ha escogido siempre a los pequeños y a los débiles. ¿Y la iglesia?

49 - Un resto de humanidad

17-8-1984

He visitado tres aldeas de indios. Anoto mis impresiones. En la aldea, el tiempo parece estacionado, no hay prisas. Solamente la sombra de los árboles acompaña al sol en este mundo diferente, donde nadie se siente condicionado por nada. La vida rudimentaria, las relaciones sobrias, la conversación únicamente sobre las cosas esenciales (el arroz, la caza, la lluvia), todo finalmente representa la simplicidad natural de la vida. La persona se siente reducida a lo esencial, obligada a reconocer la inanidad de tantas cosas superfluas. Se percibe el valor de las cosas pequeñas y esenciales para la vida, porque se penetra en su corazón.

El indio defiende su identidad. Alberto me decía que, en algunas aldeas, las mujeres se empeñan en vestir solamente la falda para ser ellas mismas, casi por una especie de resistencia. Es chocante encontrar en pleno siglo XX a hombres casi incontaminados. Digo «casi», porque vi allí tocadiscos y transistores. Te sientas con ellos en un corro y la conversación sigue sin parar como si todos fuéramos antiguos conocidos; hablan de lo que es suyo: de la vida y de sus recursos, como el coco, el arroz y sus pocas vacas.

Para mí, los indios son un *resto de humanidad* que nuestra civilización salvaje no ha logrado someter. A pesar de todos los esfuerzos por absorberlos y destruirlos, resisten con bravura, incluso en medio de humillaciones atroces. Se sienten supervivientes de una persecución secular, de una «solución final» que quería exterminarlos. Salieron diezmados, pero no vencidos.

Anoche me dieron un plato de arroz blanco con una pizca de sal. Nada de grasa. Dos cucharadas solamente, sin judías, sin fruta, sin verduras. A mediodía, sirvieron un trocito de cerdo (con pelos) y mucho arroz, porque estaban de fiesta. Habían pasado una semana en el bosque cazando y volvieron con las manos vacías: sólo un caimán. No me conformo con pensar que esta tierra, ocupada ahora por los hacenderos, era totalmente suya hasta entonces. Fueron saqueados desde dentro y desde fuera; la matanza exterior se había consumado ya cuando les robaron las tierras y los ríos, acorralándolos en las reservas; el interior está continuamente amenazado. Quieren destruir el alma encantada del indio, cuya vida, aire y alimento es el bosque, una vida en comunión con la naturaleza, la caza y la pesca. Están llegando grandes proyectos financieros para acorralar al indio y fijarlo en la tierra, haciéndolo esclavo de la agricultura: «Si produces mucho arroz, tendrás como premio 70.000 cruzeiros por familia».

Una aldea está plantando 200 hectáreas de arroz con tractores y tiene solamente quince hombres en condiciones de trabajar. No se ve la razón de tanta producción para el indio, que no tiene la cultura del excedente. Su costumbre es la de confiar en los depósitos de la naturaleza. La manía del lucro y de la acumulación ha llegado hasta aquí. Se les enseña a los indios el cultivo de tomates y de verduras para comerciar en la ciudad. De esta forma, los modernos faraones consiguen esclavizar a los últimos incontaminados que la historia había conservado en los entresijos del bosque.

Y debería ser evidente que no conseguirán cambiar la naturaleza del indio. En una aldea abandonada sólo quedaron unas letrinas de cemento, que nunca se usaron, en un sitio donde todo es bosque. Les dieron la energía eléctrica, el pozo artesano (me fijé en los grifos continuamente abiertos), camiones, tractores, un enfermero y un profesor; pero el indio vive en su mundo; se pasa horas y horas conversando y canturreando siempre las mismas palabras:

«La raposa te está mirando a los ojos...»

«Soñé que había mucha caza:
tatú, peba, cutia y caititú...».
«He visto el rastro de ganado...».

Poco costaría repoblar el bosque de fauna y los ríos de peces, proteger el babaçú y los demás recursos naturales; sería más económico y más en consonancia con la naturaleza del indio. Pero esto es precisamente lo que la civilización del lucro quiere destruir, porque tiene miedo de todo lo que se escapa de su esquema y de su control. El indio es la última víctima de esta civilización que exalta el progreso.

La vida de la aldea depende del cacique, de los ancianos y de las tradiciones de cada grupo étnico. La edad que atraviesa mayores crisis es la de los jóvenes. No participan mucho de las tradiciones de su pueblo; también entre ellos hay algunos rebeldes. Los hombres casi no se ríen. Hablan bajo y despacio. El blanco que acude a ellos es visto como alguien que les trae regalos. Me ofrecen caza para pedirme dinero o zapatos. Rosa me pidió un trozo de tela; el viejo Laureano, cuentas para un collar; pero las quiere rojas. En resumen, se han vuelto eternos pedigüños, dependientes. Lo reciben todo gratis: el agua, la energía eléctrica, las medicinas... Y no podía ser distinto desde que les quitaron los medios de subsistencia y les cortaron las raíces de su cultura y de su *hábitat* natural. De ahí que los indios anden hoy por estas tierras como supervivientes asustados, como forasteros.

Gracia, la enfermera, me señaló los puntos positivos y negativos de los indios. Positivos: se ayudan entre sí, tienen la propiedad colectiva de las tierras, no pelean de ordinario entre ellos, no abandonan a los hijos ni a los ancianos, son fuertes los vínculos conyugales y los respetan los demás, entre ellos no hay ricos y pobres. Negativos: no tienen concepto de la necesidad de mirar por el mañana y gastan hoy todo lo que tienen, beben aguardiente apenas tienen ocasión.

Es grande el desafío que este oasis de humanidad lanza al mundo. Los que progresamos y nos creemos constructores de una civilización cristiana, tenemos costumbres mucho peores. Tenemos cultura, historia, la biblia, universidades y facultades teológicas..., y no somos mejores que ellos. Lo repito: se cuestiona el concepto mismo de religión, ya que Dios no puede ser simplemente un objeto sagrado de culto. Las religiones estructuradas fácilmente decepcionan y hay personas que no quieren adherirse a ninguna de ellas porque las encuentran todas vacías. ¿Cómo explicar la religiosidad luminosa de la vida del indio? Tengo la impresión de que lo "religioso" suyo es más humano, más real y más amplio que el particularismo católico.

Rosa nos preparaba el almuerzo con tanto esmero y con tanta espontaneidad que teníamos la impresión de estar asistiendo a un rito: la liturgia de la hospitalidad, la celebración del culto a la amistad.

Los sacerdotes que trabajan con los indios se plantean muchos y serios interrogantes. Estuve hablando con Alberto de todo esto:

¿Cómo pueden los indios simpatizar con un pueblo de Dios dividido en ricos y pobres, en oprimidos y opresores?

¿Cómo pueden los misioneros presentarse en nombre de una cristiandad, cuya participación en el fracaso de esta civilización es difícil esconder? Los invasores de los tiempos coloniales se presentaban tan cristianos como los «civilizadores» de hoy.

¿Cuál es la propuesta que les podemos ofrecer, después de veinte siglos, nosotros que no tenemos ninguna alternativa respecto a la propiedad y el orden social?

¿Cómo presentar el evangelio a los indios? ¿Qué mensaje puede incidir en su vida? ¿Y con qué medios transmitirlo? Nuestra civilización tiene su fuerza en la palabra escrita; necesitamos

hablar de Dios, analizarlo, desmontarlo y enlatarlo dentro de definiciones teológicas; pero para ellos esto es simplemente inútil. Para ellos, Dios no es «objeto de estudio», sino realidad de vida.

A pesar de todo, limitaciones y defectos, me siento atraído por ellos. Hay algo de hermoso, de altivo y de noble en su figura: una personalidad con rasgos infantiles (es peligroso contrariar a un indio). Siento admiración por ellos porque son diferentes de nosotros; en el fondo, ellos se niegan a ser como nosotros. Ejemplares únicos en un mundo hecho de imitaciones y de cosas en serie. Y lo más impresionante es que, a pesar de todas las agresiones de los blancos, ellos resisten y siguen siendo ellos mismos: hombres libres. No tienen evangelio ni iglesia ni sacramentos, pero son más humanos que muchísimos cristianos.

50 - El evangelio según el pueblo

Centro de los maranhenses, 20-8-1984

Lectura del evangelio: la multiplicación de los panes. El comentario que sale del corazón es muy diferente del de la exégesis oficial. Aquí no hay ningún reparo en hablar de arroz con judías. En las conversaciones del pueblo es de lo que se habla continuamente. Durante este tiempo, por ejemplo, sólo se habla de la cosecha, de la siega, del desbroce y de la quema: las operaciones que preparan la próxima plantación. Hasta la comprensión del evangelio tiene que ser diferente de la «lectura» que se hace entre los pueblos ricos.

Lo mismo que Jesús multiplicó los panes, también José, el agricultor, multiplica los platos de arroz con judías: «Nosotros plantamos un grano de arroz y de él nace una espiga llena de otros muchos».

Y Valdir fue a casa a buscar una espiga y volvió con su revelación: «Esta espiga tiene 190 granos». No fue difícil hacer la cuenta: si un grano da 190 granos y cada uno de esos granos da una espiga, tendremos 190 espigas con 36.100 granos; ¿cuántos platos tendremos?

Es que el pueblo vive el milagro; lo ve. Lo come, por así decirlo, en el almuerzo y en la cena, en aquel plato de arroz con judías que constituye el «todo» de su vida. El alimento es lo más sagrado, ya que se hace ojo, mano y corazón.

«¿Qué os parece? ¿Se interesa Dios por el estómago vacío del que pasa hambre?».

La respuesta fue unánime. Luego le di un grano de arroz a cada niño y pregunté si alguno de ellos era capaz de hacer uno igual. Nadie. A la hora del ofertorio, levantamos un haz de espigas y los niños, extendiendo las manos sobre el altar, sobre el pan y el arroz, prometieron producir mucho arroz, cuando fueran mayores, para que ningún niño del mundo pase hambre.

Según los datos estadísticos, están aumentando vertiginosamente las hectáreas de hierba para los animales, en perjuicio de la producción de arroz.

El señor Domingo y doña Antonia tienen una barraca de tablas: pieza única, sin muebles, sin cama, sin fogón. Me recibieron con una afable sonrisa, como si estuviesen viviendo en una mansión. Un matrimonio de ancianos transparentes como su casita. Han estado trabajando toda su vida y al final sólo acumularon pobreza y ahora viven en la tierra de Elías; la casa es de Raimundo y el campo de Elismar. Su patrimonio consiste en cinco sacos de arroz y algunas ropas extendidas en una cuerda. Sentí pena. Me vi pequeño, mezquino, ante el tremendo desafío de la serenidad de aquellas criaturas. Ni siquiera una palabra de queja o de recriminación. Nada. Ligeros como ángeles. En su mirada había algo que no consigo definir. Dos ancianos en el abrazo mutuo de la pobreza. Pensando con un poco más de claridad, los veo bien: no son ya Domingo y Antonia, sino la encarnación del anuncio: «Felices vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino». Así, la bienaventuranza deja de ser una palabra, una frase escrita, para hacerse una realidad viva, ontológica. Decir: «Bienaventurados los pobres» es lo mismo que decir: «Domingo y Antonia».

Parece ser que Cristo no da mucha importancia a la palabra escrita o hablada; al final de su carrera mortal llega incluso a relativizarla: «¿No creéis en mis palabras? Sois perfectamente libres para ello. Pero no podéis dejar de creer en mis obras».

Nuestro defecto es que nos acostumbramos demasiado a mandar, a explicar, a saberlo todo. Quizá sea menester que muera la iglesia de las palabras, para que nazca la «iglesia de los hechos»; que muera la iglesia de los ricos, para que surja en la historia la iglesia de los pobres.

Desgraciadamente, tenemos miedo de aprender. Cristo se hizo aprendiz del pueblo, de los pequeños, de los ignorantes, de los sin-poder, y el pueblo le enseñó a hacer puertas, arados y carros. El pueblo le enseñó los signos de los tiempos y de las estaciones, las costumbres de los campesinos, de los pastores y de los hijos pródigos. La historia le enseñó la paciencia; el pueblo le enseñó a ser hombre y a hacerse pueblo.

Las palabras de Dios repletas de revelación las encontré escritas en las carnes crucificadas de los mendigos, de las prostitutas, de los borrachos, de los pueblos del tercer mundo. Ni los libros ni los profesores supieron darme lo que me dio el contacto con la humanidad. Y la razón de ello es que él está en ellos.

51 - Se vive debiendo

Bom Jesus, 22-8-1984

Conocí a un «carota» que *vive debiendo*, a crédito. Se llama Newton. Es joven y robusto. Nadie lo diría, pero es esclavo del tendero que vende de fiado la vida de los pobres. El mismo es pobre, y su tienda pertenece a un «grande» para el que vende café, sal, aceite, azúcar y aguardiente. Cuando llega la estación de las lluvias, en el interior todo se para, porque los caminos se vuelven impracticables. No queda más remedio que comprarlo todo más caro en la tienda. Pero no hay dinero, porque no es posible vender nada fuera. Una vez agotada la rueda de amigos, se recurre al trueque «in natura»: una lata de aceite por un kilo de arroz. Cuando se acaba el recurso al trueque, sólo puede recurrirse a lo que no se tiene, o sea, al arroz que plantó el pobre y que no ha cosechado todavía. Este tipo de transacción se llama por aquí «vender el arroz en la hoja», en el campo, antes de granar. El tendero cobra intereses: «Te doy un saco de arroz y dentro de tres meses me devuelves tres». A esto se ha reducido la vida del pobre: a una verdadera esclavitud.

El vecino de casa, tan desmantelado como los demás, ha aprendido bien la lección de los «grandes». Newton se considera afortunado por haber conseguido de un vecino tres sacos de arroz, por los que le deberá seis. El tendero le pedía nueve.

«¿Se acabó el arroz de la última cosecha?».

«Es que lo estaba ya debiendo “en la hoja”; el pobre *pasa la vida debiendo*. La necesidad obliga y la gente no vive; pasa por la vida».

Cuando el señor Antonio, un medio-propietario, entró en la habitación, la reunión se vino abajo. Tiene una idea fija en la cabeza: los pobres son holgazanes, indolentes, bebedores. La tierra es muy fértil; bastaría con que plantasen. Pero el señor Antonio no sabe lo que significa trabajar duro, sub-alimentado en un clima tórrido, con la única perspectiva de saldar las deudas. Probablemente Newton no saldrá nunca de la miseria en que nació. No es estimulante la vida para el que vendió ya su futuro. «El pobre no vive; pasa por la vida».

Encontré a Juan el día que se despedía del hacendero. Estaba radiante: «Padre, estoy libre del patrón; ahora sí que me siento libre».

No encuentro palabras suficientes, pero tengo para mí que el rico y el pobre son los dos brazos crucificados de esta humanidad salvaje.

52 - El Cristo occidental

Centro de los pernambucanos, 24-8-1984

Salí de viaje lleno de penicilina. El aparejo del caballo me había abierto una herida y se me infectó. Es algo muy común por estos barrios. Pero la infección que más me duele en el corazón es otra: o con los pobres o contra ellos. No puedes imaginarte el impacto que sentí cuando, en la reunión del personal, apareció el señor Antonio. Y más aún, cuando apareció luego el tendero de Bom Jesus. La lucha de clase. En aquel momento sentí que no se trataba de una teoría, sino de una realidad, porque son los ricos los que atacan con la lucha preventiva del capital a la mano de obra de los trabajadores. Atacan al poder adquisitivo del pobre promoviendo aquellas leyes de mercado, de financiación y de producción que destrazan a tantos inocentes.

Ahora me pregunto si la iglesia puede impedir a los oprimidos que se defiendan. Ayer se alienaba al pueblo con la limosna, con la beneficencia, con el asistencialismo; hoy, si no se pone cuidado, en nombre de la caridad o de un amor falso, se corre el peligro de quitarles a los pobres su derecho-deber de exigir justicia. No es necesario apelar a Cristo para justificar la legítima defensa; basta con ser persona para hacer valer el deber y el derecho de defender a los hijos contra cualquier agresor. Se habla mucho de historia de la salvación. Pues bien, los «condenados de la tierra» quieren ante todo la salvación de la esclavitud de la verminosis, de la diarrea, del arroz prestado a uno por tres.

Doña Lourdes se me presentó llorando. A la orilla del río, un llorar sofocado, mudo como el bosque que nos rodea. Desde el año 1969 no había visto a un cura, porque nunca había salido de aquí. Su hija asesinó a un hombre y nadie sabe por qué. Y llora. Se pone de rodillas y se confiesa: un alma sencilla como las florecillas de la selva.

También vino a desahogarse Dorival: «A un hombre le resulta difícil llorar, pero yo lloré...». El fuego le había destruido la casa y se quedó con lo puesto y con «las manos en la cabeza». «Estábamos apretados. Oímos decir que en Goiás habían distribuido tierras y nos fuimos para allá. Pero sólo encontramos malaria. Fuimos a Pará y ahora estamos aquí, en el bosque de Pindaré trabajando en tierras ajenas». El *Cristo occidental* no sabe nada de todo esto. Su teología navega solamente por aguas tranquilas o por los espacios lunares, lejos de la fealdad de este mundo. Han hecho de él un pietista anestesiado y neutral que no toma partido por respeto a los «grandes». Un Cristo que se limita a decir misa, a bautizar y a registrar matrimonios en medio de mil sermones, todos ellos elaborados de tal manera que dejan las cosas como están. Muchas palabritas espirituales, palabras bonitas en nuestras catedrales, perfectamente inocuas. Palabras que más bien hacen daño a los sencillos porque los drogan. «Los pobres están hechos para sufrir como Jesús...». Tenemos allí un Cristo que no sabe conjugar nada en plural; será cualquier cosa, menos un hombre, porque un hombre llora con el que llora y ríe con el que puede reír.

Según las previsiones del año 2000, tendremos 1.300 millones de hambrientos al terminar este siglo. Los países industrializados tienen ya dispuesta la «solución final» para que dejen de nacer los predestinados al hambre. Pablo Richard dice: «El enemigo fundamental del mundo capitalista son los pobres del tercer mundo. Las amenazas contra el sistema no vienen del este, sino del sur».

Lo que está sucediendo en este hemisferio no puede dejar indiferente a nuestra historia; es preciso comenzar a hablar del *pecado de occidente* y de la complicidad de todos en ese pecado social y colectivo. Del pecado de una civilización entera que concibe la vida como competición,

lucha de clases camuflada con una palabra inocente, como libre competencia de intereses egoístas. Y llega a justificarlo todo con el evangelio, abusando de la parábola de los talentos. Con esta lógica, también Hitler tenía razón cuando decía: «Mi pueblo está mejor dotado que los demás; por tanto, ha recibido de Dios la misión de dirigir la historia».

Occidente repite hoy esta hazaña; se presenta en la escena del mundo como símbolo y defensor de la *civilización cristiana*, capitalista, prepotente y exclusiva. Y el juego está abierto para todos, tanto para los individuos como para los pueblos. Su regla maestra es siempre la misma: la competición y la zancadilla, dentro de la más bella libertad. Así es como hay personas que pisotean a las personas y a los pueblos. Y se considera todo esto como algo natural. Es verdad; una vez aceptada la regla del juego, las consecuencias son claras: vencidos y vencedores. Vencidos en el producto bruto, vencidos en la renta *per capita*, vencidos en el consumo de energía, en el consumo de carne, de pan, de arroz.

Fíjate: el capitalismo internacional está a punto de estrangular a los pueblos jóvenes, basta el punto de que podemos hablar de «sociedad de delincuencia» o de «banda armada» contra los pobres. Sus armas son supersofisticadas: estrategias y contra-estrategias económicas, agresiones de tipo financiero, préstamos vinculados y con intereses imposibles, leyes de mercado proteccionistas.

Y occidente lo justifica todo; la economía es la nueva arma de dominio sobre los pobres, la usura internacional es una nueva manera de ganar, la competencia es el alma de la actividad humana... con la bendición de los capellanes de los pelotones nucleares.

53 - La niña en la basura

Casa parroquial, 26-9-1984

Todavía me causa náusea el hedor de la muerte. En la hora de misa llega doña Teresa con la noticia macabra: dos mujeres han encontrado a una niña recién nacida en la basura. Luego supe los pormenores: «Al volver del mercado, subiendo por los lados de la gruta que excavó la lluvia, a la altura de la calle Tiradentes, mi amiga me hizo notar que en medio de las inmundicias había algo parecido a una pierna de niña. Bajé. Aparté una nube de moscas y vi claramente que se trataba de una niña ya en estado de descomposición».

Fuimos a aquel sitio en procesión. Al frente los niños llevaban una gran cruz negra. Junto a aquel montón de basura había una multitud de personas y un hombre sin camisa mostraba una caja de cartón con los restos de una niña recién nacida. Algo trágico; todos querían verla de cerca, pero no había más que dos piernecitas hinchadas y un cuerpecillo deshecho, nada más. La palabra que todos repetían era: «¡Qué horror!», mientras que los niños cantaban:

«Se acercaban los niños a ver a Jesús; querían pedirle su santa bendición».

Regresamos y pedimos perdón a Dios en nombre de toda la ciudad. No conseguía hablar. ¿Qué podía decir ante una inocente que entre todos habíamos arrojado de aquel modo?

Tenía ganas de decir: «¡Oh cielos! ¡No miréis los horrores de que somos capaces! ¡Dios mío, cierra los ojos; no queremos que veas lo que han hecho tus hijos!».

Pero un nudo cerraba mi garganta. Los niños, todos juntos, invocaban: «Padre, no queremos morir así; nosotros queremos vivir».

Una mujer del pueblo trajo una vasija de agua. Con ella bendijimos aquel cuerpecito y un anciano sugirió el nombre: María de los Ángeles.

En el cementerio, cuando todo estaba ya dispuesto para enterrarla, llegó otro angelito, víctima de diarrea. Los sepultamos juntos, en el mismo lugar, como una sola semilla que engendrará piedad en el futuro, indignación y sentido de culpa.

Estuve charlando con la madre de María de los Ángeles en la cárcel; no conseguí ver sus ojos. Con enorme apatía me tendió la mano que parecía la de una difunta. Se justificaba diciendo que la niña había nacido muerta. En la ciudad todos saben que aquello fue el fruto de la miseria: la mujer vivía en una casita junto a un enorme socavón abierto a la carretera por las grandes lluvias. La miseria hace mucho más que las aguas subterráneas que devoran las casas y las calles: devora las conciencias.

En la celda de al lado estaba el «monstruo» de la ciudad: había desfigurado el rostro de Jerónimo a navajazos. En la penumbra surgió el único ojo que le queda.

«¿Qué ocurrió?».

«Jerónimo estaba borracho y quería que le devolviera los 10.000 cruzeiros que le debía. Le pedí que tuviera un poco de paciencia, pero él se echó sobre mí con un palo. Mire mi cabeza. Yo estaba cortando leña, perdí la cabeza y me defendí».

Las madres llaman a sus niños diciendo más o menos así: «Si no vienes inmediatamente, llamo al hombre de la navaja».

54 - Desde la posición de los pobres

Córrego Novo, 10-11-1984

Hace dos días que me encuentro hospedado en casa de doña Francisca. El poblado es una única calle central, la calle del comercio, con una periferia que, como todas las periferias, es horrible. Quise hospedarme adrede en una casa de pobres. El sufrimiento que causa la pobreza presenta tantos matices que nunca acaba uno de descubrirlos. No se descubre, por ejemplo, si el punto de observación es la calle del comercio, la casa de doña Chiquita, la mujer del hacendero, o la de doña Dalva, la mujer del carnicero. Los pobres revelan la dura realidad sólo al que está en medio de ellos. Con mucho pudor. También hay dignidad en la pobreza.

Hace 32 años que Alberto, marido de Francisca, trabaja en el campo sin tener un palmo de tierra: «La mayor dificultad de la vida es vivir de prestado».

Siempre ha estado cultivando tierras ajenas. Un tanto sesudo, parecía haber perdido hacia tiempo el gusto de vivir. Nunca lo vi sonreír. Cuando yo me levantaba, él ya había salido a trabajar. El hijo de doce años salió con una pala a las seis de este domingo, para hacer carbón. Lo observé ayer, mientras comía con su hermano; ni una palabra. Lo devoraron todo en silencio. Arroz con judías, evidentemente. Yo mismo pasé dos días casi únicamente con este tipo de alimento. Digo «casi», porque los pobres no quieren que el padre lo pase tan mal como ellos; compraron, para mí y para ellos, medio kilo de carne. Doce bocas para comer y cenar.

Edimar, el vecino, vino a charlar a la luz de la lámpara: «La gente lucha y no ve ninguna solución. La vida es un caso serio».

Y Francisca: «El pobre no vive; va pasando la vida. Pero el que se apoya en Dios no cae; ¿verdad, padre?».

Alberto es paupérrimo, pero cedió una casita que le servía de almacén al señor Vicente que acababa de ser despojado de sus tierras, junto con cuatro compañeros, en el mismo momento en que estaba preparándose a sembrar. Sucedió que el Chiquino, 900 alqueires, lo vendió todo, hasta la vida y el trabajo de los arroceros, que habían conseguido del gerente la licencia de plantar. Le ofrecieron 15.000 cruzeiros de indemnización, cuando el valor era de 70.000 por alqueire. Hoy las cinco familias están sin tierra, sin trabajo y sin futuro. Tiene razón Edimar cuando, entre suspiro y suspiro, dice: «La vida es un caso serio».

Con doña Francisca hice la cuenta de lo que gastaría su familia de doce miembros, para ir pasando. Cada día debería comprar:

- 6 kilos de arroz	6.000	cruzeiros
- 1 kilo de judías	2.500	»
- medio litro de aceite	1.500	»
- 250 gramos de café	1.100	»
- 1 kilo de azúcar	1.200	»
- manteca	1.200	»
- medio kilo de cebollas	1.000	»
- harina de mandioca	800	»
- queroseno	700	»
Total:	16.000	

El día de trabajo lo pagan a 5.000 cruzeiros. Esto te da las dimensiones de la angustia del pobre. Y fijate que en la cuenta no entran la verdura, la fruta, la carne, el queso, las pastas... Cosas de otro mundo: ¡ni soñar!

No conseguí dormir. Tuve la pesadilla de los 16.000 cruzeiros necesarios cada día para sobrevivir. Por la mañana, un café muy ligero. Y observa que la preocupación de doña Francisca era la de que lo pasase bien el padre. Le pregunté por qué Jesús buscaba la compañía de los pobres y me respondió: «Jesús no se siente a gusto entre los ricos, porque andan muy llenos. El pobre acoge al otro pobre».

Tengo programada aquí una reunión con los catequistas de las comunidades de alrededor. El camino que lleva de la casa de doña Francisca a la capilla resulta un verdadero Calvario, al ver a los niños trabajando haciendo carbón. Había preparado un montón de ideas bonitas para los catequistas y ahora la pobre doña Francisca lo desmantelaba todo. Bastaba con ver a aquellos carbonerillos para desmotivar toda mi catequesis sobre Dios-amor.

Dos días terribles, atormentado entre lo que creo de Dios y lo que veo en los hombres. Se siente hundirse la tierra bajo los pies, créeme; se pierde la claridad de la propia identidad; se ve uno como perdido en medio de los «condenados de la tierra» hablando irónicamente de las felicidades del cielo.

La esposa de Luis está enferma y sin recursos; el señor Vicente, de 28 años, con dos hijas, no tiene futuro; los hijos de Edimar sostienen a la familia haciendo carbón; aquella muchacha odia a sus padres porque son pobres; Lázaro, mendigo de profesión desde la infancia, con 68 años, no ha conocido padre ni madre... ¡Y yo aquí, ofreciendo a esta gente la imagen de un Dios atractivo, una religión agradable, un catecismo fácil...! ¡Es terrible!

Alguien me dijo: «Si era para quedarme pobre, no sé por qué he nacido».

Hablaba en nombre de millones.

55 - La ausencia de Dios

Casa parroquial, 11-11-1984

En el viaje en autobús de regreso a casa, todo me parecía un sueño. Por la ventana veía las sombras de la noche descender sobre mi pesadilla: ¿será este mundo tan injusto un fruto de mi imaginación? ¿Será éste el mundo que Dios quiere? Este mundo no puede existir; tiene que ser una figuración mía, un mal sueño.

Sin embargo, en mi memoria volvían a surgir las historias de doña Francisca, de Alberto, de Edimar, del señor Vicente. Y en el fondo de mi ser bullían cosas que eran realidades, figuras concretas en el universo de los pobres que constituyen mi horizonte. Me sentía en un mundo sin Dios, como si el ateísmo se me impusiese con una fuerza mayor que yo. Esta sensación debe de tener algo en común con la hora de las tinieblas que experimentó Jesús en la cruz: la *experiencia de la ausencia de Dios*. Son las profundidades de nuestra humanidad las que claman con la humanidad de Jesucristo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

En un mundo donde impera la injusticia, Dios se oculta.

La injusticia hace imposible cualquier discurso sobre Dios. Impone al mundo un *status* de ateísmo. El verdadero ateísmo es la negación del hombre, porque al negarse a la criatura se niega al creador. Dios está ahí, muerto, en la muerte cotidianamente abominable de sus hijos.

El entró en la historia de los hombres como el Dios de la vida: el Dios de la vida en plenitud. El que toca la vida, toca a Dios, que no es solamente el Dios de la vida de los cristianos, sino el de todos; le interesa la vida de los budistas, de los indios, de los ateos, como la de los cristianos. Y nosotros hemos hecho un Dios «cristiano» para nuestro uso y consumo; hemos hecho de él una propiedad nuestra. Pues bien, el hambre no es un mal que toque a un Cristo «católico», sino al hijo del hombre que impone el respeto para su sed de dignidad en cualquier ser humano, sea seguidor de la religión o de la ideología que fuere. Quiero decir que el discurso sobre la justicia es pre-cristiano; antecede a cualquier religión. Es imposible conjugar a Dios, si no aprendemos antes a conjugar el hambre y la sed de cualquier hijo de hombre. La justicia no es una bandera católica. Es humana. Donde se da un estado de injusticia, allí reina soberanamente el ateísmo.

El boletín de la CPT (Comisión pastoral de la tierra) ha publicado un documento con el título: «Ayúdanos a salvar la vida del nordeste. Estamos luchando contra la muerte». Transcribo algunos párrafos: «Es el sexto año de sequía y de injusticia; por todas partes hay familias enteras que se mueren de hambre. Toman un vaso de agua con sal para poder dormir; hay madres de familia que pasan cinco días sin encender el fuego porque no tienen nada que cocinar; la gente se desmaya por la calle; los padres de familia no duermen, preocupados por el hambre de sus hijos; la mortalidad infantil está alcanzando índices nunca vistos; recientemente, el hambre está causando cegueras; hay casos de ceguera nocturna por falta de vitamina A; hay innumerables casos de deshidratación, de tuberculosis, de fiebre; un trabajador ha muerto cuando iba a retirar el subsidio. Estos hechos no son hechos aislados, sino millares y millares».

Parece un boletín de guerra que denuncia nuestra derrota en humanidad. «Para el gobierno, decía un amigo, es mejor que el pueblo no piense. El pueblo debe tener sólo una preocupación: dar de comer a sus hijos. Sería peligroso que el pueblo comenzase a pensar; sería el comienzo del fin».

El autobús corría hacia el interior de la noche. Todo oscuro, fuera y dentro de mí. Sentía miedo en esta experiencia de abandono. Por primera vez viví la ausencia de Dios. Por eso las

teologías occidentales no se sostienen ante el impacto de la lava incandescente que surge del Calvario de la América Latina.

Doña Francisca era animadora de una comunidad en la que todos eran de la misma condición social. Hace algún tiempo, cuando se trasladó a Córrego Novo, no la vi nunca abrir la boca en las celebraciones. ¿Qué podía tener en común con doña Dalva, con doña Chiquina? Ellas comen carne todos los días y sus hijos están bien alimentados. Ella no lo dice, pero en el fondo percibe que su Dios no es el mismo que el de esas señoras. No sabe condenar, pero tampoco sabe hablar.

Los primeros cristianos entendieron inmediatamente que no era posible permanecer neutrales, apáticos, ausentes, porque del uso de los bienes es de lo que depende la vida de los hombres sobre la tierra. No fue una casualidad que propusieran el uso *común de los bienes*, en contra del uso individualista que caracteriza precisamente a los no-cristianos. Se apagó demasiado pronto la historia de aquellos pocos días de luz fraternal, cuando «todo era común, ninguno de ellos pasaba necesidad, cada uno usaba de los bienes según los necesitaba».

El cristianismo interpretó aquel soplo del Espíritu como utopía, como un sueño de visionarios. Prefirió forjar entonces una religión de culto, de doctrinas, de limosnas y de beneficencia. Enseñó que es imposible administrar los bienes de la tierra sin que se contamine el alma, lanzando, con buena fe, la mayor ofensa contra el creador de las cosas «muy buenas».

Mientras tanto, llegan noticias de Etiopía, donde las madres ya no alimentan a los hijos inapetentes para no quitarles la comida a los otros.

56 - Muerte injusta y prematura

Casa parroquial, 5-12-1984

Te voy a contar solamente lo del día de ayer. A las siete se presenta un «cristo» peregrino y pide un plato de comida. A las nueve, una mujer trae a su «cristo» deshidratado para que lo bautice. Poco después llega Gilson: «Padre, yo no tengo a nadie, ni padre ni madre. Mi casa es este sombrero que me cubre la cabeza. Necesito alguna ayuda para comprar medicinas». Y fíjate que Gilson, aquí, es una legión.

Dime cómo es posible permanecer impasible, sin reaccionar. Dime si la doctrina segura, si la infalibilidad o una oracioncilla del breviario consigue calmar el corazón y la mente.

Me llamaron para que fuera a confesar a Juan. Hay situaciones que nuestro vocabulario no consigue retratar. Te diré lo siguiente: entré en aquel chamizo, donde nada daba la impresión de que se tratase de una habitación humana. Sin embargo, el buen viejo quiso confesarse para acoger la muerte con ropa nueva.

Me contó su vida, compungido. Yo miraba aquellas paredes que no eran paredes, aquellas tejas que no eran tejas, aquella casa que no era casa. Y allí, dentro de mí, sentía crecer la vergüenza más profunda. Era yo el que tenía que confesarle a él mi pecado, pues reconocía llevar en mi interior un mundo aprovechado y me sentía responsable y culpable de las condiciones inhumanas en que él vivía. Yo, como tú, deberíamos postrarnos de rodillas ante todos los Juanes del mundo y pedirles perdón.

Religiosamente, Juan se envolvió en la hamaca aguardando la muerte. Salí de allí con el corazón en tumulto, pues sabía que él había sido asesinado por mí, con una *muerte injusta y prematura*, y por todos los que matamos en él la dignidad humana.

57 - Jirones de humanidad

16-12-1984

Lo reconozco; a veces me da miedo salir de casa. Tengo miedo de encontrarme con esos *jirones de humanidad*. Me hieren por dentro; me cortan el alma como la reja de un arado que surca la tierra. No es posible resistir el desafío de los pobres, la ofensiva de sus miradas llenas de tristeza. Mi mal es que no consigo acostumbrarme; cada día vuelve a abrirseme la misma herida: ver y no poder resolver, ver y sentirme cómplice.

También reconozco que siento la tentación de evadirme del campo de concentración de la miseria. Mañana tendré que ir a visitar a los enfermos, pues hace tiempo que me esperan. Tendré que entrar en aquellos chamizos, respirar el hedor de la muerte prematura, constatar el pecado capitalista en la carne del pueblo. Tendré que llamarlos con sus nombres: Mundica, José, Raimundiño. Resultados de un sistema, de una culpa acumulada y común.

Me aplasta la impotencia; la exaltación del individualismo, la flor de la cultura occidental, se convierte en mi condenación, en una especie de castigo. Quizá por esto me cuesta tanto visitar las casas pobres de mis amigos. La cultura del individuo que absorbí de la educación que me han dado debería ceder ante la cultura del hombre como ser comunitario, miembro del pueblo, parte esencial de un todo.

El sistema individualista nos ha educado en el indiferentismo y, en último análisis, nos ha hecho cómplices de él. Ahora es preciso cambiar de rumbo; si hasta ayer predicábamos el pasivismo, la acomodación, la resignación y la ideología del «yo cumplí con mi deber», hoy tenemos la obligación de *predicar lo contrario*. En nombre de Dios hemos impuesto el fatalismo, la ineluctabilidad de la pobreza y el conformismo; ¿podrá hoy la iglesia imponer la obediencia a todos los que andan por ahí ensuciando la historia?

No está permitido transformar una realidad de muerte en cuestión doctrinal. La preocupación de los «grandes» parece ser la de salvar «una» doctrina, mientras que nosotros aquí, cara a cara con la muerte, dentro de la miseria engendrada por la violencia sofisticada, con los niños que tienen prisa por morir, percibimos que hay algo que viene antes de la doctrina.

La última víctima de la ciudad se llama Pascual: 54 años. Ayer tarde lo llamaron para transportar una carga. Su esposa se lo desaconsejó, sospechando que se trataba de un ladrón. Pascual cogió el revólver, se buscó dos navajas, llamó al chófer y fue. Volvió esta mañana con dos balas en el cuerpo. Y en casa, aquella desesperación de las niñas que lloran la muerte del padre.

De noche mucha gente sale armada. Yo pensaba: ¿quién podría prohibirles que se defendieran? Pues bien, de la misma forma podríamos decir que no es lícito impedir a los pobres que se defiendan contra los sistemas opresores. Desde el lado europeo es fácil apelar a principios doctrinales, al peligro de éticas amorales. Pero aquí, para nosotros, la realidad misma es inmoral, inhumana.

La multitud de los pobres nos impone la rendición. El fallo histórico es la ausencia de una antropología que reconozca y respete la autonomía del hombre. Un humanismo sabio no nos habría llevado a imponer la resignación y un régimen asistencialista; no nos habría impuesto el silencio ante los pueblos esclavizados, colonizados, diezmados y usados como cobayas para el bienestar de los poderosos. Y hemos tenido el coraje de decir, entronizados en una historia de hogueras y de cruzadas, de anatemas y de procesos equivocados, de condenaciones más de la

izquierda que de la derecha, que la iglesia posee *la verdad cabal sobre el hombre*. Después de dos guerras mundiales en la cristianísima Europa, después de una historia de campos de exterminio, después de un apocalipsis ensayado en Hiroshima y Nagasaki, no es posible aceptar tranquilamente esta afirmación. Todavía humean los hornos crematorios; las cenizas de seis millones de seres humanos volatilizados por la conspiración del silencio todavía están calientes. Y no ha cambiado nada. Continúan las alertas sobre la ortodoxia, las amenazas, las invitaciones *ad pedes*. Pero no hay prácticas diferentes de vida.

El pueblo ha sido considerado siempre como un apéndice, un accesorio. Ha contado poco en la historia de la cristiandad, ya que le trazaron siempre el rumbo que tenía que seguir. Y ahora estamos con las manos vacías, sin saber qué responder a las masas hambrientas. Hambrientas de pan, ante todo. Y luego, de dignidad. De la dignidad mínima, que es poder oír su propia voz y trazar su destino. Todo estaba ya establecido para el pueblo, hasta el partido a quién votar. Ahora aparecen los mares de miseria y los océanos de lágrimas; se ha descubierto el nuevo continente de la miseria impuesta; salen a la luz la violencia y la injusticia institucionalizantes que crean la dependencia humillante de pueblos enteros. Y la constatación más amarga es la de que los pueblos ricos y opresores se confiesan cristianos.

Se hunden los fundamentos de la teología europea y quizá sea porque se ha prestado al juego de la ideología dominante y ha apoyado el *statu quo*, o ha entorpecido las conciencias y corrompido el sentido de la justicia, confundiéndolo con la limosna. Lo veo dentro de mí mismo; al ver tantas muertes injustas, llegué a pensar en construir un hospital. Luego me di cuenta de que, salvando a uno, mueren mil. Hasta los bienhechores de la humanidad han sido instrumentalizados para perpetuar el sistema; los exaltan y los convierten en héroes, esto es, en hombres inimitables y únicos. Se insinúa así la justificación de la inercia de los demás: ¿no todos pueden ser como la madre Teresa! Los santos que necesita el mundo de hoy son hombres apasionados por el cambio radical, mártires de la libertad social y política. Una santidad totalmente humana y secular.

58 - Los regalos de navidad

Casa parroquial, 27-12-1984

Pasó navidad sin que cambiasen nada las cosas. Los pudientes compraron nuevos regalos para sus hijos; los pobres tuvieron el regalo de siempre: el hambre. También para mí llegó el regalo de navidad: una verminosis.

El día de navidad, doña María Raimunda permaneció en la iglesia hasta las diez y media. Yo no lograba entender por qué se retrasaba tanto, ya que el almuerzo suele ser a las once y ella vive bastante lejos, dentro de aquella cueva excavada por las lluvias. Le pregunté qué había puesto a cocinar en el fogón: «Un puñado de judías; pero ahora voy a dar una vuelta por la ciudad para ver si consigo un poco de arroz». Hablaba con una serenidad casi irritante. Le di un poco de arroz y ella insistió en que era demasiado, que había otros más necesitados.

Salí y me dirigí a la calle Tiradentes. Un grupo de mujeres, sentadas, sostenían una animada conversación. Doña Alzira interpretó el sentimiento de todas: «Si la gente de esta calle come carne dos veces al mes, puede considerarse rica. Tiene que tirar adelante con el poder de Dios».

En la iglesia me emocioné al hablar de «un niño» que es la esperanza del mundo; que él nos sonrío y nos conquista; que él nos lleva a amar la vida; que es el mayor desafío a los poderosos; que navidad es la fiesta de los pobres. Pero sentía que me fallaba el suelo bajo los pies, como a las 271 familias, cuyas casas están suspendidas sobre el valle que las aguas torrenciales siguen ahondando.

Murió el viejo Juan. Menos mal para él que acabó de toser.

Joaquín me decía: «En la tierra estamos de paso; paseamos por el mundo».

El hijo de doña Antonia murió electrocutado en su puesto de trabajo, a los 16 años. Y ella: «Dios se lo llevó, porque le gustaba; era un buen chico».

La hija de Serapio murió de parto: «Se transformó para la otra vida».

María fue abandonada por su marido; estaba enferma con tres hijos: «¿Quién nos podrá sostener? Sólo Dios y la santísima Virgen».

Y una viuda: «Nadie puede enfadarse con Dios. El se llevó a mi marido, porque le había llegado su hora».

Luzilena, una prostituta, quería enseñarme a su hijo: «Tendré que abandonarlo, porque no tengo qué darle de comer».

Me llamaron para que fuera a oír la confesión de una... muerta; diabética, de 42 años de edad. Ella no habla; por ella habla su marido: «Hice todo lo que pude; me lo gasté todo». Y sigue con una historia muy larga. Yo solo pude confirmar lo que él decía: «Lo mejor es entregar a María en manos de Dios».

Entre vosotros, los periódicos darían mañana la noticia: «Una mujer de 42 años muere por incuria: crimen blanco... ».

Aquí, como hay miles y miles de crímenes blancos, nadie rechista.

59 - "... simplemente no existen..."

Casa parroquial, 5-1-1985

Las novedades del año nuevo 1985 son las lluvias devastadoras. Doña Ana vino a contarme su caso: «La lluvia se lo llevó todo. Llegaba hasta la altura del cuello. Estaba desesperada. A medida que el agua invadía un cuarto, pasaba los hijos al otro. En medio de la oscuridad. Acabó llenando toda la casa. Entonces grité. Gracias a Dios, el vecino me ayudó, arriesgando su vida, porque el agua era violenta. Le pasé mis hijos por la ventana. El mayorcito pudo salvar el más pequeño cargándoselo en la cabeza. Pero todo lo que Dios manda es bueno y no nos podemos quejar. Mandó la lluvia y la lluvia es buena. Gracias a Dios, estoy viva y puedo contar esta historia».

Fui al lugar rodeado de un montón de niños. La casa está llena de barro. Estamos sobre una hondonada, donde, con la casita comprada por 300.000 cruzeiros, doña Ana casi compra la muerte para sí y para sus diez hijos.

Walter me decía en confianza: «La mayor parte de los que viven junto a la calle sobre la hondonada no existen para el estado. No tienen derecho a votar, no sirven para el ejército; es gente miserable desde hace años. Prácticamente no tienen existencia legal. *Simplemente no existen*. Los pobres no son ciudadanos, no tienen instrucción, ni educación, ni profesión. No son nada. El estado prefiere ignorarlos o dejarlos como están. En víspera de las elecciones, es fácil manipular a unos cuantos electores: basta con una camisa, con un par de zapatos, con un poco de arroz. El sistema vive y se sostiene de ese modo».

Comí en casa de doña Josefa: «Padre, soy pobre; pero me basta la gracia de Dios».

Celebré la misa frente a su casa, donde se concentraron todos los pobres del valle. La colecta en favor de doña Ana dio 3.200 cruzeiros: el valor de dos kilos y medio de arroz. Sus hijos podrán vivir un día más. Luis, ayudado de sus muletas, contó la historia del pobre Lázaro. En el comentario dije que no tenemos que condenar a los ricos.

Volví a casa deshecho; una vez más, mi religión entró en el juego del sistema. Hablar de vida en medio de la muerte, de paz en el centro de la agresión, de amor y de resignación encima del hambre. Yo sé que el egoísmo ataca tanto al corazón del rico como al del pobre; sé que la verdadera revolución tiene que realizarse dentro del corazón humano; sé que la propuesta de «vida nueva» es un cambio radical que no puede imponerse por la fuerza. Pero la justicia, sí; hay que imponerla...

No es posible ser *ministro del amor* donde fallan los *ministros de la justicia*. Si nos proclamamos hijos del «Dios de los vivos», si queremos que la vida viva, no podemos dejar de predicar la reacción contra los sistemas de muerte.

60 - Oprimido: ¿hecho o nacido?

Casa parroquial, 23-1-1985

Estoy viviendo un enorme conflicto: querer ser uno de ellos sin conseguirlo. Dentro de mí chocan dos mundos, y hoy siento que no pertenezco ni al uno ni al otro: me he negado a ser opresor, pero no consigo ser igual al oprimido. Quizá sea porque *el oprimido no se hace, sino que nace*.

A pesar del esfuerzo, creo que no me será posible identificarme con un pueblo que sobrevive con arroz y judías; hay algo de intransferible entre nosotros. Una especie de incompatibilidad entre dos maneras de ser, o hasta de dos naturalezas: la del rico y la del pobre. Ellos, los «no-hombres», llevan una vida por debajo del nivel de tolerancia de la dignidad humana, por debajo del nivel mínimo de alimentación; y yo, al intentar reducir las distancias, llego al borde del colapso, con una presión arterial de siete por cuatro.

Aproveché el paso por el hospital, acompañando a un pobrecillo, para hacerme un pequeño chequeo. El médico hizo el diagnóstico: desnutrición. Para un hombre que mide un metro setenta y dos de estatura, 61 kilos de peso significan que está ocho kilos por debajo del peso medio. Mientras me inyectaban un frasco de suero, me sentí en las mismas condiciones de Francinete y de José Cassiano; podía decir que estaba más cerca del desnutrido, del anémico, del pueblo que lucha por malcomer. Pero, pensándolo mejor, me siento cerca y distante al mismo tiempo; yo, incluso aquí, tengo al médico por amigo y me están tratando con muchos cuidados; «ellos» no tendrán nunca estos privilegios.

Nunca llegaré a entender ciertas cosas. Somos demasiado diferentes. Cada mañana, al levantarse, el pensamiento de doña Dalgisa es la comida que permita a sus hijos pasar el día sin llorar de hambre. Yo nunca tuve esas preocupaciones; para ella es una obsesión. Es el tamaño de la distancia abismal que nuestra «civilización» occidental ha establecido entre nosotros. ¿Acaso esta incapacidad de hacerse uno de ellos no significa que ningún ser humano tiene que permanecer por debajo del nivel de tolerancia de la dignidad? En mí es todo mi ser el que se rebela, como si fuera la misma naturaleza.

Hace pocos días se me ocurrió una idea terrible: quizás estas notas mías estén instrumentalizando la sangre y las lágrimas de las víctimas. ¿Me será lícito describir la miseria de los pobres, el hambre del que la padece realmente, como medio pedagógico para abrir el corazón de los ricos?

Doña Edelvina me contaba su situación: dos hijas paralíticas, un hijo con tuberculosis y el marido enfermo. Me hablaba y sus lágrimas caían silenciosas, casi furtivas. Me dolían por dentro. Al día siguiente, le fue a contar las mismas cosas a la hermana. Tenía razón doña Creusa: «El alivio del pobre es desahogarse con alguien».

Pero estas lágrimas, te lo aseguro, arrancan el corazón, cortan el aliento, matan la palabra. Desarman. Y uno se siente como un gusano ante la sustancia humana pisoteada por sus propios semejantes.

Eduardo me refirió una frase conocida por aquí: «El que gusta de la miseria, es un intelectual; al pobre le gusta el lujo».

Es lo que intentaba decir a propósito de la instrumentalización de la miseria: algo molesta y duele cuando se oye hablar de ella como si fuese una noticia interesante, un «gancho» periodístico, una atracción, una curiosidad. Las «noticias» sobre los empobrecidos llevan sangre

y sólo los que sufren tienen derecho a mirar el dolor convertido en hacha para aplicar a las raíces del sistema. Y fijate que el lujo que, en algunos, es la causa última de la miseria de muchos, para el pobre es un simple plato lleno de comida.

Te acompaño un trozo de papel con el recado de Dalgisa; consérvalo como una reliquia, porque el hambre y el llanto del pobre son sagrados. Dice así: «Padre, por amor de Dios, le pido que me atienda. Mire, padre, estoy muy enferma. No puedo levantarme. Tengo mucha fiebre y hoy no tengo nada para comer. Mis hijos irán a acostarse sin cenar, porque no tenemos nada. Quien escribe es Dalgisa».

Es una de las 34 madres de familia que ocuparon la escuela, porque las lluvias les habían devorado la casa. Los políticos intentaron dividir a este pueblo de todas las maneras, lanzando a unos contra otros; luego recurrieron a las amenazas. Puedes imaginarte la procesión de gente desvalida a la parroquia, en busca de apoyo y de aliento. No tanto el aliento espiritual que los «occidentales» os imagináis; aquí, el aliento es un puñado de arroz. Todo lo demás es un lujo. Después de dos meses de resistencia, consiguieron un lote de tierra para reconstruir la barraca. Teníamos un plan de trabajo comunitario, pero fue un fracaso. Como naufragos lanzados a tierra firme, cada uno se preocupó de sí mismo. En el fondo, ¿qué puede esperarse de una gente que busca sólo sobrevivir? Volvieron varias veces a pedir arroz. Sólo arroz. Una vez más, tuve que constatar entonces claramente el resultado de la limosna: los hace eternos dependientes, hombres de segunda categoría, criaturas incapaces de vivir sin el cordón umbilical. Finalmente, dialogando con ellos se consiguió que ellos mismos entendiesen que era su derecho y su deber exigir una indemnización.

Para nosotros es imposible juzgar los límites y los defectos de los pobres. Y aunque pudiésemos, no tendríamos derecho. Solo el pobre puede juzgar al pobre. Por eso, el día del juicio final, será el hijo del hombre el que juzgue a los hombres. Y no será un “hijo del hombre cualquiera”, sino uno que sabe lo que es el hambre y la sed. Para mí, el juicio es más que una parábola. Es un mundo. El mío, el nuestro, el de Adalgisa, el de Raimundiño, el de María de los Ángeles, el de Francinete, el de todos los niños de cera. Sentimos que Cristo está con nosotros. No solo con los cristianos que pasan hambre, sino con todos los hambrientos, porque el hambre no es católica.

Lo que más impresiona en el juicio es que allí no habrá ninguna alusión a motivos o prácticas religiosas. Todos serán convocados, no solamente los cristianos. Hasta los elegidos se sorprenderán: «¿Cuándo te dimos de comer?». Cristo se presenta allí como un hombre que defiende al hombre. Para reconocerlo basta con ser hombre. ¿Por qué los cristianos siguen insistiendo en la propuesta de dar de comer a los hambrientos en nombre de la caridad y del evangelio? El juicio se fundamenta en la simple ética natural; de otra forma, el juicio no podría exigir de todos, cristianos y no cristianos, el respeto por toda hambre y toda sed. El cristiano no puede atribuirse como propio lo que es común a todos. No puede apoyar la especificidad cristiana en la solidaridad, en la justicia, en la legítima defensa, en la paz, porque éstos son valores que todos los hombres reivindican. Los «derechos humanos» son la biblia de Dios escrita en la carne de todos los pueblos.

La base de la religión de Cristo es el hombre. Entre todos los cristianos hay en común una religión particular; entre todos los hombres existe en común la humanidad. Cristo no se niega a ser pariente de un ateo, consanguíneo de un budista. El dolor, el llanto, la necesidad, la opresión, son los «vínculos naturales» que garantizan este parentesco. Cristo aprendió del pueblo a pronunciar el veredicto del juicio; aprendió de los aplastados como Dalgisa a formular la condenación contra el que no trabaja por construir una sociedad en la que no haya infrahombres.

El pobre (cristiano ó no; en el fondo, poco importa) siente una afinidad instintiva con el hombre de Nazaret, «el hijo del carpintero». Lo siente como de su raza, como su compañero de infortunio. Pero también su protector. Cristo, de hecho, *absolutiza el pan y lo* convierte en razón última de premio o de condenación. El pan es la primera palabra del silabario humano, y el primer pan de la dignidad humana es exacta y únicamente el pan. Yo sentiría mucha vergüenza de decirle a un hambriento que el hombre no vive sólo de pan. La buena nueva, para el que tiene hambre, es el pan mismo. El aforismo de Cristo: «No sólo de pan vive el hombre» tiene que gritarse entre los pueblos ricos y esclavizadores. No puede ser irrelevante el hecho de que el juicio no nos examine sobre la justicia practicada en nombre de una religión, sino practicada en nombre de la humanidad. Exige la justicia con sanción; esto significa que es una ley para todos, cuya observancia es posible para todos. Si esto es así, hemos de admitir que los hombres, por sí mismos, tienen condiciones de dar de comer al que tiene hambre (esto es, vivir según la ética natural) y que es posible pensar en una antropología «secular», autónoma. Si la fe fuese indispensable, no podría pretender de cada hombre el respeto por el hambre. Reivindicar la justicia en nombre de unos principios religiosos es correr el riesgo de hacer una nueva cruzada, de crear ghettos. En el hambre de un solo ser humano estamos todos comprometidos. Las doctrinas y las teologías no hacen ni consiguen lo que tienen poder de realizar las criaturas reducidas al hambre como Adalgisa, como Ana, como esas mujeres fragilísimas que se alimentan de puro arroz con judías: unir todo lo que está dividido.

Me he dejado llevar por la cabeza y salió a flote la manía racionalista del mundo burgués. ¿Ves cómo se rebela y nos traiciona nuestro afán intelectualista? Un discurso de este tipo no les interesa lo más mínimo a mis amigos. La experiencia de la vida que ellos tienen es esencialmente una experiencia religiosa. Ellos establecen su encuentro con Dios tanto en la buena cosecha como en la mala, en la vida y en la muerte, en la salud y en la enfermedad. Nada puede romper en ellos la convicción de que todo sucede por voluntad de Dios. Para ellos es evidente que la lucha por la tierra es cosa sagrada; que es sagrado el arroz con judías de cada día; que Dios está al lado de su pueblo en la defensa de los pequeños.

El camino de la conversión al pueblo del tercer mundo es todavía largo y difícil.

61 - El hambre: la enfermedad de los pobres

Casa parroquial, 12-2-1985

Estoy despierto desde las tres de la madrugada y no consigo dormir; le daba vueltas a lo que me dices para justificar tu silencio: «Es difícil escribir a los que viven en el Calvario».

Realmente, cada vez que entro en las barracas de los «crucificados» de las cuevas, cuando penetro en sus llagas, cuando me introducen en su corazón desgarrado por la miseria, me quedo sin palabra. Me pongo a contemplar y dejo que el Calvario invada el corazón, el alma y la mente. No sé cómo hablar con aquellos que considero víctimas de mi mundo, porque no les puedo mentir.

Pensarás que es una paradoja decir que el sufrimiento es el que nos hace sentirnos aquí con vida, pero ¿es que por aquí hay algo que no sea paradójico?

“¿Cómo vas?”.

“Voy viviendo”.

También aprendí. Con una vida de éstas, es realmente una sorpresa estar vivo todavía.

Han ocurrido las cosas de siempre: en el espacio de una hora se han presentado tres personas declarándose en estado de extrema necesidad. Tenía ganas de decirles que tenían derecho a tomar cualquier cosa con que se encontrasen, o mejor dicho, a defenderse contra el que los defraudó, o mejor todavía, de atacar el latrocinio planificado por el sistema, poniendo el hacha en la raíz. Por el contrario, como siempre, me reduje al discurso de los paliativos: «Tendremos que dar un *jeito*». Almorzaron conmigo.

Por la tarde, vino el doctor Ernani a preguntar si había conseguido alguna cosa para un caso que me había enviado. Se trataba de un niño de tres años que, por medio de una enfermera, había sido llevado al hospital. Diagnóstico: falta de glucosa en la sangre por desnutrición. *Hambre: la enfermedad de los pobres*.

Puedes entenderme ahora cuando digo que los pobres atacan con la fuerza de un huracán. No dejan ni dormir; están ahí para decir que existen, porque sus heridas duelen a cualquier hora. Fue el niño enfermo de hambre el que me despertó a las tres de la madrugada; y ahora sabemos cuál es el virus de esta enfermedad endémica que mata a muchedumbres enteras. Y aquí estoy para combatirla, en el laboratorio del tercer mundo, «pasando por la vida» en medio de los empobrecidos.

Es extraño; tengo la impresión de haber vivido ya una vida y que ahora sólo *me queda sobrevivir*. Como un superviviente que conoció ya la vida y que ahora se sumerge en una forma de existir que se compagina cada vez peor con la vida. No sé lo qué me está sucediendo; los pobres me arrastran hacia ellos y llego a sentirme pariente cercano de Petronila: 84 años, ciega desde hace 14, analfabeta, de órbitas apagadas y ennegrecidas. Llego a tenerle envidia por su fe, por su serenidad, por su experiencia en humanidad, porque ella, en humanidad, es un verdadero monumento.

Quizás esté a punto de morir en mi interior el hombre burgués para que nazca el hermano de los pequeños, de los simples, de los humildes que derriban (¡sí, tendrán que derribar!) los troncos de los poderosos. Se han venido abajo las estructuras de mi ser; mis raíces de ciudadano burgués-occidental se ven comprometidas para siempre. Aprendí a conjugar nuevos «verbos» que traducen la aspiración a la vida de esta gente: «sobrevivir», «pasar la vida», «vivir como Dios quiere», «nacer para sufrir...». Lo que me da miedo es que el mundo en que nací no tiene las más

pequeñas condiciones para desear un cambio, una nueva civilización. Aquí no me queda más que pedir asilo político a los despojados.

El bienestar y el progreso, cuando son privilegio de algunos, son peores que una droga. También aquí hay señales de esto, del mundo capitalista explotador. Están los adeptos al sistema que han aprendido muy bien la lección de la explotación, los que hacen que los peones trabajen en las haciendas de ganado bajo la mirada de las armas, los «gerentes» que golpean al trabajador, lo mismo que éste a las malezas del bosque. Marcos me ha dicho que el «gato» despertó a un peón que dormía la siesta disparándole un tiro de revólver entre las piernas. Sólo para maltratar, para afirmar su superioridad. Y el peón no puede rebelarse, porque es esclavo de la hacienda; recibe un adelanto para el sustento de la familia y luego, incautamente, cae en la trampa. No podrá dejar la hacienda hasta que haya pagado su deuda, que aumenta cada día por la comida y por el tabaco que compra caro en el almacén. Así es este tipo de riqueza: explota el hambre, esa triste y humillante enfermedad.

62 - «La vida eterna está hecha para descansar»

Casa parroquial, 7-4-1985

Estamos en pascua. Doña Ana vino a traerme su regalo: media calabaza y un bollo de tapioca. Un regalo inmenso como la ofrenda de la viuda. Un gesto tan simple abre el corazón, porque la mayor parte de los pobres de nuestra ciudad, incluso hoy, día de pascua, matarán el hambre con arroz y judías. Son pocos los que podrán comer un trozo de carne; poquísimos tendrán un bollo de tapioca.

Me gusta la misa de las siete, porque no se celebra en la parroquia, sino en la capilla de la periferia, donde me siento a gusto. En la parroquia se reúne todo el mundo, una mezcla heterogénea de clases, que llega a hacer imposible el diálogo; comunicar un mensaje que alcance a todos es quedarse en ideas genéricas. La gente tiene que autocensurarse como si tuviera que cortar la verdad en pedazos, o mutilarla, lo mismo que se siente mutilada y frustrada la propia alma. En la capilla me siento mejor. Allí, en los primeros bancos, están doña Josefa, doña Raimunda, doña Lucia. Es la pobreza la que está en primer plano. Pensaba qué podía significar la pascua para ellas, el eterno vivir para los que viven de una eterna privación. Busqué palabras bonitas: la pascua es como el rayar del día; imaginaos si hubiera un día sin luz; la pascua es nuestro futuro, nuestra esperanza; la vida de hoy se eterniza, gracias al mañana que Cristo hace brillar a nuestros ojos.

A pesar de las palabras bonitas, doña Josefa me miraba como si no entendiese. De nada sirve decir a los pobres que la resurrección es «la liberación del poder de la muerte y de sus consecuencias». Las palabras no valen ni cambian nada. Todos, como doña Josefa, seguimos sin perspectivas; nuestro presente y nuestro futuro se van tramando en medio de privaciones, de angustias y de desilusiones. Estuve dialogando con los presentes y doña Josefa seguía pareciendo ausente, retraída. Finalmente intervino: «Para mí, la vida eterna está hecha para descansar...».

Todos los días de fiesta, los de «comilona», ella se va al río a lavar la ropa, la ropa sucia de las señoras.

Tenía razón Andrés cuando me decía: «A la tierra de los oprimidos no ha llegado aún el tiempo de la esperanza. Todavía estamos lejos de pascua, en este mundo en que triunfan el hambre, la enfermedad y la muerte. El pueblo, en su simplicidad, se identifica con la cruz. Solamente vive el viernes santo».

63 - «Murió para quedarse»

Casa parroquial, 22-4-1985

Escribo en el momento en que el presidente electo está siendo llevado en triunfo por las avenidas de San Paulo. Una apoteosis. Una fiesta de la libertad, más bien que un cortejo fúnebre. Una pancarta decía: «Tancredo Neves, la democracia permanecerá en todos nosotros».

El pueblo, hasta el más humilde y olvidado, depositaba en él sus mejores esperanzas. Ayer, domingo, los más simples, los carreteros, me pidieron que celebrase la misa por él. La televisión dice que, en la historia del Brasil, no se había visto nunca a tanta gente acompañando a un entierro. ¿Por qué? Porque, para el pueblo, Tancredo no ha muerto; vive como símbolo de un futuro mejor. Y corre detrás de su féretro, como persiguiendo una reliquia de esperanza. La esperanza que había encendido en las muchedumbres que habían salido a las plazas para oírle. Esta esperanza se llamaba «Nueva República», y Tancredo le hacía de padrino. El pueblo empezaba a recobrar el sueño que 21 años de dictadura le habían hecho olvidar. Sólo los que han vivido estos años de pesadilla podrán entender el sentido de la explosión de esta popularidad.

Alguien debió decir que Tancredo «*murió para quedarse*»; murió para conservarse vivo en el corazón de todos los brasileños. Como la historia del grano de trigo. El pueblo muere continuamente para dar vida a sus hijos.

¡El pueblo, esa criatura maravillosa! Quien no sepa mirarlo, quien no sepa entenderlo no sabrá captar nunca la esencia de Dios. Dios tiene que ser así: un rostro infinito, una multitud de fuerzas en dirección hacia la vida, una gama inagotable de colores, un arco iris de esperanza, una aurora que no se extingue o, si se quiere, una espiga de trigo.

En misa tomaron la palabra varias personas: «Tancredo nos ha dado el perfume de la libertad» (un joven). «Era como un padre para los que nunca lo hemos tenido» (el señor Juca). «Dios lo mando para liberar a la nación de la injusticia. Si Sarney no cumple lo que quería Tancredo, Brasil estará en guerra». Todo esto demuestra que el pueblo ya no aguanta «el collar del perro». Tancredo no era solamente «un hombre»; representaba el futuro; condensaba la esperanza de millones de sufridores. Todos nosotros juntos, en las plazas, nos emborrachamos de esperanza, gritando: «Cambia, Brasil». ¿Qué será de todos aquellos que, por un instante, crean en nosotros, los pobres especialmente?

64 - «Vuélvase con su biblia para su casa»

Casa parroquial, 27-4-1985

Hace tiempo que guardo en mi mesa un recorte de periódico.

Las comunidades indígenas de Bolivia y del Perú han decidido aprovechar la visita del papa hoy, en Cuzco, para devolverle la biblia que, según ellos, «durante cinco siglos no les ha traído amor, ni paz, ni justicia». «Por favor, *vuélvase con su biblia para su casa* y devuélvasela a nuestros opresores, cuyos corazones y cuyas mentes necesitan esos preceptos morales». En su carta al papa, los indios sostienen que, a pesar de la abundancia de sus minas: petróleo, otras riquezas minerales, y de sus suelos fértiles, ellos son «pueblos hambrientos, enfermos, analfabetos y fanáticos de esta o aquella secta religiosa o anti-religiosa». «Como contrapartida del pacto colonial impuesto, recibimos la biblia, que fue el arma ideológica en el asalto colonialista. La espada española que durante el día atacaba y mataba el cuerpo del indio, por la noche se transformaba en cruz para atacar su alma». Después de pedir la excomunión de los que promueven la matanza de los indios y de los que fabrican armas atómicas, los indios dicen: «El Vaticano, *quíéralo o no*, tendrá que decidir: o continúa defendiendo en Europa al opresor de los pueblos, o se pone al lado de los pueblos colonizados por Europa, al lado de los que sufren, con lo cual salvará su vida» («O Globo», 3-2-1985).

Los llamados «salvajes» parecen ser más listos que nosotros; los «infieles» se entregan más a la vida que los piadosos católicos; los «aprendices a los ojos del mundo» son más sabios que las lumbreras de occidente. La flecha de los indios dio en el blanco: no puede ser verdadera la religión que no defiende la vida, que pacta con el agresor, que se deja manipular como instrumento de dominación sobre los pequeños.

Los indios pertenecen, por una larga historia, a la raza de los oprimidos. A ellos especialmente les corresponde el derecho de hacer oír su voz en la historia; a ellos, que nunca tuvieron voz desde que se les negó hasta su condición de seres humanos. Ellos nos invitan a una revisión de nuestras posiciones, porque saben de memoria los crímenes de sus verdugos. Ellos nos acusan de haber inventado y aplicado un derecho llamado «positivo» y haber postergado el derecho natural, de haber usado el pretexto de una religión particular para destruir valores naturales y la misma naturaleza humana. El profeta Elías, el nuevo Bautista, está aquí, a las puertas del tercer milenio. Se le parece mucho: mal vestido, aumentándose de animales silvestres. Pero ama la vida. La profecía se ha refugiado en la choza del indio o en el chamizo del marginado. Y desde allí parece clamar: Nosotros, los últimos, los marginados e incapaces, seguimos oyendo la voz del Espíritu; seguimos siendo la conciencia de los pueblos. El hombre vale más que la máquina; el brazo del trabajador, más que su producto. El ecosistema es el vientre que nos abriga y nos alimenta; los nacionalismos y las *verdaderas religiones* están siendo el sepulcro de los pueblos.

No conseguimos imaginarnos a un Cristo iconoclasta que, como un cruzado, salga al campo para destruir los *ídolos* o que, como un misionero, vaya por el mundo imponiendo a la fuerza una religión a los *salvajes inmorales, estúpidos e ignorantes*. Los cristianos han afirmado, con los hechos, que Cristo rechaza todo lo que no coincide con su propuesta, pero nosotros consideramos a Cristo mucho más que como el fundador de una religión; sentimos que es también nuestro, porque es de todos. El no se presenta con los ropajes de la civilización occidental, con los ritos de una *religión verdadera* sino con las señales del hombre que padece hambre, sed, la condena

injusta, la marginación, la ignominia de la cruz. La historia de todas las *conquistas*, desde la colonial hasta la tecnológica, se ha realizado con enormes pérdidas de humanidad. No podemos aceptar al Cristo que nos han presentado los occidentales; ayer vino entre carabelas, espadas, espingardas y cañones; hoy podría llegar aquí con una *guerra estelar* entre ojivas nucleares, computers y dólares. No ha mejorado nada. No queremos aprender de los cristianos el culto al dinero, la técnica de destrucción de los bosques, la manera de contaminar los ríos, de transformar las tierras en desiertos y la vida en muerte. Ellos no quieren entender; ése es el cristianismo que indujo a los musulmanes, a los hindúes y a nosotros mismos a rechazar a un *Cristo invasor, dominador, destructor* de nuestra cultura y de nuestros valores, que juzgamos superiores a los suyos. Santo Padre, no lo tome a mal; tome su biblia y devuélvasela a nuestros opresores».

¿Por qué no oír ese «stop» de los pueblos inocentes? Ellos ya no tienen nada que perder. Lo han perdido todo, menos la conciencia. Les gustan la planta y la caza, el riachuelo y la nube que trae el agua limpia.

65 - Conversión al tercer mundo

Casa parroquial, 2-5-1985

Ayer pasó por aquí doña Isabel y, sinceramente, no la reconocí. En tres meses ha envejecido muchos años: «Padre, ¿ya no me conoce?». Para no decirle la verdad, inventé una disculpa. La habían desfigurado el sufrimiento, las privaciones y la enfermedad de su marido. Estuvo 40 minutos contando todos los pormenores de la enfermedad y de la muerte de su marido y... de la familia. Para pagar al médico, tuvieron que vender las tierras, la casa, el arroz, las judías, todo. Está tan delgada que da miedo. Con ropa negra. Su vida, ahora, consistirá en cultivar tierra ajena, cortar leña, cargar pesos, sostener a su familia.

La historia de los pobres está lanzando al mundo un desafío, cuyas dimensiones no se han percibido todavía: algo que hará tambalearse al cosmos. Cada vez estoy más convencido de que los pueblos del tercer mundo tienen una misión que cumplir; cargados de un valor histórico inimaginable, tienen en sus manos la revelación. «Te doy gracias, Padre, porque no has revelado estas cosas a los sabios, sino a los pequeños».

Una vez que se mete uno en el agujero de los humillados, es difícil volver atrás. Los «últimos» me han abierto un nuevo horizonte, me han revelado el rostro de los verdugos, me han desvelado los misterios del mal internacional, me han infundido la pasión por el pan de cada día, han aumentado en mí el amor a la vida.

Para entender a los pobres, es preciso vivir su vida, comer de su plato, beber juntos la misma amargura. Una vez hecha esta experiencia, se puede afirmar que los pueblos del hemisferio sur ya no aguantan más. El horizonte se hace cada vez más negro; el abismo de las deudas con los pueblos ricos es cada vez más profundo; la miseria, cada vez más generalizada. Las previsiones son peores que la realidad: de aquí al año 2000, sólo en América Latina, se necesitarán 200 millones de nuevos puestos de trabajo. En estos últimos decenios, el número de pobres ha aumentado pavorosamente.

Ha llegado la hora de rendir cuentas al tercer mundo. Es evidente que la riqueza produce riqueza y que la miseria multiplica la miseria. Los países del norte se enriquecen a costa de los países del sur, se alimentan de ellos. Ya ha llegado la hora de desviar el convoy de la historia, de rechazar la civilización de Caín para adoptar la de Abel, de abandonar la mentalidad que se preocupa por la salvación de la iglesia para pensar en la salvación del mundo. Durante siglos nos han metido la idea de que el mundo pertenece a la iglesia y no la iglesia al mundo. Y nos han convencido de que el mundo es un campo peligroso del que nos tenemos que salvar. Quizá sea necesario dejar de lado la «conversión de los infieles» y *convertirnos todos al hombre*. Aprender a amar la «sustancia humana». Abandonar la tierra de los opresores y ponerse a buscar la tierra de los oprimidos. Yo no estoy aquí para convertir ni para salvar a nadie; denuncio la ostentación impúdica de la sociedad de consumo que se exhibe en orgías paganas con el despojo de los pobres; presto mi voz a los que ya no aguantan los delitos sociales que perpetúa lujuriosamente ese mundo festivo; intento lanzar a los ojos del mundo rico la imagen real y escuálida de un inmenso «Cristo» muriendo continuamente de hambre y de diarrea, para que todos vean. En resumen, afirmo desde aquí que el mundo occidental capitalista tiene que convertirse al tercer mundo.

El gran desafío que el escándalo de los empobrecidos lanza a la historia no es, en primera instancia, COMO SER CRISTIANOS en un mundo de oprimidos, sino COMO SER HOMBRES

en un mundo de opresores. No es posible hacer al cristiano donde no existe el hombre. A veces me parece que hay que admitir que la masa humana está todavía «verde» y que la historia está todavía en sus primeros compases. Realmente, no parece humano todo eso que se ve: la invasión de las multinacionales, la depredación de las materias primas, la dependencia de los intereses bancarios y de los préstamos internacionales, la condenación de pueblos enteros a ser «economías de servicio» y «base de sustentación» de los países industrializados. Y, sobre todo, no parece humana la moral que justifica todo esto. Me pregunto a veces si el privilegio de la religión no nos habrá impedido leer el evangelio, ante todo, con ojos humanos, universales, con los ojos de todos los hombres. En la parábola de los trabajadores de la viña, por ejemplo, se ve al hombre en su dimensión más original y auténtica: todos trabajan de acuerdo con sus fuerzas y sus propias posibilidades (uno nueve horas, otro siete, otro tres, otro una) y todos reciben el mismo salario. No se da una equivalencia de materia entre la producción y la paga. Comprar y vender el trabajo humano es prostituir la dignidad del hombre. Es inhumano.

En mi último viaje al interior, contemplé despacio los terrenos de pasto que se extendían hasta perderse de vista. Y pensaba: si es tan evidente que sólo la unión resuelve los problemas, ¿por qué el pueblo no quiere pensar en unirse y organizarse? ¿Qué habría que hacer para que el hombre haga un acto de fe y empiece a confiar en el otro, en su compañero de infortunio?

Es duro reconocer que aquí la situación es anormal e inmoral, una realidad enloquecida en la que no valen de nada nuestros principios y parámetros. La imagen más coherente que representa nuestro mundo es la de una balsa a la deriva, llena de naufragos: sálvese quien pueda. Cada uno, siguiendo la corriente, piensa únicamente en salvarse a sí mismo, según la ley natural de la supervivencia; y si un compañero más pone en peligro la barca, lo tiran al mar. Esta es la situación actual, multiplicada por mil, por millones. Nosotros somos supervivientes, ¿lo entiendes? Supervivientes.

Ayer por la noche, después de la lectura del evangelio, mis pobres tuvieron un debate sobre el tema «la desesperación». Una verdadera aula universitaria, que tuvo como «profesores» a doña Amelia y a doña Rita. Esta vive realmente en la miseria: intentó cuatro veces ahorcarse en su casa y no lo consiguió, porque decía: «No sabía a quién dejar a mis hijos». Y hablaba como el que está anestesiado, con una mirada infinitamente triste. Doña Amelia también es pobre, pero no tanto. Le decía a Rita: «Hermana mía, no pienses más en eso. Dios te dará una salida. Confía en él, porque él puede dar un *jeito* para todo». Y Rita contestó: «Sí; pero, cuando el hambre aprieta, pierde una la cabeza».

Por aquí hay muchas Ritas, supervivientes. Nosotros, los empobrecidos, somos como una balsa a la deriva, a merced de las olas consumistas, de los tiburones y de las tempestades del egoísmo burgués. No tenemos vida propia. La nuestra es una *vida dependiente*.

Pero, ¿quién es ese mundo occidental capitalista que usurpa el derecho de vida o muerte sobre los pueblos del tercer mundo? ¿Es acaso un «dios»? Sin embargo, todos los días se le ofrece el holocausto de los empobrecidos.